

VUELVE EL AUTOR DE LA ACLAMADA

Celda 211

FRANCISCO PÉREZ GANDUL

EL BRÓKER

SI MALAMADRE TE SEDUJO, BRUNO SILVA TE TURBARÁ



Lectulandia

Un desfalco en una firma financiera y la aparición de un cuerpo en una cuneta de una carretera de Cancún sirven al autor de la aclamada *Celda 211* para construir otra trama apasionante que sumerge al lector en el lado oscuro del poder económico y policial, dos sectores de la sociedad de plena actualidad.

Si Malamadre y Juan Oliver acabaron convirtiéndose en personajes para la historia literaria y cinematográfica española, ahora Bruno Silva, socio del bróker Wie López, español-chino de segunda generación, y Lidia Salmerón, alto cargo del Gobierno, toman el relevo del presidiario y del funcionario novato para conducirnos, como lazarillos, por la vorágine de acontecimientos imprevisibles que desembocarán en un nudo y en un final dignos de las mejores páginas de suspense de todos los tiempos.

Con un lenguaje directo, sin concesiones a florituras superfluas ni a descripciones prolijas encaminadas a rellenar páginas, Francisco Pérez Gandul nos hace reflexionar sin aburrirnos, nos emociona sin empalagar, nos entretiene sin empobrecer la narración. Cumple con lo que promete, toda una garantía en los tiempos que corren. El lector tiene en sus manos, pues, un *thriller* excepcional, con epicentro en el mayor rascacielos de Andalucía (aquellos con vértigo rogamus que se peguen a las paredes), que, a buen seguro, no tardará en ser adaptado para el cine.

Francisco Pérez Gandul

El bróker

ePub r1.0

numpi 03.08.2020

Título original: *El bróker*
Francisco Pérez Gandul, 2019

Editor digital: numpi
ePub base r2.1

A Carmen, Borja y Javier, mi sangre

Mi agradecimiento a:

Marta Pérez Viguera, que me ayudó
a perfilar los personajes femeninos.

A José María Aguilar Rodríguez,
quien limpió y fijó.

A la profesora Isabel Ferrero Martín,
por alertarme cuando perdía el rumbo.

A Alfonso Caballero Lobato
y Carmen Caballero Martínez,
quienes pusieron el acento mexicano a la historia.

A Darren Chang y a Leo Lee Yao,
por sus pacientes explicaciones del universo chino.

«La riqueza es como el agua salada;
cuanto más se bebe, más sed da».

Arthur Schopenhauer

El desgarrado *croupier* de la ruleta americana pronunció el no-va-más como si fuera la última estipulación de su testamento, el postrer acto de rendición tras una jornada laboral que lo había llevado de las cartas a los dados, de las máquinas tragaperras a la ruleta, de las viejas enjoyadas a aquel pijo borracho que, alertado del cierre del casino, había deslizado la torre de fichas hacia el 4 y el 16, números sin pedigrí aquella noche. Los había adoptado una rubia de ojos negros que al segundo Bloody Mary le había contado como siendo adolescente, en compañía de varias amigas, le robaron a su padre el 4×4 de la familia. Nada más salir a carretera lo empotraron en un árbol. Consideró aquello una premonición y solo hubo desde entonces dos números en el tapete.

«El 31», adelantó la chica antes de manifestarse el *croupier*. «¡Vaya mierda!», masculló él, al tiempo que empinaba el vaso chato hasta convertir las ventanas de la nariz en angarillas de los cubos de hielo. Las luces de la estancia empezaron a parpadear y los clientes que aún permanecían en ella desfilaron hacia la salida. Bruno Silva hizo intención de levantarse, pero una mano se posó en su hombro y lo convenció de permanecer sentado. Conocía esa zarpa. Era grande, callosa, con un dedo corazón enorme que emergía de un anillo de sello como arbusto del macetón. En alguna ocasión la había visto hundirse en las costillas del listillo de turno, tan largo de codicia como corto de entendederas. La cara de Ventura no mejoraba el aspecto de la extremidad, aunque una sonrisa, que el alcohol le hizo llegar cómplice a su castigado cerebro, lo tranquilizó. No era día de pago, la deuda de esa noche era asumible por la casa y no había hecho trampas. Nada que temer más allá de no poderle echar un polvo rápido a su acompañante, quien coqueteaba con un camarero en la barra del bar a la espera de que él se le uniera.

—¿Te has tirado una tía así alguna vez?

—Ni en sueños, señor Silva.

Él había perdido la cuenta de cuántas hubo. Alto, fibroso, con el pelo negro rizándole la nuca y el gesto siempre altivo, acababa de cumplir los treinta y cinco y su memoria ya empezaba a desembalsar recuerdos. Las noches con

licor de garrafa en la época estudiantil, las relaciones furtivas con las chicas del barrio, el coqueteo con la maría y los tripis, el trapicheo de fin de semana para ganar unos billetes. Apenas recordaba ya cosas de esa época y cuando algún episodio, por nimio que fuera, le asaltaba la mente, trataba de orillarlo de inmediato, solapándolo con la última raya esnifada, la borrachera caribeña que acabó en orgía, la albina del francés bajo el agua o las seis cifras de sus cuentas corrientes apenas unos meses después de entrar en la compañía. No había pasado en él, como no había padres, ni hermanos ni compañeros de colegio ni de juegos. Nadie.

—¿Qué hacemos aquí, Ventura?

—No puede conducir así, señor Silva.

—¿Quién lo dice?

—El jefe, los buenos clientes dejan de serlo muertos o en la cárcel.

—¿Entonces?

—Elija: duerme arriba o lo llevo yo y más tarde le acercamos el coche.

—Vamos.

El Mercedes enfiló con las luces largas el pequeño tramo de carretera comarcal antes de sumarse al tráfico de una autovía que empezaba a desperezarse. Ventura había puesto la radio y la voz de Amy Winehouse en «Back to Black» le sonó de lo más desesperada.

—Señor Silva, ¿le importa si nos desviamos un momento al túnel de lavado? —preguntó el chófer con media sonrisa asomando por el espejo retrovisor.

No esperó la respuesta. Aceleró desde el cuarto carril y se deslizó hacia el primero como si el coche patinase sobre el hielo, antes de tomar la carretera de servicio que desembocaba en una gasolinera.

Bruno se bajó la cremallera del pantalón, atrajo para sí a la chica y justo cuando las ruedas del vehículo encajaron en los rodillos de la máquina, le bajó la cabeza hasta que la ensortijada cabellera se hizo bosque en su entrepierna. Ventura sonrió, descendió del coche y encendió un cigarrillo. Bruno admitió que se había ganado una buena propina. No habría llegado despierto a casa.

* * *

La entrada de la nave Sevilla-Beijing tenía dos guardianes. A la izquierda, una reproducción en cartón piedra de la gigante que corona la Giralda, y a la derecha, a un dragón que escupía jirones de tela roja como si los dioses lo hubieran condenado a soplar un matasuegras por los siglos de los siglos. No

se miraban. Ni siquiera lo hicieron el día en que el Giraldillo sustituyó a un guerrero de Xian, anterior huésped del pedestal, desterrado a lucir su falsa terracota en un rincón de la nave.

La carretilla en la que Wie viajaba colgado, como polizón en un tranvía atestado, frenó en seco y la inercia casi lo llevó a chocarse con una esquina de la caseta. Su ocupante, oriental, nativo del hutong de Yuexiu, en Guangzhou, como todos, masculló algo ininteligible y le alargó un peto azul y una carpeta.

Wie se puso un lápiz en la oreja y se adentró en la nave. Un hormiguero de gente con monos negros y petos rojos se afanaba en disponer la mercancía en los estantes y él iba comprobando que se hacía correctamente. Al doblar una esquina, una carretilla, a excesiva velocidad, amenazó con dejarlo sin pies.

—Perdone, señor Wie, he sido muy torpe, lo siento...

—Tienes que mirar por dónde vas, Feng, siempre actúas igual. Si no lo haces, no te dejaré conducir las carretillas y ganarás menos.

—Sí, sí, Feng no aprende... Gracias señor.

Tres horas más tarde, un chico en patines, de los que servían de correo en el inmenso almacén, se acercó a él y le susurró algo al oído. Wie buscó con la mirada y encontró al final del pasillo la figura de Jiang, el hijo del jefe, con su peto amarillo, el único amarillo de la nave como correspondía a su estatus de máxima autoridad, de gran capullo de la zona de complementos para viveros en que solía situarse. Wie se acercó a él sonriente, dejándose ver, tomándose su tiempo.

—¿De qué te ríes, Wie? —preguntó Jiang en su idioma.

—Serías un gran guardia de tráfico en cualquier esquina de Guangzhou.

—Y tú un bonito cadáver en un vertedero.

—Jiang, no debes decirles esas cosas a tus empleados.

—¿Qué quieres?

—Voy a salir, aquí está lo que queda pendiente. Te recuerdo: la gente funciona mejor sin gritos y sin golpes.

—Tengo derecho a hacer lo que me salga de los cojones. Me lo dicen mis amigos: «para eso eres el hijo del dueño».

—El dueño no sabe que le robas y tus amigos españoles solo te adulan para que les pagues las putas, Jiang.

—No tardes, gilipollas.

—Ya veré.

Wie se reunió con Fo en la entrada de la nave. Fo, «bueno» en chino, era un personaje menudo que no cumpliría ya los setenta. Se dedicaba a hacer recados en el polígono industrial desde establecerse allí los primeros

empresarios orientales. Wie y su acompañante recorrieron en silencio los escasos trescientos metros que les separaban del bar, cuya única clientela era a esa hora la de los dueños de los negocios y sus visitantes. Los obreros aún tardarían un par de horas en llegar.

—Mejor en aquella esquina —dijo Fo.

Wie se respaldó en la pared y dejó que su acompañante pidiera al camarero. Un vistazo a su alrededor lo convenció de hablar en mandarín; no había asiáticos a esa hora allí.

—Raro tan pronto, ¿no?

—Querrás decir tarde. Debieron tener algún problema. Estaba previsto que llegaran anoche —respondió Fo.

—¿De dónde?

—Yantai.

—¿Otra oleada de coreanos de Songang-ni?

—Los esclavos se han convertido en esclavistas —sentenció Fo.

—Nuestra gente llega ya pasaporte en mano y los mafiosos son los que les ofrecen contratos de trabajo ficticios por cantidades abusivas. Ahora son los coreanos la carne de cañón, —sentenció Wie.

Un tráiler apareció por el final de la calle y paró a cincuenta metros del bar. De la nave junto a la que se detuvo, «La Gran Muralla» en su anuncio de neón rojo, salieron dos tipos. Tras hablar con el conductor, dirigieron la maniobra de este para acercar la trasera del tráiler a la puerta de entrada de la nave, tanto que no quedó resquicio alguno entre la caja del camión y las grandes hojas de metal abiertas a la cal de la pared como enormes solapas.

—¿Para cuándo? —preguntó Wie.

—Cuando la luna...

—No me jodas, Fo —exclamó en español.

—Después de medianoche, pero...

—¿Qué?

—Es posible que no se haga esta madrugada.

—A los jefes no les gustan los acertijos.

—Sabes, Wie, se nos ha roto la lavadora y...

—Dile a la bruja de tu mujer que yo se la compraré.

—Cuando sepa algo te llamaré.

—Cóbrese —dijo Wie dirigiéndose en español al camarero.

—¿Puedo llevarme un bocadillo? —interrumpió Fo, quien sin esperar la contestación de Wie resolvió la duda que transmitía la cara del otro lado de la barra: «Pónmelo de jamón, tío».



Ana Bernal sorbió de la taza y se pasó la lengua por la comisura de los labios. Estaba bueno, pero se preguntó si le gustaría a Bruno. Días antes le había animado a cambiar de marca de café después de que un cliente le hablara del Blue Mountain jamaicano, un capricho a más de doscientos euros el kilo. Ella lo pasó a la firma, tal como él le ordenó, como gastos de desplazamientos.

El jefe era una persona muy especial, pensó y, ensimismada, enumeró los gustos de quien apenas un año antes la había elegido entre media docena de aspirantes a ser su secretaria: carteras de Louis Vuitton para su tarjeta American Express Centurion, Zippos de oro para encender Cohibas exclusivos, corbatas de Hermes, plumas de Visconti con las que rubricar los contratos, camisas hechas a mano de los suecos Eton para las grandes citas o de Boss para diario, los zapatos de Scarpe di Bianco que pisaban la oficina o sus maravillosos Manhattan Richelieu de las recepciones, la hora en punto de sus Hublot, Audemars Piguet o Patek Phillipe, los trajes de Armani para la brega cotidiana o los Brioni Vanqueish con los que epataba a los inversores. Nada había en él que no fuera exclusivo.

Y ella. Un día, a pesar de su timidez, hizo acopio de valor y le preguntó por qué la contrató cuando se presentaron chicas más preparadas para el puesto. Bruno se había echado sobre el respaldo del sillón y puesto las manos en la nuca. Se quedó mirándola fijamente.

—¿Recuerdas nuestra entrevista?

—Sí, claro.

—Te pregunté por qué querías ser mi secretaria.

—Le contesté que porque pagaba muy bien.

—Las demás me desbordaban con su afán de servicio. Me pudo tu sinceridad.

No le dijo que la respuesta la había encontrado en una página web de consejos para encontrar trabajo, ni que su amiga Berta, secretaria también en la firma, había hecho una excelente radiografía de él en la que destacaba el contorno de la cartera justo a la altura del corazón. Todo encajaba.

El teléfono sonó y la voz del conserje le llegó más apagada de lo habitual. Ana preparó de nuevo la cafetera y cuando Bruno Silva le dio los buenos días solo tuvo que echar la sacarina y remover el líquido. Él, sin pararse, tomó el vaso y accedió a su despacho. Le siguió, como siempre, pero en esta ocasión fue la primera en hablar.

—El señor Alfakhar le espera.

—¿Ahora? —inquirió extrañado.

—Irene me dijo que se reuniera con él nada más llegar.

—Bien, aplázame los asuntos de primera hora.

Ana salió de la estancia y Bruno reconoció que con aquel pantalón se le dibujaba un bonito trasero. Abrió con la llave un cajón, extrajo una cajita de madera y, sobre un espejo, se preparó una raya de coca y la esnifó. Cerró los ojos un segundo.

—Vamos allá.

* * *

David Alfakhar no tendría más una tarta con un 60 coronándola, ni un 100 en la pantalla de la báscula de su cuarto de baño. De ancestros judíos, mediana estatura, víctima de la alopecia y de la grasa, con la barba corta siempre exquisitamente cuidada, no perdía el tiempo en cuidar su aspecto físico; sí en empeorarlo, pero solo con lo más selecto del mercado. Su despacho, en la planta 34 de la Torre Sevilla, también llamada Torre Pelli en honor de su arquitecto, el argentino César Pelli, tenía unas vistas privilegiadas de la capital andaluza. Situada en el margen cartujano del Guadalquivir, en el límite de los terrenos que ocupó en su día la Expo 92 y justo en la curva en la que el río enfila Córdoba, el rascacielos de 178 metros sobre rasante, la mayor altura de un edificio de Andalucía, se alza como gran centinela de la ciudad, robándole protagonismo a la Giralda. Hacia ella miraba el socio principal de la firma financiera Alfakhar & Asociados cuando Bruno Silva, sin llamar, entró en el despacho.

—¿Sabes, Bruno? Hace unos días, Alberto García Reyes, el periodista de ABC, publicó que en la construcción de la Giralda, y estamos hablando del siglo XII, hubo corrupción. Dos almorávides, los contables almohades, fueron destituidos de sus puestos por el desvío de dinero y los sobrecostes en las obras.

—¿Algún pariente tuyo? —preguntó con sorna Silva.

—Les aplicaron la sharía, supongo.

—Siento curiosidad por saber cómo se limpiaron el culo a partir de entonces —volvió a bromear Bruno.

—Eso haría yo con quienes nos han robado.

David tomó un tocho de folios de la mesa y se lo acercó a Bruno que, desconcertado, fijó la mirada en su socio.

—Han desaparecido tres millones y medio de euros —afirmó David.

—¿Cómo?

—No sabemos aún desde cuándo, pero entraron en algunas cuentas, desviaron el dinero, establecieron una doble contabilidad y se esmeraron en no dejar huellas.

Bruno Silva ojeaba con rapidez el dossier. Se detuvo al encontrar lo que buscaba.

—Cuatro cuentas tuyas, tres mías, seis de Fernando —murmulló.

David Alfakhar bordeó la mesa y se sentó en ella mientras fijaba la vista en Bruno, quien con el dedo índice como indicador leía de manera acelerada el documento.

—¿Te comentó Fernando por casualidad dónde iba? —preguntó.

—Ni me lo dijo ni caí en preguntarle —respondió Silva.

—No te lo hubiese contado. De vacaciones, desaparece, y no hay manera de localizarlo. Es como si se lo tragara la tierra.

—¿Siempre lo hace así?

—Desde que lo conozco.

—Nunca me lo dijiste.

—Llevas aquí tres años solo y las rarezas de Fernando y mías se remontan casi a nuestra cuna, te llevará tiempo conocer de verdad a tus socios.

—¿Lo crees capaz de esto?

—No, pero dos divorcios cuestan mucho dinero, él no está y es la primera vez que se toma unos días en estas fechas.

—Trataré de localizarlo.

—Necesitarás un milagro.

—Bueno, ayudaba a misa en el pueblo, lo mismo se acuerdan arriba del de la campanilla.

* * *

Los dos coches que flanqueaban su plaza de aparcamiento en superficie habían superado los límites marcados por las líneas amarillas paralelas y Wie se resignó a hacer el habitual ejercicio de contorsionismo para salir de su utilitario. De esa semana, se dijo, no pasaba que encargara sendos bolardos. Delimitarían su espacio e impedirían sobrepasarlo, frecuente pasatiempo de los vecinos, quienes luego disfrutaban observándolo desde las ventanas.

Al acercarse a la entrada del bloque, Wie oyó voces. Recordó entonces que para esa noche estaba prevista una reunión de comunidad, pero no le apetecía sumarse al coro de protestas, interponerse entre los habituales querellantes, aportar soluciones y ser comisionado —«qué grande eres, kungfú, siempre por unanimidad», le comentaría jocoso el cretino del 5.º C— para ejecutarlas.

Volvió sobre sus pasos, rodeó el edificio, echó un vistazo a su alrededor y tras trepar por un canalón y auparse a una casetilla de electricidad, alcanzó de un salto la terraza del primer piso, donde un par de niños dejaron de jugar para abalanzarse sobre él y hurgarle los bolsillos, de los que extrajeron caramelos.

—Wie está aquí —gritó la pequeña.

Wie accedió al salón descorriendo una de las puertas de la terraza. Se dirigió primero a la derecha, donde dos hombres, uno de ellos anciano, fumaban y jugaban al T'shu-Pu. Hizo dos reverencias, les sonrió y depositó sobre la mesa camilla tabaco de pipa. Luego saludó a sendas mujeres maduras que cosían mientras veían en el ordenador una película china y se hizo rogar por un adolescente al que tapó la pantalla del televisor, impidiéndole seguir matando soldados japoneses.

Al alcanzar la cocina, a Wie le llegó el olor inconfundible del koushuiji y le recordó que, salvo un sándwich engullido a toda prisa en el trabajo, no había comido nada en todo el día. Le encantaba aquel pollo hervido que se deshacía en la boca mientras el chile y los cacahuets tostados de la salsa embargaban sus sentidos.

—Pronto estará —dijo Shu.

Wie le sonrió. Cuatro años menor que él, su hermana era hermosa y hacía honor a su nombre, símbolo de la clase y de la elegancia. Trabajaba además como una mula para gobernar aquella casa de locos con tantos familiares conviviendo.

—Vengo cansado, Shu, me echaré un poco. Lo mismo tengo que volver a salir. Déjame apartado y ya comeré. Envié a Fo al bazar a ayudar al cierre, mamá no tardará en llegar.

Shu hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para luego, como acostumbraba, levantar el pulgar y regalarle el signo del ok que tan poco gustaba a mamá Xiaomen. A Wie le enternece esa infantil demostración de rebeldía de su hermana. Su madre la educó con la misma rigidez que la abuela había hecho con ella allá en Guangzhou, donde nació y de donde salió clandestinamente hacia España treinta y cinco años antes. Si él no se había librado de los golpes cuando al enseñarle la complicada grafía de los ideogramas no ponía suficiente atención, Shu, pese a estar más dotada para el estudio, había sufrido con mayor dureza los castigos físicos, tan habituales de la educación china de siempre. Si su padre hubiera vivido, pensó Wie, todo hubiera sido diferente. La muerte de Servando López, «Representante de textiles al por mayor» en las tarjetas de visita, cuando Shu solo llevaba tres meses en el mundo, impidió que se grabara en ellos el ADN occidental. Wie

recordó cómo, no sin esfuerzo, el colegio y sus amigos españoles le dotaron de él con el tiempo; su hermana, escrutadas siempre todas sus acciones por su madre, no tuvo la misma suerte. Fue su último pensamiento antes de ceder al cansancio.

* * *

La habilidad con que él y el portero búlgaro de la discoteca trocaban dinero por droga siempre le divirtió. Lo habían acordado un día en que las almas escapaban asfixiadas de los cuerpos en el interior del antro y el fornido vigilante le prohibió la entrada. Desde entonces, Bruno ni se detenía ni aminoraba siquiera el paso; bastaba con chocar ligeramente los cuerpos para que el billete de cien euros se perdiera en el bolsillo de la chaqueta del otro y una papalina de coca peruana cambiara de lecho en la suya.

Apenas se acercó a la barra divisó al fondo a su objetivo. Pidió un ron Zacapa con cola y se encaminó hacia él sin dejar de examinar a cuantas chicas se contoneaban a su paso, al ritmo de Bruno Mars y los Red Hot Chili Peppers.

—Don Agustín, tenemos que hablar.

Agustín Infantes había nacido el mismo día, tres años después, que Bruno, quien lo había recomendado a Alfakhar & Asociados cuando David, colérico por un surrealista viaje a Nueva York, rompió con la agencia de viajes de toda la vida.

—Joder, Bruno ¿no puedes esperar a mañana? —protestó Agustín.

—Hoy ya es mañana, ¿verdad, encanto? —respondió Bruno, dirigiéndose a la pareja de su amigo, una rubia de cara muy dulce y tacones de vértigo. Ella parecía disfrutar el momento.

Agustín hizo una mueca de fastidio y se dejó arrastrar por Bruno hasta una mesa alta, no sin disculpase ante la chica; volvería en un instante, prometió.

—A ver qué es eso tan urgente.

—Necesito localizar a Fernando Argüelles —dijo Bruno.

—¿Dónde está?

—Eso quiero saber.

—Nosotros no le hemos organizado ese viaje, el último fue creo...

—Ya, ya, lo sé.

—¿Entonces?

—Necesito contactar con él ya.

—Pero...

—Ya.

Agustín, incómodo, se volvió y sonrió a la chica, que seguía de lejos la conversación entre ellos. Bruno le hizo un gesto de disculpa y ella le respondió con un mohín. Agustín amagó la huida.

—Bien, mañana cuando llegue a la oficina hago unas gestiones y ...

—No, ¡ahora! —le espetó Bruno reteniéndolo de un brazo.

—¿Ahora? ¿Sabes la hora que es? Está todo cerrado.

—Lo abres.

—Pero, Bruno, estoy acompañado.

—No te preocupes, yo me ocupo de ella.

—Ni se te ocurra, joder.

—¿Cuánto le facturas a la compañía, Tinito?

—Puto chantaje...

—Quiero noticias tuyas a primera hora. No hace falta que te despidas de ella, yo le explico todo. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Lucía.

Bruno le dio dos palmadas en la espalda y se dirigió hacia la chica. Falsamente sorprendida, lo vio llegar mientras observaba el torpe gesto de despedida de Agustín. No se lo devolvió.

II

Un centenar de orientales permanecían hacinados en una habitación apenas iluminada por tres bombillas que, como puntos suspensivos, se alineaban desde la puerta hasta el fondo de la estancia. Un recuento apresurado habría arrojado más mujeres que hombres, más jóvenes que maduras, más tristes que esperanzadas. Abundaban los sentados con las rodillas pegadas al pecho, aunque algunas mujeres dormitaban con la cabeza en los fibrosos muslos de los varones como si fuesen duras almohadas de guata. Permanecían en silencio, no permitiéndose más allá de algún murmullo cuando alguien se disculpaba en su camino hacia el baño. Lo habrían encontrado sin luz, tal era el nauseabundo olor que desprendía aquella esquina de la sala, apenas separada del resto por un delgado tabique.

Junto a la puerta, dos tipos fumaban y jugaban a los dados sin que se supiera por sus gestos si ganaban o perdían. De vez en cuando se añadía un tercero, un tipo con greñas y malencarado de nombre Yao, cuya presencia intimidaba incluso a los guardianes.

Dormían casi todos en la habitación, cuando Yao se acercó a uno de ellos y le señaló a una chica que apoyaba su cabeza en el hombro de una mujer canosa. El guardián atravesó la sala dando puntapiés y al llegar a la chica la tomó del brazo y tiró de ella. La joven ahogó un grito con la mano y se resistió con la ayuda de su madre, que trató de ponerse de pie. El tipo le estampó la cabeza contra la pared y amenazó con el puño a la joven. Temerosa, se levantó, no sin luchar por deshacerse de aquella garra que le retorció la muñeca. Yao observó la escena con media sonrisa.

—La gata coreana es de las que arañan, ¡eh! —dijo a su acompañante. Sin esperar su llegada dio media vuelta y se perdió en una habitación al otro lado del pasillo; hasta ella se dirigieron el guardián y la chica.

—¿Qué hora es? —preguntó el tipo al volver.

—Las doce y media —respondió el otro mirando el reloj.

—Ya no deben tardar mucho.

—No creas. Yao es de los que se toman su tiempo: si ha elegido presa es porque aún queda bastante.

Solo entonces se permitieron romper el silencio con unas risas ahogadas.

* * *

David Alfakhar divisó las luces encendidas de su chalet y detuvo su coche en la cuneta. Cada día que pasaba odiaba más y más ese lugar. No en balde había dejado de ser su hogar para convertirse en un campo de batalla repleto de trincheras desde las que su esposa y él se disparaban monosílabos. Él sabía desde hacía unos años de la existencia de un amante, y ella, de su afición por cierto local de alta alcurnia con frecuente renovación de su catálogo. Ninguno hacía esfuerzo alguno por ocultarlo, pero no hablaban de ello. Ella, una vez al mes, salía de viaje con cualquier pretexto y él ni siquiera los inventaba: simplemente dejaba de aparecer por casa un par de días. Muchas veces había pensado en pedirle el divorcio, pero sabía que de plantearlo ella retiraría todos sus fondos de la firma y su cartera era una de las más importantes. No necesitaba ya su dinero para vivir, pero sí para mantener bien anclado el bróker entre los más poderosos del sistema financiero. Y la empresa era su vida.

No mirar por el retrovisor pudo costarle la vida. El inesperado viraje para cambiar de sentido coincidió con la llegada de un camión que le pasó rozando. Buen motivo para celebrarlo.

—Buenas noches, David. ¡Cuánto placer verte por aquí! ¿Champán?

El bar del burdel se enclavaba en lo que había sido la vetusta biblioteca del anterior dueño del chalet. Le gustaba aquel sitio, aquella penumbra. Se asemejaba al salón regio de un prestigioso club privado y no lo que era en realidad: la pasarela por donde desfilaban las chicas y se acordaba el precio del servicio.

—¿Algo especial hoy? —le preguntaron.

María era una mujer elegante, con clase. Hasta los cuarenta había sido una de las meretrices más solicitadas de Sevilla. Menos por sus habilidades en la cama que por su vasta cultura, lo que la convertía en una gran conversadora. Enamorada del impresionismo y de la ópera, de los viajes y de la hípica, día hubo en sus habituales visitas de los jueves a su apartamento en la plaza de Cuba (un lugar cálido, de paredes color pastel y muebles antiguos, su oasis de sosiego semanal durante unos meses) en que él secuestró a la lujuria y se limitaron a hablar. María dejó la profesión cuando un rico terrateniente jerezano se prendó de ella y le ofreció el matrimonio. El mismo que le dejó después en herencia el enorme chalet, en una de cuyas alas había montado

—«para mantener las influencias, David, y también para entretenerme»—, el mejor prostíbulo de la ciudad.

—Lo de siempre, María, lo de siempre.

Ella conocía sus gustos. Le gustaban maduras, silenciosas, clásicas. No soportaba las chicas muy jóvenes que fingían morir de placer, ni aquellas veteranas con espíritu de mataharis que se pasaban la noche preguntándole por acciones y vicios de la corte.

—Te voy a presentar a una francesa espléndida, David. Se parece a mí de joven. Su tarifa está por encima de lo habitual, pero merece la pena. Denise, ven mi amor, te voy a presentar a un señor encantador.

La luz del aplique azul tintaba la espalda de la chica. Comenzaba en el cuello y se tatuaba por su tronco hasta la cintura, dejando en una suave penumbra aquellas nalgas redondas y blancas, y las largas piernas perfectamente torneadas. David la miraba sentado en la cama. Había sido una amante paciente, tenaz, delicada, que le había despertado la pasión dos veces antes de caer exhausto.

—¿Pasé el examen?

La chica se volvió y le hizo la pregunta luciendo una bonita sonrisa. Era morena, con el pelo corto y facciones muy dulces. Miró sus pechos, redondos y firmes, que ella tapó con el embozo de la sábana.

—Lo siento, no quería incomodarte. Estaba desvelado.

—No me importa que me mires, solo quería saber si te he gustado.

—Sí. Pero no me digas que yo también te gusté, no soporto las hipocresías.

—Pues sí, me gustaste. No por el físico, *mon Dieu*, no eres mi tipo, pero me gusta trabajar con gente con clase y tú la tienes.

—Este es un lugar con clase.

—No creas. El sitio lo mismo sí, pero, aunque llevo poco tiempo aquí, supongo que será como todos. De puertas para afuera, todo bien; cerrada la habitación te encuentras muchas veces con que quien es un ejemplo de *charme et elegance* resulta, en realidad, un miserable.

—¿Cuánto tiempo llevas en este mundo?

—Diez años, desde los veinte.

—¿Y te gusta?

—Me gusta *l'argent* y se gana muy bien.

—Ya.

—¿Lo amortizas?

Y él se hizo la ilusión de que a ella le apetecía poseerlo y se abandonó a sus labios.



Ana se dio la enésima vuelta en la cama y la luz fosforescente del despertador le devolvió la certeza de que ya no le merecía la pena intentar dormir, tras una noche en vela. En apenas hora y media sonaría la alarma que de lunes a viernes la despertaba a las siete en punto de la mañana.

Posó la luz en el techo de la habitación y se entretuvo en contar los reflejos de los coches que circulaban por la calzada, cinco pisos más abajo. La primera vez, le fascinó comprobar cómo las luces de la calle incidían en los vehículos de tal forma que luego, a través de las persianas, se reflejaban en su habitación, no ya en movimiento, sino incluso perfilados en sus contornos, tan fáciles de identificar como eran. Sin riesgo de error, podía asegurar si acababa de pasar un autocar o un camión, una furgoneta o un monovolumen, un utilitario o un coche de alta gama.

Ojalá pudiera discernir con el mismo grado de certeza lo que pasaba en la firma, se dijo. A última hora, cuando ya recogía su mesa y repasaba la agenda del día siguiente, semivacía ya la planta y con el sol despedido hacía tiempo del horizonte, Berta, la secretaria de Fernando Argüelles, se acercó a su escritorio.

Berta Osorio era la clásica mujer que no podría pasar nunca inadvertida allá donde fuera. Alta, con ojos claros, curvas rotundas y formas proporcionadas, acaparaba la atención del género masculino desde mucho antes de llegar a su altura hasta mucho después de sobrepasarlo. Al género femenino su pelo pelirrojo y aleonado le recordaba quién era la reina de la selva.

—Hay lío, tía.

Al grano siempre. En los asuntos de la oficina y de atacar la siguiente presa con la que alimentar las sábanas del fin de semana. La exquisitez la dejaba para los clientes y los jefes. Nunca confundía los términos.

—Germán se va a quedar con su equipo toda la noche aquí. Habíamos quedado para tomarnos algo e ir luego a cualquier sitio, pero me ha llamado para decirme que no puede —explicó Berta.

—Ya ocurrió otras veces, ¿no? No es el primer departamento en echar horas extras —respondió Ana.

—Sí, pero lo que dijo y cómo lo dijo no fue como otras veces.

—¿Y eso?

—Textualmente: «tengo los huevos de corbata, tía, si ha sido por mi culpa me veo cogiendo cartones por las calles».

—Germán siempre exagera.

—Menos en la cama, ahí siempre se queda corto. ¿Nos tomamos algo?

Luego, aunque durante la cena y más tarde en la terraza del bar no volvieron a hablar del tema y rio con las cosas de su amiga, supo que le costaría conciliar el sueño. Siempre le ocurría igual. En su vida cuadriculada no eran bienvenidas las sorpresas aunque incidieran en ella de manera muy tangencial.

—Tú lo que necesitas es un buen polvo, hija —resumía siempre Berta al hacerla partícipe de su neurosis.

En el techo del dormitorio el camión de la limpieza recogió la basura.

* * *

Bruno tanteó en la mesilla de noche y tardó en encontrar el despertador. Pulsó varias veces el interruptor, pero el timbre siguió martilleando su cabeza. Solo a la quinta o sexta llamada su abotargado cerebro lo comprendió: no sonaba la alarma del despertador sino su móvil. Tardó en recordar dónde podía estar el teléfono, con la esperanza de que fuera suficiente la tardanza para desesperar a quien lo llamaba a esas horas. Sin embargo, y pese a no revelarse la imagen de su Iphone en el bolsillo de su pantalón de manera instantánea, la llamada no cesó.

—¿Quién? —preguntó Bruno.

—Agustín.

—¿Sabes la hora que es, cabrón?

—A primerísima hora, me dijiste.

Bruno se incorporó en la cama, se colocó en la espalda una almohada y encendió un cigarrillo.

—Venga, dime, capullo.

—Tu puto socio está alojado en el resort Mexcún Paradise, en Paraíso de la Bonita, cerca de Cancún. Suite Moctezuma de los cojones.

—Debe costar un huevo.

—Mil y pico de dólares la noche. Jacuzzi para tres o cuatro chicas en función del tamaño de sus tetas. Mayordomo en la puerta por si también apetece que te den por el ojete.

—Ya. ¿Qué hora es allí?

—Y yo qué coño sé, Bruno, me has tenido toda la noche levantado, jodiendo a un puñado de tíos y tías que me lo van a cobrar fijo.

Bruno despegó el auricular del oído y dejó que las voces de su amigo se desparramaran por la habitación. Eran muy bellas las mexicanas y muy bueno el tequila allí. Había tenido buen gusto su socio a la hora de poner océano de por medio.

—¿Estás, ahí, joder?

La voz más apagada de Agustín le sacó de su ensimismamiento.

—Claro, dime.

—¿Y Lucía?

—¿Quién?

—Lucía, la chica con la que estaba en la discoteca.

—¡Ah, una estrecha la tía!

—¿Estrecha? ¿No le meterías mano?

—No se dejó, está coladita por ti.

—¿No me digas? Cuéntame...

—Y una mierda.

Bruno colgó mientras, como un eco, le llegaban las quejas de Agustín. Apagó el cigarrillo y deslizó su torso hasta el colchón, al tiempo que una mano surgida de las sábanas se lo acariciaba.

—¿Quién era? —preguntó ella.

—Un cliente, Lucía.

—¿Así despiertas a las chicas que seduces, hablando de negocios?

Él apagó la luz de la mesilla, se volvió hacia ella y buscó sus labios. Notó cómo llegaba a ellos el deseo y empezó a deslizarse por el cuerpo de la chica, mientras esta se desperezaba. Al llegar a su pubis sopló suavemente hasta que ella se estremeció, levantó su cadera y llevó el sexo a su boca. No le gustaba desayunar tan temprano, se dijo, pero resultaba agradable despertar con algo dulce entre los labios.

* * *

Del segundo cajón de su mesa sacó una camisa limpia y se dirigió al aseo. Simulado tras una estantería con libros, se ubicaba en una de las esquinas de su despacho. Le gustaba cambiarse a menudo, hasta tres veces por día, a veces simplemente porque le rolaba el humor y sentía la necesidad de verse arropado por un color que casara con su estado ánimo. Se quitó la camisa azul y el espejo le devolvió un torso duro, sin grasa, ligeramente velludo en el pecho. Había perdido algo de dureza en los abdominales, admitió; le recordaría a Ana reservar una hora diaria la semana siguiente para machacarse en el gimnasio del sótano. Eligió para cambiarse una camisa gris perla y aunque dudó si usar otra corbata, al final optó por la misma, roja con pequeñas hojas de parra en negro, algo así, pensó, como el infierno otoñal a vivir en la firma si la noticia sobre la desaparición del dinero llegaba a oídos de la Comisión Nacional del Mercado de Valores. Los de Lidia Salmerón, su

presidenta, rivalizaban con los de los más avezados murciélagos. En un mundo de depredadores como el financiero su nombre causaba pavor.

—¿Lo piensas comunicar, David? —preguntó Bruno nada más aparecer este por la puerta de su despacho.

—No, no lo haré aún —contestó su socio—. Entre Lidia y la prensa nos degollarían. Hay que averiguar antes a cuánto asciende el desfaldo en total, quién se ha llevado el dinero y si hay posibilidades de reponerlo.

—O maquillarlo...

—Mucho colorete nos haría falta.

El mundo de las finanzas no gustaba de las sorpresas. De saberse, les podría ocurrir como a Vivas & Ceulemans, al que una oscura inversión en un paraíso fiscal, pese a generar grandes beneficios a sus inversores, había desterrado de los parqués. Era necesario actuar lo más discretamente posible, serena, pero rápida, muy rápidamente. Se acercaba el cierre del ejercicio y sería complicado explicar el asunto a los auditores. Eran amigos, les habían conseguido grandes clientes, pero la conducta fraudulenta de cierta compañía en Estados Unidos había puesto a remojar las barbas de todas las firmas auditoras en Europa.

—También podemos desempolvar aquel proyecto para minoristas, con él taparíamos de sobra el agujero.

—Ya lo sabes, nunca me gustó tu idea.

—Piénsatelo.

—No por ahora.

—¿Qué vas a hacer?

David Alfakhar tomó un grueso pisapapeles de bronce con el símbolo del dólar y lo sopesó en la mano. Bruno le apostó a Silva que lo tiraría contra el espejo a su espalda en un repentino ataque de ira. Después decidiría los términos de la apuesta. Ganó Silva. David dejó reposar el pisapapeles de nuevo en su sitio y, como si en ese mismo momento recordase qué debía contestar, fijó la vista en su socio.

—Lo que voy a hacer es reunirme ahora mismo con Germán. Más le vale ser convincente en su explicación de cómo está el asunto. Es un buen tipo, pero como el departamento de informática la haya cagado le voy a cortar los huevos. ¿Vienes?

—No, Fernando está en el Caribe mexicano. Voy a llamarlo.

—Lo quiero aquí ya. Como si tiene que regresar a nado.

—No sabe nadar.

—Que aprenda.



Ana dedujo la existencia de problemas en la firma mucho antes de que Berta, desde lejos, la invitara a seguirla a los aseos teatralizando pintarse los labios. Le bastó con ver la camisa gris de su jefe, en lugar de la celeste de la mañana, cuando se asomó a la puerta del despacho para despedir a Alfakhar y pedirle averiguar el teléfono del complejo Mexcún en Paraíso de la Bonita.

Él le gustaba. Bruno Silva era correcto, delicado en su trato, nunca le había elevado la voz y sabía valorar su trabajo. Desde que era su secretaria le había subido el sueldo dos veces y en una ocasión, tras un mes de intenso trabajo, le puso sobre la mesa un billete de avión y un bono de hotel para una semana en Palma de Mallorca. Las primeras vacaciones de verdad de toda su vida, tumbada al sol diez horas al día y lejos de los familiares del pueblo. Sí, le gustaba su jefe. Era el más guapo del bróker, sin duda, y rio al recordar las desvergonzadas palabras de Berta el día que Bruno apareció en el despacho con su blazer azul y la corbata de Hermes camino de una recepción con el ministro de Economía: «Ana, daría media paga extra por tirármelo un fin de semana». Nunca lo había visto como hombre. En alguna ocasión lo sorprendía a través del espejo que había junto a la puerta de su despacho mirándole el trasero cuando se marchaba hacia su mesa. Pero no sentía por él la atracción que las demás chicas de la planta de dirección ni se molestaban en disimular. Era su superior, quien le había dado estabilidad económica y certeza de ser muy buena en su trabajo. Eso la colmaba por completo. Más al recordar su vida anterior, cuando para pagar sus estudios de secretariado y la habitación compartida con otras chicas tuvo que trabajar en aquella hedionda lavandería, o en la venta de mala muerte donde paraban sudorosos y groseros camioneros, o incluso con aquel gordo seboso de la gestoría quien, al segundo día de trabajo, alabó con lascivia sus «tetas peras».

Hacía menos de un mes que había cumplido 25 años y, según comprobó esa mañana en el espejo, seguía teniendo el mismo aspecto de niña con que salió del pueblo al cumplir los 18. Ayudaba a ello su pelo corto, ligeramente ahuecado en los lados para suavizar los contornos de un rostro afilado, una nariz de líneas suaves y esos labios tan bien silueteados que su amiga Berta, siempre alimentando su autoestima, consideraba dignos de una estrella de cine. Ella también se gustaba, y se gustaba más aún cuando en los duelos dialécticos con los chicos de la oficina siempre salía triunfante su inteligencia.

En alguna ocasión, cuando Berta sacaba a colación su colección de amantes, había mentido acerca de su vida amorosa. Lo hacía sin maldad, sin intención de engañarla, solo para evitarse el apuro de dar explicaciones y, sobre todo,

para ahorrarse los consejos, sugerencias y proyectos de alcahueta de quien, por propia confesión, tenía en el sexo su principal fuente de energía.

—Ana, si una semana no destrozo a un tío en la cama es como si dejara de echar gasolina al coche, no andaría.

Ana se reía con el descaro de la secretaria de Fernando Argüelles. Aunque se habían conocido antes, se convirtieron en íntimas desde que empezó a trabajar en la firma. Incluso sopesó aceptar la oferta de compartir apartamento con ella. Al conocerla a fondo, no le apeteció convertir su hogar en la pasarela de pretendientes de su amiga.

Berta la animó con un gesto de premura a reunirse con ella y Ana la siguió hasta el aseo. No fue sino cerrarse la puerta cuando, tras cerciorarse de estar solas por completo, lo soltó:

—Agárrate, tía, han metido la mano en la caja fuerte y han desaparecido cinco millones de euros.

III

—¿Cinco millones doscientos? —repitió David Alfakhar añadiendo interrogaciones a la afirmación de Curro Ginés, el jefe de Contabilidad, y al asentimiento de Germán Salas, responsable de informática.

—Sí, jefe —respondieron al unísono.

—¿Y nos detenemos ahí o me vais a contar mañana que son siete o treinta o doscientos?

—Aún estamos en ello, pero no será mucho más —sentenció Ginés.

Alfakhar dejó las gafas sobre la mesa, cerró los ojos y posó la cabeza sobre el respaldo del sillón. El informe preparado por el jefe del departamento de informática no hacía sino acrecentar su ansiedad. En sus cuatro abigarrados folios, colmados de palabras técnicas y de autojustificaciones, no había una sola frase esperanzadora. Nada había allí, salvo el aumento de la cantidad defraudada, que no le hubieran adelantado días atrás, si acaso la rotunda confirmación de que quien se llevó el dinero actuó como un auténtico profesional.

—¿Para qué me he gastado una fortuna en un sistema de seguridad informática puntero si cualquiera puede entrar y llevarse el dinero? Sois una pandilla de inútiles —estalló Alfakhar.

—No hay un solo sistema en el mercado que no pueda ser atacado, señor. Aquí la trampa siempre va por delante de la seguridad, el criminal varios metros por delante de la policía —contestó con voz queda Salas al exabrupto del jefe.

—Acaso sea entonces más rentable contratar al criminal.

—Más que gritar, seguro, pero fichando al delincuente ¿quién le asegura que no hay otro aún mejor?

—¿Qué hacemos?

—Hay una empresa estadounidense especializada en delitos informáticos. Son muy caros. Nadie nos puede asegurar que descubran al autor o a los autores del robo, pero si no lo pueden hacer ellos, no creo que haya en el mundo otros capaces de conseguirlo.

—Llámalos.

—Algo más...

—¿Más, joder?

—Hágase a la idea de recibir alguna otra sorpresa.

—¿Pero no me acabas de decir que la cosa no pasará de los cinco millones de euros?

—No me refiero al dinero. De quien ha hecho esto con tanta limpieza debemos esperar continuos obstáculos.

—¿De qué debo preocuparme exactamente, Salas?

—La respuesta solo la sabe él, señor.

* * *

Cuando su jefe de informática salió del despacho, Alfakhar tomó del cajón un pastillero y arrojó sobre la palma de su mano varios comprimidos de ansiolíticos. No recordaba la última vez que le tembló, pero sí ese ahogo subir lentamente por su voluminoso estómago, hasta amenazar con hacerse serpentín en su garganta. Fue el día que visitó Auschwitz, el campo de concentración donde parte de su familia había sido exterminada. Recorriendo los barracones, las duchas donde los gaseaban, los hornos crematorios, había sentido cómo las almas de sus abuelos, de sus parientes lejanos, trataban de aferrarse a la suya. Durante meses despertaba sudoroso y con la respiración entrecortada en plena madrugada, alertado por aquellos gritos desesperados que su imaginación hacía resonar en los muros de los barracones. Gritos en polaco, en hebreo, en alemán, palabras que laceraban su espíritu y cuyo significado siempre se negó a conocer.

* * *

El resort Mexcún de Paraíso de la Bonita, a 20 kilómetros de Cancún, parecía semiengullido por un manglar, del que asomaba tímido a la inmensidad del mar Caribe. Quienes se adentran por la carretera 307, arteria entre Cancún y Chetumal, no suelen llevar fajos de billetes en las carteras, pero no conviene confundirlos con mochileros. Les basta con una tarjeta de plástico a la que cargar cientos de dólares, el precio de una noche en una habitación de cualquier hotel de lujo de la zona. Fernando Argüelles lo podía pagar. La suite con terraza y piscina privada del extremo más alejado del complejo, la «escort» de lujo que le acompañaría en el viaje y la estancia, y hasta la meretriz local que en noches de luna llena y botella de tequila vacía declaraba el overbooking en su colchón.

—¿Preguntan por el cuate de la Moctezuma? —inquirió el recepcionista del hotel a la telefonista.

En otras circunstancias, aquel chico de pelo ensortijado e inglés de El Paso no hubiera repetido lo comunicado por su compañera. Querían hablar con Fernando Argüelles, el español de cuidada barba, exquisitos modales y espléndidas propinas en el «lounge». En realidad invitaba a otros muy cercanos a hacerse cargo de la respuesta; en concreto, aquellos dos tipos que apenas veinte minutos antes habían hecho acto de presencia en la recepción, tras ser llamados por el director del hotel a primeras horas de la mañana.

—Presta —ordenó con gesto imperativo Joaquín Andrades, comandante de la Policía Judicial de Yucatán.

—Comunícanos —dijo el recepcionista antes de alargarle el auricular.

—Bueno, hotel Mexcún —pronunció con profesionalidad de conserje curtido Joaquín Andrades—. ¿Quién me habla, por favor?

El comandante se sacó el bolígrafo de un bolsillo interior de su chaqueta y el cordón del auricular se enrolló en su cuello en su tentativa de encontrar un papel en el que apuntar el nombre de quien, al otro lado del teléfono, le interpelaba por Fernando Argüelles. Desde hacía 48 horas, su pareja, Agnetta Solberg en el pasaporte noruego exhibido, Ebba sin más en el prostíbulo de lujo parisino donde trabajaba, nada sabía.

—Señor Bruno Silva, de su oficina, ¿verdad? El señor Argüelles no se encuentra en su recámara... No, no está en el hotel. ¿Gusta se lo reporte cuando llegue?

Andrades se mesó el bigote —«very mexican» le había dicho la nórdica nada más presentarse— e hizo intención de dirigirse al recepcionista, pero luego recordó que las nuevas centralitas telefónicas conservaban todos los datos de las llamadas y era innecesario avisar de antemano a la telefonista.

—Bien, que se reporte a la oficina, ¿algo más en lo que pueda servirle, señor? Gracias a usted, señor, le informo de su mensaje en cuanto lo vea por el hotel. Sí, buenas tardes.

Tras cerciorarse de que al otro lado se cortaba la comunicación, el inspector se dirigió al recepcionista.

—¿Operadora...?

—Presione el 0.

—Señorita, habla la Policía, ubique la procedencia de la llamada que nos transfirió a recepción preguntando por el cuate de la Moctezuma. Sí, dígame 34..., ya, ¿España seguro, verdad? Gracias, linda. ¿Me puede dar un reporte

de todas las llamadas recibidas en la habitación desde la llegada del gachupa?
¿Sí? Perfecto.

Joaquín Andrades miró el papel en que había apuntado todos los datos, lo dobló cuidadosamente y lo introdujo entre las hojas de la libreta recién estrenada con las declaraciones de la chica noruega.

—También buscan al güey a nueve mil kilómetros de aquí, hay que chingarse —afirmó dirigiéndose a su compañero.

* * *

—¿Y quién ha sido? —preguntó Ana mientras rebuscaba en el bolso el lápiz de labios.

—No tienen ni zorra idea —respondió Berta, que se ahuecaba el pelo.

Ana no necesitó sonsacarle su fuente. Desde hacía un tiempo Berta intimaba con Germán, pese a ser reacia desde siempre a mantener relaciones con tipos casados. «No ronca», se limitó a contestarle un día en que le confesó no comprender por qué pudiendo elegir a cualquier hombre se había enrollado con uno con esposa e hijos.

—Ahora me explico tantas reuniones entre el señor Alfakhar y Bruno en los dos últimos días.

—Sospechan de Fernando —soltó de sopetón Berta.

—No creo.

—Que sí, tía, me lo dijo Germán. Es lo fácil, mi jefe no está y ha desaparecido pasta; para dónde van a mirar sus socios.

Terminó de retocarse los labios y dejó a Berta perfilándose de nuevo los ojos. Adivinó un rictus de decepción en el rostro de su amiga e intuyó que o bien esta sabía más de lo reconocido, o ella también se sumaba a quienes consideraban a Fernando Argüelles capaz de traicionar a la firma. Ana se dirigió hacia una de las cabinas del aseo, pero antes de cerrar la puerta se volvió.

—Berta.

—Dime.

—¿Qué te ha dicho Fernando?

—No he hablado con él.

—Venga...

—De verdad, mujer.

—Oí el otro día a Bruno decir que Fernando estaba siempre ilocalizable en vacaciones, pero yo no me lo creo.

—Más o menos.

—Más para otros y menos para ti.

Berta sonrió a través del espejo y su media sonrisa se convirtió en prólogo de las lágrimas que empezaron a resbalar por sus mejillas. Ana corrió hacia ella y la abrazó.

—¡Eh, eh!, ¿qué te pasa?

—Soy la única persona con el número de teléfono de Fernando en sus vacaciones y cuando quiere preservar por completo su intimidad.

—¿Y?

—Lo llevo llamando desde ayer y siempre salta el contestador de voz. Le he dejado una docena de mensajes.

—Bueno, mujer, está de vacaciones, quién sabe si en un lugar con poca cobertura. O barrunta problemas de trabajo y no le apetece hablar.

—Siempre lo coge a la primera, Ana. No le molestaría si no fuera grave, lo sabe de sobra.

—Ya.

—Algo pasa.

—¿Lo has comentado?

—No, Ana, solo lo sabes tú y así seguiré, ¿de acuerdo?

—Vale, ¿pero no crees que lo deberían conocer los jefes?

—Siento traicionarlo si lo digo.

* * *

Cuando Ana regresó a su mesa, Bruno salía de su despacho. Iba con las mangas de la camisa remangadas, el cuello desabrochado y el nudo de la corbata a media asta. Hizo memoria y no recordó haber visto nunca así a su jefe. Sí, algo pasaba.

Bruno le hizo un gesto con la cabeza y continuó el camino, pero apenas unos pasos después se volvió, sin tiempo a que Ana, aún mirándolo, se sentara en su silla.

—¿Me quieres decir algo?

—Sí, bueno, no especialmente, solo...

—Dispara...

—Vaya, su nuevo look, señor.

Como si no comprendiera, Bruno enarcó las cejas para, al momento, mirarse los brazos, tocarse el cuello de la camisa y tantear el nudo de la corbata. Miró a su secretaria, que lo escrutaba con cara divertida. Bruno se agitó el pelo.

—¿Mejor? —preguntó a Ana.

Su risa fue la mejor respuesta.



Al sonar la melodía del móvil, Wie supo que había llegado el momento de actuar. No le molestó el brusco despertar ni volverse a atar los zapatos que, apenas tres horas antes, había dejado alineados con precisión milimétrica a los pies de la cama, ni tomar de nuevo el coche rumbo al lugar de trabajo. Desde pequeño, tanto en casa, como los fines de semana en aquel piso céntrico cerca del río y más tarde en el colegio de las afueras donde se les enseñaba la lectura y la escritura china, la milenaria cultura de sus antepasados, le habían tratado de inculcar la necesidad de estudiar mucho, de sacrificarse más, del esfuerzo continuo como única fórmula para en el futuro tener un buen trabajo y ganar dinero, mucho, cuanto más mejor. Nunca, sin embargo, se acostumbró a aquellas tardes haciendo ideogramas tan complicados mientras sus amigos españoles jugaban al fútbol en el parque cercano o, ya algo mayor, a vigilar los pasillos del bazar en vez de estar ligando con las chicas. Mientras se enfundaba un polo de cuello alto, admitió que no había sido fácil conciliar la educación oriental recibida en casa y la que sin darse cuenta empapaba su mente de lunes a viernes, proveniente de los usos y costumbres de sus profesores y amigos españoles. Había cosas, sí, musitó mientras se ajustaba el cinturón, no negociables, como el respeto a los mayores y a obedecer sin rechistar.

—¡Wie!

Había alcanzado la puerta sin hacer ruido y se disponía a cerrarla tras de sí, cuando Shu surgió de la oscuridad y, acercándose, le alargó una bolsa.

—Por si tienes hambre, hermano. Cuídate.



Yao dejó el cubilete sobre la caja que servía de mesa a los jugadores y respondió al móvil. Sus dos acompañantes lo miraban asentir sin abrir la boca, como si al otro lado fuera un vidente quien hablara con él. Yao cerró la tapa del teléfono, arrasó con el dinero de la apuesta no jugada ante la tímida protesta de sus compañeros y pegó una patada a la caja de cartón que hizo saltar los dados por los aires, repiqueteando luego cada uno en el suelo de la estancia al caer.

—Empiecen a recoger, ¡vamos, vamos! —apremió a sus colegas, empujándolos hacia dentro.

Aquellos dos mastodontes que, en las últimas cuarenta y ocho horas, habían vigilado a los inmigrantes no tenían miramientos. A base de patadas, de

empujones, de insultos, fueron abriéndose paso entre los hombres, mujeres y niños desparramados por la habitación, urgiéndoles a recoger de inmediato sus humildes pertenencias y a estar, en silencio y de pie en fila india, listos para partir.

Apenas unos minutos después de la medianoche, cuando ya llevaban cuatro horas de espera y la mayoría aguardaba de cuclillas en su sitio, Yao empezó a pasar revista con chulesco paso marcial. Se paraba ante niños y ancianos, les hacía dar un paso al frente, y sellaba sus bocas con trozos de cinta advirtiéndoles que de quitárselas les ataría también las manos. Luego, ante la mirada atemorizada de todos, situándose con los brazos en jarras en el centro de la habitación, habló en perfecto coreano.

—Ahora vais a bajar a la primera planta, en silencio, no quiero oír nada, ¿habéis visto alguna vez hablar a una mierda? No, ¿verdad? Pues vosotros sois mierdas. Después vais a subir a unas furgonetas para llevaros a donde trabajaréis. Debéis pagar la buena vida que os estáis dando. Y recordad, habéis dejado gente con vuestro querido Kim Jong-un. La traición se paga con la vida, con la vuestra y la de vuestras familias. ¿Comprendido, basura?

El primero de la fila hubiese dado un paso hacia la salida de la habitación solo con pedírselo, pero recibió una patada, como el segundo un empujón y la tercera un golpe en la nuca. Nadie se quedó sin recordatorio de lo que en el futuro sería su vida mientras franqueaba la puerta, recorría el pasillo y empezaba a descender la escalera, situada junto a un amplio ventanal tapado con hojas dobles de periódico, camino de la primera planta de la nave.

Los más rezagados, entre los que estaba la chica forzada por Yao, vieron a través de los periódicos rasgados los anuncios de neón de las naves colindantes y los furgonetas de las empresas, aparcadas junto a las naves, a la espera del inicio de la jornada laboral.

Al llegar a la planta baja, Yao y sus matones empezaron a dividirlos en tres grupos de treinta y los situaron ante unos enormes cierros que los más observadores coligieron como las bocanas del muelle de la nave.

Aún esperaron una hora larga en la penumbra a que se levantaran aquellas enormes persianas. En cuanto empezó a penetrar la luz en la nave se les urgió a correr hacia ellas e introducirse en las furgonetas, rumbo, creían, a una nueva existencia.

IV

La furgoneta de Saneamientos Martínez permanecía aparcada frente a la nave de la empresa e iluminada por los focos de la fachada. Cualquier habitual del polígono habría jurado que aquella lechera blanca, serigrafiada con letras y dibujos azules, era la misma que desde hacía años dormía allí. Muy de mañana alguien la conduciría allá donde la reclamara la clientela. Nadie hubiese reparado en los cristales del parabrisas y del conductor, tintados esta vez y, menos aún, en la presencia a aquellas horas intempestivas de dos tipos en su interior.

Uno, sentado al volante, con el pasamontañas subido, comía de un recipiente de cartón, mientras el otro, con la visera de la gorra hacia atrás, vertía té del termo en un vaso de plástico. Desde donde estaban, veían tanto uno de los costados de la nave del «cash» «La Gran Muralla» como su entrada principal.

—Por ahí viene de nuevo, tercera pasada —advirtió el copiloto, quien a través del espejo retrovisor veía avanzar desde la lejanía un utilitario que acabaría sobrepasándolos.

—Avisa —le urgió su compañero.

No había terminado de decirlo cuando tres grandes furgonetas del «cash» aparecieron por una de las calles del polígono. Bordearon la entrada principal de la nave y dando marcha atrás se pegaron a las compuertas del muelle.

La débil luz reflejada en la fachada pareció parpadear en cuanto las grandes persianas comenzaron a elevarse.

—Buitre en el nido —enunció con voz grave el copiloto a través de la radio, mientras se daba la vuelta a la gorra y se ajustaba la visera.

Del interior de la nave surgieron unas figuras que de manera presurosa, tras echar un nervioso vistazo a su alrededor, abrieron las puertas traseras de las furgonetas.

—Vamos allá —dijo el hombre al volante.

—¡Unidades dentro! —gritó el copiloto.

La noche pareció desbocarse. De todos lados empezaron a salir coches de la Policía. Con sus sirenas y luces convirtieron el lugar en una ruidosa verbena.

Los agentes se hicieron rápidamente con la situación. Redujeron a los conductores de las camionetas, se adentraron en la nave, controlaron a los inmigrantes y detuvieron a sus guardianes. Todo parecía terminado casi antes de empezar cuando, de improviso, de las hileras de detenidos que subían a los vehículos policiales surgió la figura delgada, fibrosa, de Yao. El maleante rompió el cordón policial y se lanzó a la carrera, perseguido por un par de agentes a los que los chalecos antibalas y sus pertrechos ponían en desventaja.

Lejos de acortarse la distancia entre ellos, el prófugo la incrementaba a cada zancada. A los cien metros, la carrera estaba decidida; solo que el oriental no esperaba tan cercana su meta. La puerta del conductor de la furgoneta de Saneamientos Martínez, abierta de improviso cuando llegó a su altura, impidió su victoria. De ella saltó un tipo con la cara oculta para reducir al fugitivo, gamo en la carrera, tigre defendiéndose.

Fue en el forcejeo cuando Yao acertó a tirar del pasamontañas del policía, dejando su cara al descubierto. Ni un golpe de kárate lo hubiera aturdido tanto. Cesó en su intento de zafarse y se dejó poner los grilletes.

—¡¡Traidor!! —escupió en mandarín.

Mientras los agentes que lo perseguían se lo llevaban detenido, el copiloto de la furgoneta policial camuflada se acercó a su compañero y le alargó un vaso con té.

—¿Todo bien, Wie? —preguntó.

—Ese cabrón me ha visto la cara —le respondió airado, arrojando con furia el pasamontañas.

* * *

Joaquín Andrades se acercó a la cuneta sorteando los charcos y las zonas más enfangadas. Estrenaba zapatos y no quería estropearlos, no al menos hasta la jura de su hijo como nuevo miembro de la Policía Municipal quince días más tarde. Quienes se ocupaban del cuerpo hecho escombros en el fango lo vieron llegar de puntillas, como «drag queen» con sobrepeso sobre tacones de aguja.

—¿Qué hubo? —preguntó.

—Persona del sexo masculino de 55 o 60 años, ilegal, le han dado una chinga de muerte. Lo encontraron unas viejas que subían a la iglesia. Los paramédicos lo estabilizan ahorita después de resucitarlo. Está en coma.

Náuticos de marca, pantalones cortos, camisa de seda, sombrero de paja. Ebba no pudo decirle cómo iba vestido Fernando Argüelles cuando se marchó de la suite mientras ella dormía, pero Andrades se dijo que su vestimenta no

diferiría mucho de la de aquel tipo, turista europeo o norteamericano con la carta astral sellada para el más allá en una carretera comarcal diez kilómetros al oeste de Cancún.

—Espérenme, le voy a tomar una foto —pidió Andrades a los sanitarios, que se aprestaban con sumo cuidado a subir el cuerpo a una camilla.

En una de las piscinas del Mexcún, con un Acapulco de Noche en la mano cuya copa reverberaba al sol, Ebba recibió un mensaje de whatsapp de un número para ella desconocido. Solo contenía signos ortográficos pero no había duda de lo que querían de ella.

—¿?

Aquel círculo que daba vueltas con lentitud exasperante sobre una imagen desenfocada tardó en esfumarse. Ebba, sumergida hasta el ombligo en el agua, alejó al donjuán malayo que momentos antes la había invitado a una copa y cruzó los dedos.

Andrades se sacó del bolsillo el celular al oír el timbre y la pantalla le confirmó lo intuido por él.

—Quiero un oficial en la puerta de la recámara de este gachupa, que los médicos lo aíslen —ordenó Andrades.

* * *

El circuito de Jerez no lucía como en las grandes ocasiones, cuando en él se disputaban carreras del Mundial de Fórmula 1 o de MotoGP. Pero, a la vista de quienes eran recibidos en la puerta de autoridades, resultaba evidente que no albergaba un acontecimiento más. La invitación había llegado a Alfakhar & Asociados un par de meses antes y no tardó en ser un apunte en rojo en la agenda de la compañía. Ferrari abría una fábrica de componentes en la provincia de Cádiz y lo celebraba invitando a personalidades de todos los sectores de la sociedad a un acto cuyo plato fuerte era la conducción de sus últimos modelos por los más arrojados.

Bruno y David llegaron al circuito jerezano cuando algunos invitados ya habían dado unas vueltas en las joyas de la firma italiana. David declinó en su día el montarse en algunos de los vehículos a su disposición, pero Bruno, asesor en la operación financiera que había posibilitado la instalación de la firma del Cavallino rampante en la provincia, sí se apuntó a conducir el F12 Berlinetta, un bicho de 740 caballos al que habían capado el acelerador para no alcanzar los 340 kilómetros por hora, su velocidad original de fábrica. Casi la misma cifra, pero en miles de euros, del PVP del catálogo.

No tardó en llegar el F12 al paddock, donde Bruno, con el mono puesto y un casco en el costado, hablaba de las intimidades del vehículo con el piloto que lo acompañaría en las cinco vueltas al circuito. No fue una entrada plácida la del coche en la zona acotada para el relevo. Pese a las advertencias del controlador, entró demasiado rápido en él y hubo de frenar en seco. Del puesto de copiloto se bajó un tipo que al quitarse el casco se santiguó y lanzó un bufido mirando a su colega. Bruno sintió curiosidad por saber quién había pilotado el coche; no adivinó su identidad hasta que, tras desperezar los cabellos atrapados en la protección, se echó estos para atrás y le dio la cara. Lidia Salmerón, expiloto de rallies y hacía años perdida tres días en el Dakar, decían las malas lenguas que adrede y en compañía de un motorista libanés, acababa de llevar a su copiloto al borde del infarto. Deportista, en plena madurez física a sus «cuarenta y menos años», como gustaba decir, sabía cómo explotar su atractivo y su inteligencia.

—Hola, Bruno, ten cuidado con este trasto. No es tu Aston de juguete —le advirtió Lidia mientras se secaba con una toalla.

—El Aston ya lo vendí, ahora tengo un Carrera.

—¡Vaya! De Martin a Porsche. ¿Van mal los negocios o te estás volviendo cani?

—He encontrado la senda de la humildad.

—No es eso lo que me dicen.

—¿Qué te dicen?

—¿David ha venido también? —inquirió de nuevo Lidia sin contestar a la pregunta de Bruno.

—Sí, anda por arriba.

—¿Qué tal si nos vemos luego los tres? Eso si no te estrellas y acabas borracho de suero en el hospital.

—Si no te ha ocurrido a ti, no hay cuidado; seguro que lo puede conducir un niño.

Lidia se dirigió hacia el interior del paddock y al llegar a su altura le deslizó al oído un «que te follen». Inteligente, doctorada en Oxford, ascendía hacia las alturas de la Administración a velocidad de vértigo y nadie lo dudaba: más temprano que tarde sería ministra de Economía sin necesidad de lamer ningún culo.

—¿Qué te apetece? —le preguntó David cuando Lidia, tras besarle, miró a su alrededor en busca de un camarero.

—Una manzanilla.

No se anduvo con rodeos. Había detenido al chaval cuando este se disponía a marcharse y tras apurar de un único trago el contenido de un catavino, tomó otro e invitó a David a seguirla a una esquina del salón. Vestida con un impecable traje de chaqueta rojo, a Lidia le resultaba fácil despertar admiración a su alrededor, pero el asombro de su interlocutor lo reservaba para cuando abría la boca.

—¿Qué pasa en la Doble A, David?

—Dímelo tú, porque yo no tengo ni idea de dónde quieres ir a parar.

—Nos conocemos hace mucho.

—Nunca demasiado.

Bruno cazó al vuelo una cerveza de la bandeja que pasaban por un grupo de invitados y se sumó a la conversación.

—Me pregunta Lidia qué ocurre en la firma —le dijo en forma de saludo David.

—¿Y qué desea ella que pase o desea escuchar? Estamos aquí para servirla, ¿o no?

—Tenéis un hermoso agujero negro.

Bruno se propuso rebatir la afirmación de la mujer cuando Alfakhar se le adelantó en la respuesta.

—Es cierto.

—¡David...! —exclamó dijo Bruno mirándolo y enarcando las cejas.

—No, Bruno, no vamos a mentir. Lidia debe saberlo. Se ha producido un desfalco.

—¿De cuánto estamos hablando? —inquirió la economista.

—Aún no tenemos cifra definitiva.

—Aproximada...

—Tres y... —empezó a decir Bruno.

—Cinco y subiendo, aunque no lo hará mucho más —corrigió David sin dejarlo acabar.

—Se os viene encima la inspección —comentó Lidia mordiéndose el labio superior.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Bruno.

—Fernando está preocupado.

—¿Fernando? —preguntó incrédulo David.

—Pero si Fernando está... —acertó a decir Bruno antes de que Lidia lo interrumpiera.

—En Cancún, hace setenta y dos horas estábamos juntos. ¿Otra copa?

* * *

Ana Bernal aprovechó la ausencia de la oficina del jefe para poner al día el archivo, eliminar del ordenador toda la basura acumulada de los últimos meses, organizar la agenda, ponerse al día de los pocos asuntos aún pendientes y suministrar el abono a la tierra de las dos macetas cuyos potos derramaban sus hojas desde lo alto del armario. Bruno había llamado a primera hora de la tarde para preguntar si había alguna novedad e Irene, la secretaria de Alfakhar, le había comentado que este también telefoneó. Los americanos contratados por Germán trabajaban ya con los informáticos de la compañía y quería cerciorarse. A la que no vio en todo el día era a Berta, a quien el departamento de recursos humanos había enviado al otro lado de la planta para instruir a dos chicas nuevas, futuras víctimas de los cargos medios.

—Tía, vámonos a inyectarnos un gin-tonic en las venas.

La voz de Berta la sobresaltó. Su llegada le había pasado inadvertida. No tenía buena cara ni buen aspecto su amiga, algo inusual para quien la imagen era tan importante.

—Hasta el moño estoy de tanta inepta.

Eso era lo que le había alborotado el pelo hasta exigir recogerlo en un moño al modo más casual, profundizado las ojeras, vencidos los labios, hinchadas las narices.

—Antes deberíamos comer algo, ¿no crees?

Solo coincidieron en la ensalada con tomates, aguacates, jalapeños, cebolla roja y hojas de cilantro, aderezada con zumo de limón, sal y pimienta. Ana pidió una rodaja de salmón y Berta, tras lograr que el chico le enumerara las calorías de todas sus sugerencias, se decantó por una hamburguesa de carne de avestruz: «no es que esconda la cabeza en el suelo por cobardía; sabe que le van a dar por el culo y prefiere no verlo», apostilló, haciendo reír a su compañera.

Ana se divirtió con el relato de la jornada laboral de Berta durante toda la cena y cuando la brisa de la noche empezó a soplar en la terraza del pub y las invitó a resguardarse, le tocó a ella hablar.

—Venga, cuenta. Germán se ha cerrado en banda y no me cuenta nada, ni amenazándole con no follarlo más —le urgió Berta.

—Tenías razón, han metido mano en la caja fuerte. Bruno y el señor Alfakhar hablaron ayer en el despacho. Bruno le informó de que no había podido localizar a Fernando en su hotel del Caribe y el gran jefe del inicio de los trabajos de los americanos. Espera novedades pronto, lo vi optimista.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿El qué?

—Para enterarte de eso, coño, que estás tonta.

—Ah, se pusieron a hablar antes de cerrar la puerta. De lo dicho luego, ni idea.

—De eso sí sé yo algo.

—¿Pero no dices que Germán no te cuenta nada?

Berta negó con la cabeza. El jefe de informática se había enrocado y permanecía en su torre sin querer saber nada del mundo. Pero a doscientos setenta grados de sus despachos, donde según la secretaria de Fernando medraban los sicarios de los grandes capos mafiosos, había una actividad inusual. Se les había pedido que aportaran sugerencias para la captación de recursos en la reunión de altos directivos que tendría lugar de manera inminente.

—Esos tipos van a salir a atracar a la gente por las esquinas, Ana. Al menos me han tranquilizado asegurándome que la inversión de mi padre, recomendada por Bruno, está a salvo.

—Venga, no exageres.

—Pero, tontina, ¿tú cómo crees que van a recuperar lo robado por el mangante? Ojalá no sea mi Fernando.

—¿Mi Fernando?

—Un caballero, tía.

—¿Te lo has tirado, Berta? —preguntó escandalizada Ana.

—Bueno, tirados, exactamente tirados, no estábamos. Un día entré en su despacho, estaba guapísimo allá en su sillón, lo vi estresado y ya sabes, nací para samaritana.

—Necesito otra copa —atajó Ana levantándose.

* * *

El chófer aparcó el Audi 8, el coche de la empresa para los actos oficiales, junto a la entrada de autoridades del circuito nada más divisó al gran jefe salir del mismo. Alfakhar caminaba junto a Bruno con las manos en los bolsillos y asentía a lo que este, subrayando sus palabras con su habitual gesticulación, decía. David pidió bajar la ventanilla al conductor.

—Volveré con el señor Silva. Buenas tardes, Gabriel.

A diferencia de la comodidad dispensada por el asiento trasero del Audi, el del copiloto del Porsche de Bruno tardó en compadecerse de él.

—Sube el respaldo y echa un poco más para atrás el asiento si estás incómodo —le propuso Bruno.

—Me encuentro en condiciones de despegar, Houston, ya veremos durante la travesía —respondió su socio.

No tardó el coche en alcanzar la autopista ni en mantener una velocidad de crucero que Alfakhar dedujo no bajaba de los 160 a la hora. Llegarían en un suspiro al peaje, solo treinta kilómetros más allá.

—¿Cuánto nos va a costar el silencio de Lidia? —preguntó Bruno, que bajó el volumen de la radio.

—Un cuarto.

—Se vende bien.

—Trapos de Prada, relojes exclusivos, viajes de lujo, ya sabes cómo es —afirmó David.

—¿Hasta dónde nos cubrirá?

—Lo suficiente para averiguar a quién colgamos por los huevos del palo de mesana.

—Aparentemente, Fernando no ha sido —admitió Bruno—, pero ¿por qué no nos avisó a nosotros?

—Es uña y carne con ella.

—¿Cómo?

—Fue su mentor desde que entró de meritoria en el banco hasta salir de la Dirección General para asociarse conmigo. Fernando le abrió muchas puertas entonces. Él se enteró de que Lidia acudiría a la convención de las bolsas iberoamericanas y se arrodilló en el confesionario.

—Ya, mentor con derecho a toque.

—Te equivocas con Lidia, no es de esas. No ha subido un solo peldaño abriéndose de piernas. Es de las que eligen cuándo, dónde y con quién.

—Mucho me tienes que contar aún. Por cierto... ¿te ha dejado algo suelto la presidenta para pagar el peaje?

El Porsche avanzó muy lentamente en línea recta mientras, con dificultad, David rebuscaba infructuosamente en los bolsillos. Bruno no esperó a que la prospección de su socio hallara petróleo, aceleró y se adentró en uno de los pasajes de pago con tarjeta bancaria.

—Reza, socio. Es la de la firma —ironizó.

* * *

La esquina de la planta que acogía la Brigada de Extranjería estaba extrañamente tranquila esa mañana. Lo habitual era el bullicio en los pasillos donde se cruzaban policías, confidentes y detenidos, en un ir y venir que le recordaba las olas rompiendo en la orilla del mar y volviendo luego al hogar.

Wie abatió la hoja de la puerta y al momento sonó una gran ovación. Avanzó por la sala recibiendo felicitaciones de los compañeros que iban abriéndose mientras avanzaba hacia su jefe, sonriente en el umbral de su despacho. Era el hombre del día en Jefatura y todo el mundo quería hacerse un selfi con él.

El comisario Coronado dio unos pasos hacia adelante, abrió los brazos y lo rodeó con el mismo afecto con que hubiera abrazado a Charlize Theron. Pese a su porte achaparrado y poco gentil, en Jefatura pasaba por un gran conquistador. Él lo combatía expresando a todos los que le quisieran escuchar su amor por su esposa, policía de la Científica con una H&K USP nueve parabellum en el bolso, a la que resultaría difícil ocultar una traza de carmín en una solapa del recuerdo.

—Gran operativo, Wie, estoy orgulloso de ti. Pasa, pasa.

El comisario rodeó su mesa, se sentó en su sillón y lo invitó a ocupar una silla frente a él. Wie recordó su primera visita a aquel despacho, temblándole las piernas, cuando Coronado le dio la bienvenida al departamento lanzándole una soflama xenófoba de las que daban arcadas. No confiaba ni en moros ni en sudacas ni menos aún en el primer amarillo presente en la Jefatura, le escupió, pero estaba en su mano hacerle cambiar de opinión. Las mafias asiáticas estaban creciendo y la Policía necesitaba de gente que pudiera ganarse la confianza de esos «putos ojos rasgados, bueno, ya me entiendes tú, eres medio de ellos».

—Pues sí, hiciste un gran trabajo, Wie López, sí señor. Todos los periódicos, radios y televisiones hablan de nosotros. Desde arriba llevan felicitándome toda la mañana.

—Los chicos estuvieron perfectos, jefe.

—Ya, ya, pero bueno, sin ti no hubiera sido igual, las cosas como son.

—Cumplí con mi obligación.

—Te vamos a dar un empujón hacia arriba —le anunció el comisario con una amplia y forzada sonrisa.

—Jefe, estoy bien aquí, no me hace falta más.

Coronado se levantó, tomó un periódico de encima de la mesa, hizo como que leía mientras la bordeaba y se sentó en una esquina.

—Verás, Wie, anoche surgió un problema... —afirmó con voz grave.

—Ya, me vieron la cara, pero al tipo lo extraditarán y...

—No, no creo que lo vayan a extraditar. Era uno de los capos. Un tal Yao no sé qué.

—Puedo moverme por otros ambientes...

—Ya saben quién eres. Estás quemado, Wie, no puedes volver al polígono ni a relacionarte con los amarillos.

—Pero, comisario...

—Te han trasladado a Homicidios.

V

Era ya noche cerrada cuando Bruno dejó a David en la puerta de su hogar. Habían parado a picar algo en Las Cabezas, y tomado unas copas en un tugurio de Dos Hermanas donde el pijerío se sentía travieso. Alfakhar invitó a su socio a entrar en su chalet, pero este declinó hacerlo. Ni le apetecía más alcohol ni le agradaba la idea de ser red en la partida de ping pong dialéctica que solían jugar David y Nuria, su mujer, cuando había terceros de por medio.

Bruno usó el manos libres para telefonar a Ana. Su secretaria acababa de ducharse y se había preparado un sándwich. También le puso de comer a su perra, Sandy. Fue entonces cuando sonó el móvil.

—Dígame, señor Silva.

—Ana, ¿el departamento de informática nos pasó algún informe a última hora?

—No.

—Entérate si enviaron alguno al señor Alfakhar, por favor.

—Ahora mismo lo averiguo.

—Llámame con lo que sea.

—De acuerdo.

No le importaba que su jefe acudiera a ella a las horas más intempestivas. Es más, hubo de reconocer que le satisfacía: le hacía sentirse importante. Buscó en la lista de contactos del móvil el teléfono de Merche, la secretaria del departamento de informática, y llamó a su colega. No fue sino al segundo intento, tras un primero en el que saltó el buzón de voz, cuando esta contestó.

—Merche, ¿habéis mandado hoy a Dirección algún informe después de haberme ido yo?

—No te puedo dar esa información, Ana.

—¡Venga, tía! ¿Cómo que no me la puedes dar?

—No, no puedo.

—Oye, mi jefe es uno de los socios, no hace falta recordártelo. Desembucha.

—Lo siento, Ana, dile que hable con el señor Alfakhar.

—Vale, ya no soy la secretaria de nadie, sino tu amiga. ¿Salió un informe?

—Sí.

—¿Qué decía?

—No lo sé. No lo escribí yo. El sobre llevaba el sello de confidencial y a la atención exclusiva, sin copias, del patrón. Y además Germán me dijo que chitón; no he hablado contigo, ¿vale?

Nada contestó ni le dio siquiera las gracias. El silencio se hizo tan espeso como el que se produjo luego tras hablar con Bruno Silva y contarle la conversación con Merche. Su jefe solo había asentido con síes a su relato, sin pregunta alguna.

—¿Nada más, Ana?

—Solo eso, señor Silva.

—¿Qué se te ocurre para acceder al informe sin ser borde?

—Lo puedo intentar.

—Mejor, consíguelo.

Sandy se subió al sofá y acomodó su frágil cuerpo entre los pechos y el vientre de Ana, quien la acarició. Los deseos del jefe eran órdenes.

* * *

Alfakhar estrechó la mano de aquellos dos sujetos y les deseó suerte, «porque su suerte será la mía». Lo pronunció en inglés de Stanford, la universidad en la que hizo un MBA tras pasar por Deusto. Uno, el que llevaba la voz cantante, alto, muy rubio, pecoso, le pareció demasiado hablador; el otro, moreno y bajo, con unos gruesos lentes que ampliaban el extravío de su mirada, en exceso callado. Ambos eran su única esperanza de descubrir quién había asaltado el sistema y robado.

—Acompañe a los señores y regrese, Germán.

Tenía razón Germán cuando le advirtió de que aquellos tipos recién llegados de Atlanta eran muy caros. Pasara lo que pasara, tuvieran éxito o no en sus pesquisas, sus honorarios constituirían una notable mordida a la de por sí quebrada tesorería de la compañía.

—No he entendido nada del informe que me has pasado. Si no te importa, cuéntamelo como si se lo explicases a un niño —le pidió Alfakhar a su subordinado.

—Básicamente, su trabajo consistirá primero en analizar el sistema de seguridad implantado, para buscar «bugs», perdone, jefe, los agujeros a través de los cuales podían violarlo. Cuando descubran dónde está el fallo, tirarán del hilo hasta dar con la madeja y en ese instante quien o quienes hayan

manipulado el sistema pueden empezar a pintar palotes en las paredes de la celda.

—Dime que lo conseguirán.

—Si no lo hacen ellos, dudo que haya nadie en el mundo capaz de lograrlo.

—¿Cuánto pueden tardar?

—Para el rubio esto es como en la ruleta. Lo mismo el número apostado sale a la primera que te arruinas sin aparecer.

—Muy esperanzador.

—Se cubren las espaldas, jefe. Pero en realidad hacen trampas. Todas las ruletas, todas, por muy equilibradas que estén, tienen números más proclives a salir que otros y ellos averiguarán estos números antes de apostar. Saldrán antes o después, pero saldrán.

—Sabes, Germán, podrías ser un extraordinario narrador de cuentos para niños.

—¿Me está insinuando la conveniencia de cambiar de empleo, señor Alfakhar?

—Yo de ti me lo plantearía.

* * *

El empujón hacia arriba que con falso entusiasmo le prometió su jefe de Extranjería lo llevó a dos plantas más arriba en apenas unos segundos, los que tardaron en cerrarse y abrirse las puertas del ascensor tras el cortísimo trayecto. Wie se había despedido de todos los compañeros después de haber recogido cuatro cosas en los cajones de su mesa. La noche anterior, su madre le había traído del bazar una maleta pequeña de lona azul, de esas que cumplían los estándares de las compañías aéreas de bajo costo. Ella había doblado y guardado el plástico protector y sellado las ruedas con papel adhesivo de embalar para que, una vez hecha la mudanza, le fuera reintegrada y colocarla de nuevo en el estante del bazar.

—Pero, madre, ¿por cuánto nos sale? ¿Diez euros?

—Cinco, pero con eso come en China una semana una familia —le había contestado ella.

Homicidios ocupaba una planta completa en Jefatura. Nada que ver con el zulo en el que había trabajado los últimos años combatiendo las cada vez más asentadas mafias orientales. Era como pasar de un apartamento de un ambiente a un loft luminoso. Prefería el antro de Extranjería.

—¿Wie?

Quien le tendía la mano no cumpliría ya los cincuenta, pero tenía un porte juvenil. Alto, algo descuidado de cintura pero con porte atlético, pelo abundante y flequillo rebelde, el comisario Abascal gastaba fama de buen navegador en las siempre alborotadas aguas políticas.

—¿Comisario?

—Deja eso en la mesa y acompáñame a mi despacho. Luego te presentaré a tus nuevos compañeros, aunque a algunos los conocerás ya.

Veinte minutos después Wie salió del despacho con su primer caso encomendado. Se había recibido una comunicación desde México dando cuenta de la agresión a un financiero español, a resultas de la cual permanecía en estado de coma en un hospital de Cancún. Luego llamarían de la Procuraduría de Yucatán para tratar de coordinar las investigaciones.

—Fernando Argüelles, de Alfakhar y Asociados. Nos piden indagar su vida aquí por si tiene alguna relación con lo sucedido en México. Antes de informar a los manitos, me lo cuentas y decidimos lo que nos conviene revelar, ¿vale?

Wie se sentó en la mesa asignada y colocó la maleta en uno de sus costados. Abrió los cajones hasta encontrar un par de folios y marcó un número de teléfono sin necesidad de acudir a la agenda.

—Soy yo. ¿Qué sabes de Alfakhar & Asociados?

* * *

Ana hablaba por teléfono cuando vio llegar a su jefe. Tendió una mano y él, sin detenerse, cogió la carpeta alargada por su secretaria. El informe que el departamento de informática había elaborado en exclusiva para David se limitaba a señalar los supuestos pasos dados por el autor del desfalco, las medidas de seguridad violentadas, cómo se cuidó de no dejar huellas que permitieran un seguimiento del dinero y el convencimiento de los técnicos de que quien había metido la mano no solo tenía sólidos conocimientos informáticos sino también su pertenencia al alto organigrama de la firma. Eso le había permitido acceder a datos confidenciales imprescindibles para realizar las operaciones. Se daba cuenta además de los cambios efectuados en las claves de acceso al sistema, incluidas las cuentas de la compañía en los paraísos fiscales, cambiadas sus contraseñas con frecuencia y solo en poder de David Alfakhar o las personas designadas por él; en la nueva configuración de los programas espías instalados en los ordenadores centrales, haciendo especial hincapié en aquel reservado a los altos cargos,

ahora objeto de una permanente y discreta fiscalización. Todo el mundo en la firma permanecía desde ese momento bajo sospecha.

—Buen trabajo, Ana.

—Gracias, señor.

—¿No dijiste que no se habían hecho copias?

—Sí, pero no de la posibilidad de acceder al original.

—¿Te puedo preguntar quién nos ha hecho el favor?

—Las secretarias también tenemos secreto profesional.

La picardía de Ana hizo aflorar la sonrisa de Bruno, que tomó el dossier y lo introdujo en uno de los cajones de su mesa. Hubo de reconocer la valía su secretaria y su capacidad para hacerse respetar en la empresa como ayudante suya pese a no ser de las veteranas.

—¿Algo más?

Con el bloc de notas en la mano, Ana esperó la respuesta de Bruno y cuando este le dijo que no por dos veces, comenzó la retirada. Apenas se acercó a la puerta, Bruno la hizo volverse.

—Ana.

—¿Señor?

—Te gusta Bono.

—¿El político?

—No, mujer, el cantante.

—¡Oh, claro! ¡Me encanta!

—Ten, actúa dentro de una semana en el Estadio Olímpico.

Bruno se levantó y le alargó dos entradas en un sobre. La cara de sorpresa de su secretaria adquirió tintes cómicos cuando, tras observar las localidades, se llevó la mano a la boca.

—¡Pero, señor Silva, son VIPs, del mejor sitio! —exclamó.

—Te las mereces. Llévate a Berta —le guiñó de palabra y de obra Bruno.

—¿A Berta?

—Seguro que le gustará ir contigo.

—Ya, somos amigas, pero...

—Se tira a Germán, ¿no? Le estoy agradecido, se lo haces saber, por favor.

—Ella no...

—Ya me contarás si os gustó. Ahora a trabajar —zanjó Bruno.

* * *

Joaquín Andrades miró el reloj y lamentó haberse comprometido a llamar a España justo a la diez de la mañana para hablar con el colega al que habían

asignado el caso de Fernando Argüelles. Pasaron horas antes de caer en la cuenta de que eso lo situaba a las tres de la madrugada en el 21 de la avenida Xcaret, esquina a Kabah, sede de la Subprocuraduría de Justicia del Estado, su lugar de trabajo. Nadie lo esperaba en casa, ni siquiera el sueño, tal era su sociedad con el insomnio desde hacía años, pero le incomodaba desplazarse hasta allí a aquellas horas en vez de arrellanarse en su sillón de cuero con una novela negra y una botella de mezcal como únicas compañías.

El mezcal, pensó, no estaba prohibido en horas de asueto y le dijo al chavo que sí, que lo metiera en la bolsa junto a la ración de cochinita pibil, el papadzul y la *crème brûlée* de huitlacoche, la cena para llevar del restaurante familiar de su calle.

Se acababa de limpiar la manos en la servilleta de papel y le había dado el penúltimo sorbo al mezcal con que acompañó la comida, cuando aventuró que si el policía español era como él, ya estaría sentado ante el teléfono esperando oír su voz. Por eso no le extrañó que justo a las tres menos ocho minutos, apenas acabó de sonar el segundo tono, alguien contestara al otro lado del gran charco y en una ciudad de la que solo había oído hablar por las orejas cortadas en su plaza de toros por Carlos Arruza, el torero venerado por su padre. Si su compatriota había popularizado la suerte del teléfono en los ruedos, él esperaba tener el mismo éxito con su llamada.

—Buenos días, México.

—Buenas requetenoches, España, ¿quién habla?

—Soy Wie López.

Andrades se tomó el poso de mezcal restante en su vaso y se culpó de no haber oído bien. Ciertamente, pensó, que la soledad de la oficina y las horas en la que la habitaba ayudaban a excusar el tiento a la botella, pero hubiera apostado el bigote a que el agave azul de su bebida no era el impedimento para no haber oído el nombre de quien de manera tan cordial lo había saludado desde Sevilla.

—Chamaco, ¿cómo dijiste que te llamas?

—Wie, Wie López.

—¿Uí?

—W-I-E —le deletreó.

—¿Qué le ha pasado a los gachupines? ¿Se acabaron los Antonios y los Manueles?

—Es chino.

—¿Tu nombre es chino?

—Sí.

—¿Güey, a poco eres chino?

—Medio chino, medio español.

—¡Ah!, fíjate, yo soy yucateco, español y a esta hora también medio pedo. Hablemos del cuate lleno de tubos de aquí.

El inspector mexicano le facilitó toda la información reunida sobre la estancia en México de Fernando Argüelles, quien permanecía en la unidad de cuidados intensivos del Hospital General de Cancún con mal pronóstico, según los médicos. Quedó frustrado al saber que en Sevilla apenas se tenían datos sobre el tipo, más allá de lo poco recopilado en los archivos de los organismos oficiales por Wie nada más instalarse.

—Me acaban de trasladar de sección, amigo, déme cuarenta y ocho horas y le llamo.

Andrades admitió que él podía esperar. Quien luchaba contra la muerte lleno de cables y enchufado a una docena de aparatos no tenía tampoco prisa alguna.

—Ándale pues —dijo. Y colgó.

* * *

David Alfakhar permanecía echado en el sofá cuando Bruno entró en su despacho. No necesitaba exhibirse en horizontal para que cualquiera advirtiese su enorme cansancio. Las ojeras habituales aparecían más pronunciadas y a su rostro, demacrado, le conferían un aire de derrota que podría confundir a quienes no lo conocieran. Porque Alfakhar no era un hombre proclive al desaliento; muy al contrario, encontraba en la adversidad el estímulo para superarse y su capacidad de lucha estaba más allá de la creencia en el éxito. Diríase que en alguna ocasión habría echado un pulso al mismísimo destino para borrar lo ya escrito y plegarlo a sus deseos.

—¿Cansado?

—De todo, Bruno.

—¿Tú derrotista?

—Ya sabes que no, pero a veces es bueno tomarse un respiro para afrontar una nueva carrera. ¿Qué querías?

—No he podido entrar en unas de nuestras cuentas opacas y en informática me dirigen a ti, en el caso de que tú seas el «gran jefe» de la tribu, como ellos lo llaman.

—Se ha cambiado el sistema de seguridad. Ahora soy yo el único con las claves. Algo transitorio, cosas de esa gente.

—¿Sigues desconfiando de Fernando?

—Mira, Bruno, esto no es una novela de la Christie, con un sospechoso en cada capítulo. Quitando al Espíritu Santo, cualquiera pudo ser. Todos somos culpables mientras no se demuestre lo contrario.

—No es muy constitucional eso.

—A la mierda la Constitución. Aquí de lo que hablamos es de muchos millones volatilizados que comprometerán gravemente a la compañía en caso de no poder restituirlos. Lo demás me importa un huevo, sinceramente.

—Pronto lo cogeremos, le daremos con la varita mágica y lo convertiremos primero en pez, luego en tortuga y más tarde en un jabalí.

—Lo que me faltaba, otro émulo de los hermanos Grimm.

VI

No reparó, mientras anotaba en el folio los datos que le iban suministrando, en su impenitente observador. Wie levantó la cabeza y vio a un tipo que le superaba en edad y en altura, en el ancho de los hombros y mucho en el largo del pelo, en buen gusto vistiendo y en la tristeza de su sonrisa. Le pidió tiempo con un gesto y al comprobar, molesto, que no tenía intención de alejarse, tapó el auricular y se dirigió a él.

—Perdone, estoy ocupado, cuando termine lo atenderé.

Dibujó una sonrisa diplomática cuando su interlocutor levantó las manos en forma de disculpa y, haciendo reverencias, fue retrocediendo sin darle la espalda hasta caer sobre una silla. Wie meneó la cabeza y volvió a centrarse en la conversación telefónica.

Al levantar de nuevo la vista, el tipo había desaparecido. Ordenó los folios y se dispuso a revisarlos cuando una voz surgió a su espalda.

—Me gustaría ver la cara del jefe cuando lea un informe tuyo escrito a mano.

Allí estaba, igual de ancho y alto, más tímidos los gestos. Wie López lo saludó tendiéndole la mano.

—Hola, soy Wie.

—Néstor.

—Ya. ¿Y eres...?

—«Tu compañero, Néstor Dueñas» interrumpió Abascal, poniéndole una mano en el hombro. Lleva unos días con nosotros. Infórmele del caso y os ponéis a trabajarlo de inmediato; o mucho me equivoco o no van a tardar los de arriba en empezar a hacernos preguntas. Y quiero darles respuestas convincentes, no evasivas.

—Así que nuevo también —dijo Wie apenas se fue el jefe.

—Sí.

—Yo vengo de Extranjería y ¿tú?

—De más abajo.

—¿Cómo de abajo?

—De las alcantarillas, revisaba las de las calles por donde pasaba la flor y nata del poder.

—¿Penitencia?

—Dos años por blasfemo con un político divino.

Wie supo que haría buenas migas con aquel chico pese a su inveterada timidez. Tenía amigos orientales con mucha labia y muy carotas, pero él, incluso con la ventaja de ser bilingüe, había salido retraído, introvertido, como sus congéneres de primera generación en España a los que la integración en el mundo occidental les resultó muy complicada. Alguna vez se había preguntado cómo no reaccionó en su día ante los exabruptos racistas de su anterior jefe y, ahora, por qué se había visto a sí mismo apocado con el nuevo; siempre terminaba admitiendo que su madre, cuando de pequeño le repetía de manera incansable aquello de «los niños escuchan, no hablan», había tenido mucho que ver con todo ello. Lo del jefe había sido una excepción, como aquel compañero del colegio con su impertinente y cansino «chinito yo, chinito tú», pero le disgustaba mostrarse tan huidizo en su relación con desconocidos o con las chicas. Solo tras el burladero de la placa policial se mostraba desinhibido.

* * *

—¿Y te dijo eso literalmente? ¡No me jodas...!

Berta estaba indignada. No con el autor de la frase que acababa de pronunciar Ana, sino con Germán. Solo un par de horas antes, su amante le había reprochado de forma grosera la copia del informe enviado a Dirección, aprovechando una visita a su despacho.

—Siento haberte puesto en un compromiso, si llego a saberlo...

—Anda, anda, Germán es un gilipollas. Del polvo que le eché no se queja, ¿verdad? ¿Pues sabes qué le he dicho? Que se la centrifugue su santa con la Thermomix, ¡será cabrón!

—Mujer, él cuida lo suyo, tenía órdenes...

—¿Y Silva te dijo eso, tía? ¿Que me invitaras al concierto de Bono porque yo me estaba tirando a Germán?

—Lo sabía, sí.

—Pues ha sido Merche, fijo, una cotilla la tía. Y vieja.

—No sé.

Ana rebañó el plato donde momentos antes una bola de coco con gelatina de piña había despertado el interés de Berta, quien pidió al camarero el mismo postre.

—Están muy nerviosos —aseguró Ana.

Y le contó a su amiga la conversación mantenida antes del almuerzo con Bruno Silva, cuando este la llamó para encargarle unas gestiones y ella recordó un tema pendiente.

—Señor Silva, ha llegado una comunicación de la Universidad de Deusto.

—¿Qué quieren?

—Están elaborando un libro con el quién es quién de su antiguo alumnado y le piden su colaboración.

—¿Un artículo?

—No, un currículum.

—No tengo tiempo para chorradas.

—Podríamos usar el de las Jornadas de Economía en Santander de hace dos años. Se actualiza, elige usted una foto y lo mandamos.

—Venga, vale. Espera, David también estudió en Deusto, pregúntale a su secretaria si le han pedido lo mismo.

—Lo haré. ¿Quiere que ponga algo especial en el suyo?

Ana se sorprendió de que aquella pregunta tan inocente irritara a su jefe. Le contestó con cierta acritud si debía decirle cómo hacer su trabajo, si tan difícil era enumerar las cuatro cosas de mierda hechas en su vida, la mayoría reflejadas incluso en la web de la empresa; si creía conveniente destacar su nombramiento como hijodesupuñeteramadrepródigo —«así de corrido me sonó, créelo»— de su pueblo por haber contribuido a la reparación de la torre de la iglesia o incluir el cargo de tesorero en la directiva de un club de golf que le importaba un carajo. Solo al ver el azoramiento de su secretaria, Bruno paró, «y me pidió disculpas».

—¡Mi Bruno...! —bromeó su amiga poniendo boca de piñón.

—No, no, no, que ya sé por dónde quieres ir —advirtió Ana.

—Te gustaría tirártelo, tía, no lo niegues. Está bueno.

—Ya sabes el dicho.

—¿Cuál?

—Venga, mujer...

—Ni idea.

—Que donde tengas la olla...

—¡Ah!, ¿y si tienes un madroño?

Como tantas veces, el camarero las sorprendió riéndose a carcajadas cuando les llevó la vuelta. El eco de sus risas fue mejor propina que los cuarenta céntimos dejados en el platillo.

* * *

—Señor Silva, celebro verlo, el gerente quiere hablar con usted.

Ventura lo había recibido con una sonrisa de oreja a oreja, difuminada de su castigado rostro a medida que le daba la razón. Situado en una zona noble del arrabal de la ciudad, el chalet parecía la mansión de un rico constructor o banquero y no el garito ilegal más prestigioso de la capital. Al principio le sorprendió cómo algo *vox populi* en el ambiente nocturno de Sevilla gozara de tal impunidad, pero luego, al ir topándose con caras conocidas, comprendió que quienes podían actuar contra aquel lujoso antro —altos cargos de la Policía, miembros de la Judicatura, políticos con mando en plaza, militares con más estrellas que el firmamento— formaban parte de la nómina de clientes habituales. Tan protegidos y tan en la sombra estaban los dueños, que pronto aquel chalet se convirtió en un hipermercado del vicio. En el sótano estaban los salones de juego, donde se apostaba a todo y con posibilidad de hacerlo a crédito. Traspasado el hall, a la izquierda, se encontraba el restaurante, cuyos comensales, a través de un enorme ventanal, contemplaban, sin ser vistos, a las chicas y chicos que atendían a la clientela en el pub. Arriba, en la primera planta, habitaciones lujosamente ornamentadas servían para intercambios de parejas, orgías, comercio de carne e incluso, según le dijeron, picadero para aquellos que gustaban de la dominación y el sadismo. En cualquiera de las estancias se podía uno proveer de coca, nieve o éxtasis, siempre de primera calidad aunque a precios muy superiores a los del mercado callejero.

—¿Sabe el camino, señor Silva, o le acompaño? —preguntó Ventura.

«De sobra», se dijo. El despacho del gerente se encontraba en el semisótano, al final de un largo pasillo y muy cerca de la entrada del casino. Flanqueaba la puerta un tipo de rostro cetrino y musculatura descomunal. Apenas se ponía tenso, lo que hacía siempre en cuanto se le acercaba alguien, las costuras de su chaqueta amenazaban con descoserse. Aquella percha de carne hinchada por los anabolizantes intimidaba al gusto tanto como a los morosos. Resultaba divertido verlo cuando se paseaba por los salones con su jefe, un personaje esmirriado, con una cabeza enorme y orejas como antenas parabólicas, que repartía sonrisas tan siniestras como las de una hiena.

—Señor Silva, me alegro de verle.

—¿Igualmente, Cheng, cómo va el negocio?

—Regular, señor Silva. Qué le voy a contar que no sepa. Ya sabe, la crisis económica afecta particularmente a este tipo de empresas. Cuando no circula el dinero, la clientela habitual restringe sus gastos de ocio.

—Entiendo, falta liquidez.

—Exacto, señor Silva. Por eso le he llamado. Después de la mala suerte que tuvo usted el pasado fin de semana, su deuda se ha engrosado de manera significativa y, ya sabe, la dirección está un poco preocupada.

—Siempre he pagado mis débitos, ¿no, Cheng?

El menudo oriental se levantó de la mesa, tomó un libro de cuentas de un cajón y le invitó a sentarse con él en un sofá ubicado en un rincón a la izquierda de la habitación. Era de cuero burdeos, desagradable al tacto y a la vista. En alguna otra ocasión que estuvo sentado allí, le recordó el cromatismo y el roce de la carne viva. No eran tampoco muy alentadoras las pinturas colgadas en las paredes: una copia deplorable del «Saturno devorando a sus hijos» de Goya y un dibujo a plumilla con la escena de un desgraciado sometido a tortura por la Inquisición.

—¿Un güisqui, señor Silva?

—Gracias, con dos cubitos de hielo.

Le acercó el vaso con un solo y se sentó en el sofá. Cuatro cartulinas de distinto color oficiaban de separadores en el libro de cuentas y observó que, tras un echar un vistazo, Cheng lo abría a la altura de una de color crema con las iniciales «B. S.» escritas en verde. Chasqueó la lengua, ojeó por delante y por detrás y, mirándolo a los ojos, le regaló una sonrisa que hubiese enamorado a una hembra de dóberman.

—Lo cierto, señor Silva, es que usted siempre ha sido cumplidor con sus deudas, no se lo niego, pero comprenda que en esta ocasión tengamos motivos sobrados de preocupación. Según nuestros apuntes, refrendados por los recibos debidamente cumplimentados por usted, la cantidad adeudada... a ver... sí... corresponde exactamente a...

—Mucho.

—Exacto y entiéndanos, la Dirección quiere saber cuándo solventará este pequeño problema.

—Muy pronto, Cheng. Es solo falta de liquidez coyuntural, como la de ustedes. En unos días tendrá su dinero.

—Nos gustaría tener alguna garantía de ello, ya sabe, puro formulismo. La palabra en este tipo de negocios no vale para pagar jornales o mantener el alto standing que nos distingue...

—Estoy pendiente de cobrar una importante cantidad en estos días; en nada quedará resuelto todo, descuide.

—En fin, señor Silva, la Dirección me ha ordenado transmitirle su confianza en usted. Eso sí, estamos convencidos de ser correspondidos en una semana.

Ese es el plazo. No habrá problemas, lo sé. No le entretengo más. Perdóneme haberle hecho perder unos minutos de diversión.

La puerta se abrió y apareció el armario empotrado. Alguien debió decirle que, frotándose las manos como lo hacía, quien lo miraba ya sentía el primer mazazo en la boca del estómago. Bruno Silva calculó cuánto suero en vena haría falta tras un amigable encuentro con aquel tipo.

—Oleg, dígale a Ventura que acompañe al señor Silva al casino y entregue en la caja esta autorización para retirar cuantas fichas precise. Su fidelidad nos honra, don Bruno. Le deseo una buena noche.

* * *

Fernando Argüelles había hecho la noche anterior a su desaparición un par de llamadas a un hotel de Cancún capital. Por la mañana, muy temprano, había solicitado en la recepción del Mexcún los servicios de un taxi, que lo dejó media hora más tarde en la terraza de un bar de la capital, frente al Cancún Center, el centro de convenciones. El taxista recordaba bien al español y su generosa propina, y aseguró a Joaquín Andrades que mientras tomaba un tequila, una mujer, descrita con pormenorizado detalle, se había reunido con su cliente, a quien saludó con un par de besos, sentándose con él en la terraza. Allí los dejó, afirmó, cuando hubo de salir a escape del bar para eludir que unos patrulleros le pusieran el alcoholímetro en los labios.

El relato del taxista lo corroboró el camarero del bar, quien lo persiguió de forma infructuosa para cobrarse. El hombre también recordaba con precisión al español. Él pidió café y un aguardiente, y ella solo tomó un expreso. Se les veía con clase, dijo, aunque le llamó la atención lo bien vestida que iba la mujer y el desenfado en la vestimenta del hombre. No los tomó por pareja. Él hablaba haciendo aspavientos y ella asentía, recordó, y no debía de tener gracia la conversación porque apenas esbozaron más sonrisas que las del encuentro y las de la despedida. La mujer miró el reloj transcurridos unos cuarenta minutos, se introdujo en un coche plateado y se marchó, mientras el hombre aguantó un poco más en la terraza apurando su copa y tras preguntarle dónde había una parada de taxis, pagó y se marchó andando calle arriba.

Nadie lo reconoció en la primera parada ni en la segunda del Bulevar Kukulkan, pero en la tercera, un conductor, a la vista de la foto mostrada por un ayudante de Joaquín Andrades, creyó ver en él al tipo abordado ese día por un par de personas que tras un breve intercambio de palabras lo invitaron a subir a un coche con placa oficial.

—Busca en los informes si ese día lo presentaron ante agente del ministerio público o ante algún juez penal y pide las grabaciones de las cámaras de tráfico ubicadas cerca del Center. Quiero saber quién era la vieja con la que platicó en el bar y con quiénes se fue él —ordenó Andrades a su colega.

* * *

Néstor Dueñas, veterano al llevar diez días ya en Homicidios, puso al corriente a Wie de las «cosas» del departamento en el corto trayecto desde la Jefatura a la Torre Sevilla. Al dejar atrás los terrenos de la llamada Calle del Infierno, el recinto de las atracciones en la Feria de Abril, Dueñas pensó que no había un término más preciso para definir el lugar donde el financiero español fue golpeado hasta el coma en México.

La inmensa estructura de la torre hizo recordar a Wie una anécdota que le habían contado años atrás sobre Juan Belmonte, el Pasma de Triana, durante su primera visita a Nueva York.

—Néstor, ¿sabes lo de Belmonte en Manhattan?

—No. ¡Manda huevos que se lo cuente un chino a un sevillano!

—Soy más sevillano que tú, capullo.

—¿Qué le pasó?

—Pues estaba el hombre como nosotros aquí, a los pies del rascacielos, solo que aquel era el Empire State, entonces el edificio más alto del mundo. Y se puso a mirar para arriba y para arriba, y tanto se venció hacia atrás en su afán de verle la punta que acabó cayéndose de espaldas, para cachondeo de sus acompañantes.

Wie y Néstor rieron justo hasta cuando el ascensor, con acelerón de nave espacial, dejó el luminoso hall de la torre rumbo a la planta 34. Aquello encogía el estómago y esa mañana le sorprendió en ayunas.

—¿Desean tomar algo? —les preguntó David en presencia de su secretaria. Ella los había hecho pasar de inmediato a su despacho nada más identificarse como policías.

—No, se lo agradecemos —respondió Néstor.

—Pues ustedes dirán.

«Fernando Argüelles está en coma en un hospital de Cancún». A aquella frase de Wie la acompañaron varias más; detalles sin demasiada importancia de los transmitidos por su colega mexicano hacía unas horas. Pero David Alfakhar solo escuchaba una y otra vez esa, la confirmación de que su socio y amigo permanecía luchando entre la vida y la muerte en un centro hospitalario azteca.

—¿Han dicho los médicos si puede salir de esta?

«Aún es pronto» le había respondido Wie, quien interrumpió a David cuando este quiso conocer más respecto a la salud de su colega.

—¿Quién es Fernando Argüelles en la compañía?

—Mi socio, uno de los fundadores, controla el treinta por ciento del capital social.

—¿Está especializado en algún sector determinado del mundo financiero?

—Sí, en las inversiones en el extranjero. Pero, oiga, ¿cómo fue?

—No lo sabemos. Están investigando quién o quiénes le golpearon a las afueras de Cancún —contestó Wie—. ¿Ha tenido problemas con la compañía?

—No, en absoluto. Se fue unos días de vacaciones.

—Las carteras de clientes de las que me hablaba son cuentas de grandes inversores, ¿no? ¿Se ha observado alguna irregularidad en ellas?

—Fernando es una persona honrada.

—No lo dudamos —remachó Dueñas con una entonación que dejaba intuir lo contrario.

Unas veces Wie, quien llevaba el peso del interrogatorio, otras Néstor, ahondaron en el perfil personal y profesional de Fernando Argüelles. David los resumió como un tipo «serio, responsable, un excelente profesional y persona. Divorciado en dos ocasiones, tiene tres hijos, todos de su primera esposa».

Wie hizo un inciso para pedirle a David los números de las ex de Fernando, a las que no se había tenido aún la oportunidad de avisar. Su secretaria se los proporcionó al instante.

—¿Sería posible trasladarlo a España en un avión medicalizado? —preguntó David.

—Eso se lo tendrían que contestar los médicos, pero el juez no dará permiso para su traslado hasta no aclarar las circunstancias del suceso —argumentó Wie.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—Me gustaría hablar con la secretaria del señor Argüelles.

* * *

Bruno apuraba un café en el pasillo mientras conversaba con uno de sus jefes de área. En ese momento vio salir a David Alfakhar de su despacho acompañado por un tipo oriental al que el tres cuartos de camuflaje daba un aire a desertor del Ejército, de cualquier ejército. No tenía pinta de inversor,

aunque la experiencia le aconsejaba no ser prepotente en sus juicios, pues de las fachadas la única conclusión a sacar era si gustaban o no. Lo mismo detrás de una reluciente moraban telarañas, mientras al otro lado de una desconchada y descolorida se apilaban los billetes.

A medida que se acercaban, serios y circunspectos, acompañados de un tercero que, con corbata pero vestido de sport, sí tenía pinta de pistolero financiero, Bruno clavó la mirada en David intentando descifrar en su rostro lo que ocurría.

—Le presento a mi otro socio, Bruno Silva. Bruno, el inspector Wie López y su compañero, Néstor Dueñas.

—Encantado.

Bruno alzó las cejas y miró a su socio. David le puso al corriente de lo ocurrido en México y le pidió que los acompañara al despacho de Fernando.

Berta pegó un respingo apenas vio entrar a los dos socios acompañados del inspector. Pese a que se apresuró a cerrar las ventanas del explorador de internet, no pudo evitar que una de ellas, con la imagen de un torso masculino musculoso y bronceado, saltara en la pantalla una y otra vez. Apagó el terminal.

—Bien, les agradezco las facilidades que nos están dando. Ahora les ruego nos dejen a solas con la señora...

—Señorita. Berta Osorio, para servirle.

—¿Podría usted recibirme luego, señor Silva? —consultó Wie.

VII

A Berta no le apetecía dormir en su apartamento y Ana le ofreció el suyo para pasar la noche. La secretaria de Fernando Argüelles había recibido a última hora de la mañana la visita de la Policía, que le comunicó lo sucedido en México a su jefe, y por la tarde, aún en pleno shock por la noticia, había discutido de nuevo con Germán. Este la había acusado de traicionarlo, «él», gritó medio histérica y con no poco melodrama, «que lleva la mentira tatuada en su frente».

Ana no había abierto la boca mientras Berta relataba lo sucedido con Germán. La chulería con la que actuó, sus palabras despectivas, la falta de respeto con quien le había dado el calor y afecto que, según él, le faltaba en su casa.

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó Ana cuando su amiga acabó de describir el espeso silencio reinante en la estancia tras haberse arrojado mutuamente todo el diccionario soez a la cara.

—Pues hice así —respondió Berta, escenificando el gesto universal de la masturbación masculina.

Se abandonaron a la risa hasta que les entró hipo, otra razón para desternillarlas aún más. Incapaces de articular palabra, permanecían tendidas en el sofá, mientras la perra iba de una a otra, en función de qué carcajada sonase con mayor intensidad.

La cena la pasaron haciendo elucubraciones sobre los peligros que se cernían sobre la oficina e hicieron un pacto: cualquier cosa conocida se la pasarían de inmediato a la otra; así, entre las dos podrían ensamblar ese puzle que solo tenía aún unas cuantas piezas reconocibles sobre el tablero.

—Si Fernando no se recupera no sé qué pasará conmigo —dijo Berta.

—¿Pues qué va a pasar, tonta?, cogerán a otro y trabajarás para él.

—Ya, pero esta gente suele traer a gente de su confianza.

—No debes preocuparte por eso ahora. Los médicos pueden conseguir que recupere el conocimiento y estaríamos especulando para nada. ¿Te dijo el inspector si en México eran optimistas?

* * *

El inspector, una vez que David y Bruno se marcharon del antedespacho de Fernando, había pedido a Berta sentarse en uno de los sillones, mientras él tomaba asiento en la esquina del sofá más cercana a ella. Néstor, de pie, revisaba sus notas. Antes de satisfacer su curiosidad la había intentado tranquilizar, con poco éxito: su jefe estaba mal, pero los médicos albergaban esperanzas de que pasados un par de días recuperara la consciencia. Se había interesado por si le había organizado el viaje a México, cuándo había hablado la última vez con él, si recibía amenazas, si tenía una vida social y sentimental intensa. Había contestado a todo. Unas veces con la verdad y otras, como cuando le preguntó por el teléfono con el que solía viajar o si le iban bien las cosas en la firma, con lo que ella creyó más conveniente.

—No me atreví a decirle lo de los teléfonos. No se me da bien mentir si no es en cosas de ligoteos, ya sabes. Lo que faltaba era que encima me sacase el pillaje en la firma. El chino me intentó cazar.

Wie había recapitulado un par de veces y, en una de ellas, se refirió a una supuesta confesión de David en su despacho sobre determinadas dificultades de tesorería de la firma.

—Te hiciste la nueva, claro —aventuró Ana.

—Se me escapó hasta un ¡oh!, como cuando solo meten la puntita y la sacan, ¡oh!, y le dije que la plebe únicamente se entera de las cosas cuando lleva tres nóminas sin cobrar.

Ana sonrió ante la desvergüenza de Berta y aprovechó que su amiga se arrellanaba en el sofá para retirar los platos de la cena.

—¿Sabes?, al final me dio el teléfono —comentó en voz alta Berta.

—Para llamarlo si recuerdas algo, como en las películas —añadió Ana desde la cocina.

—Me pidió telefonearlo allí mismo para que su número se quedara grabado en la lista de contactos de mi móvil.

—¿Cómo se llama me dijiste?

—Néstor.

—¿El chino se llama Néstor? —preguntó Ana, sorprendida, asomando la cabeza por la puerta.

—¡Ah! No, no..., el policía que lo acompañaba. Tiene un tipazo el tío, está separado y se conjunta la ropa poco bien. Le dije que la coleta le quedaría estupenda; cuando aparca la placa se la pone, me confesó.

Mientras Berta se duchaba, Ana se brindó a buscarle algo para pasar la noche. Hizo memoria y recordó que en un altillo debía estar el chándal rosa

ganado en una tómbola benéfica meses atrás. A Berta, tres tallas más grande, le quedaría bien. La secretaria de Argüelles apareció en la habitación al tiempo que ella localizaba la prenda y la colocaba sobre la cama. Era realmente exuberante su amiga. Sus pechos aún le echaban un pulso a la gravedad y aunque grande y alta, había equilibrio en sus formas. Tenía la cadera rotunda y el vello de pubis recortado en forma de triángulo, con su vértice inferior apuntando a su sexo. «Quien me lo hace pudo ser jardinero en La Granja, ¿te gusta?», preguntó al ver cómo la mirada de su amiga se posaba allí. «Siempre has sido muy novelera», contestó Ana apartando la vista.

Aunque el apartamento contaba con un sofá cama en el salón, única condescendencia que se había permitido para con sus familiares cuando estos subían a la capital a resolver cualquier trámite, Berta se echó sobre la cama de matrimonio. A Ana no le importaba compartirla; es más, en las noches de tormenta siempre había echado de menos compañía, calor humano que disipara su miedo. Y fuera tronaba.

—¿Cuándo sonaron los muelles por última vez, Ana?

—Qué curiosa eres, mujer.

—¿Zorrita, cómo era el superman?

Ana le lanzó un almohadón a su amiga y ambas se enfrascaron en una lucha adolescente con armas de plumas. Berta esquivó un golpe cenital y, aprovechando el desequilibrio de Ana, atacó, cayendo sobre ella. Rieron cara con cara hasta que sus rostros fueron recuperando la serenidad. Aquella cercanía pareció retener los segundos y se trocó en beso en los labios de Ana quien, sorprendida por el gesto de Berta, inició un gesto de rechazo, para después, curiosa, dejarse llevar por aquel momento que la adentraba, sin aviso previo y por primera vez en su vida, en el terreno de lo prohibido.

—Basta.

—¿Nunca lo hiciste con una mujer?

—No, por Dios. ¿Y tú?

—Sí, hace años.

—¿Y...?

—Estuvo bien la chica, mejor que muchos tíos.

—No sé.

—Mejor nos dormimos.

—Mejor, sí... Buenas noches, Berta.

* * *

La noche sorprendió a Bruno Silva en la oficina. Con un güisqui en la mano y las luces de Sevilla desparramadas bajo los amplios ventanales de su despacho, trataba de recapitular sobre los acontecimientos acaecidos a lo largo de la jornada, desde que David le presentara a aquel tipo con pinta de haber salido de una selva vietnamita hasta la conversación mantenida con Ventura.

Wie López, reconoció, fue cordial. Había aprovechado que el policía les había pedido hablar a solas con Berta para ponerse al tanto de su conversación con David y acordar lo que diría si, tal como le había solicitado en el antedespacho de Fernando Argüelles, se reunía con él. No tardó demasiado Ana en anunciarle su presencia. Había hecho hincapié el inspector en las relaciones de Fernando con sus socios; sondeó de nuevo la situación financiera de la empresa, a grandes rasgos bien resumida por él; indagó sobre si se le conocían amistades peligrosas y preguntó por los líos de faldas que se le presuponían a todo buen divorciado con economía saneada, más aún al doblemente separado. Al final, dejó claro, a aquel contacto, «introdutorio» lo llamó, le seguirían otros en función de las investigaciones que tanto en México como en Sevilla se estaban llevando a cabo.

Él y David se habían asegurado de que Berta no había aludido a ningún «material sensible» y aprovechó no tener ese día compromisos para citarse con Ventura, a quien tras su cita con el gerente del casino, con la excusa de necesitar un repuesto para su Porsche, había pedido el teléfono. El tipo había comido y bebido como si temiera que al día siguiente se acabaran los alimentos sobre la faz de la Tierra y, a medida de que el vino iba haciendo trizas las riendas de su discreción, Bruno obtuvo una certeza: despreciaba a Cheng como solo se puede aborrecer a un jefe cabrón.

—Un hijo de puta el ojos de buzón —proclamó Bruno y asintió Ventura.

Ser simple no lo emparentaba con la idiocia y bien claro lo dejó cuando en una pausa entre trago y trago de la copa de la sobremesa, decidió que ya era hora de batir la yema del huevo.

—Señor Silva, usted no me ha llamado para hablar de los putos amortiguadores de su cochazo.

Bruno le contó sus problemas con el casino, su momentánea falta de liquidez, el ultimátum dado por Cheng, la problemática en la compañía con lo sucedido a Fernando y, en fin, lo apurado que iba a estar para cumplir con su compromiso en el plazo previsto.

—Allí no suelen aplazar los pagos, si lo sabré yo, que me encargo de algunos cobros.

—Ya, pero lo mismo me das alguna idea.

Resultó buena, admitió Bruno, mientras apuraba la copa en su despacho y centraba la vista en un punto del barrio del Nervión que le traía buenos recuerdos. Deseaba compañía, sí, pero se percató de no saber lo que quería, si una buena conversadora capaz de mantener durante horas un debate encendido o alguna superficial y huera que le permitiera pensar en sus cosas mientras charloteaba. Eso sí, debería irse a la cama con él después. Abrió la agenda del móvil, fue haciendo desfilas los nombres por la pantalla y se detuvo sobre el de Margot. La había conocido en una convención en Londres hacía unos meses y rescatado del pub del hotel de un par de agresivos ejecutivos daneses a los que solo el alcohol daba esperanzas de terminar la noche con ella bajo las sábanas. Acabó él. «Quiero a mi marido, ¿sabes?, pero no me gusta estar sola», le había dicho tras amainar la tormenta.

—Hola, Margot, soy Bruno.

—¿Quieres acostarte conmigo?

—Sí, pero después de cenar.

—¿Habrá un Valbuena sobre la mesa?

—Del 88.

—Te va a salir caro el polvo.

—¿Qué me dices?

—Dentro de una hora en Tribeca.

* * *

Encendió el mechero e iluminó su cara. La tenue luz se proyectaba sobre su rostro y lo convertía en una máscara espectral. Fue bajando muy lentamente el mechero y su vista se fue posando sobre el cuello esbelto, los pechos abundantes, el vientre liso y la curva pronunciada al final de la cual habitaba su sexo. Apenas la llama, tras un leve estertor, se apagó, sintió cómo ella se giraba y pegaba su espalda a él. Recorrió el cuello con sus labios, mientras sus manos ascendían por el torso y a cada roce sobrevenía un gesto instintivo de ella que, arqueándose, buscaba cobijo en él. Quiso darle la vuelta, pero se resistió. Volaron las prendas como murciélagos por la habitación y, cuando los cuerpos volvieron a encontrarse, él sintió el culo prieto y redondo acomodando su sexo, y se abandonó al ritmo que aquella cadera firme le marcaba.

—Me gustan las mujeres con iniciativa —reconoció él mientras fumaban un cigarrillo en la cama.

—Siempre has sido muy vanidoso, te excita el ansia de tu pareja por poseerte.

—Me gustan las excepciones a la regla, más bien.

—Ya, no me digas que te has hecho feminista.

—No me importa obedecer en ciertas facetas de mi vida.

—Anda, limpia el cenicero.

—Esa faceta no me gusta.

—A mí tampoco.

—Tendremos que dejar de fumar.

—Yo no lo necesito, mi marido vacía los ceniceros en casa.

—Pero no te llena a ti.

—No seas cretino, tú solo eres un polvo para mí y lo sabes.

—Tampoco me importa convertirme en un hombre objeto.

—Eres un objeto hermoso, lo reconozco.

* * *

Germán miró los cubiertos y eligió al azar el tenedor con que apartarse una loncha de salmón ahumado. David lo observaba divertido. Le recordaba a él mismo en sus años mozos cuando hubo de recibir clases particulares de un metre para saber cómo comportarse en la mesa. Le caía bien Germán. No podía jurar que fuese el jefe de informática más competente del mercado laboral, pero su puesto lo había alcanzado a pulso, compitiendo con gente de carrera y supuestamente más preparados. Había ascendido en la empresa peldaño a peldaño, tras entrar en ella de auxiliar de electricidad, aprendiendo de ordenadores en su casa en madrugadas agotadoras y devorando libros hasta en el almuerzo o en la cena. Los americanos no dudaron con los cubiertos. James, hablador y dicharachero, lo picaba con el cuchillo, mientras Matthew, tan taciturno siempre y parco de palabras, prefería cogerlo todo con las manos, huyendo del galimatías que le suponía la cubertería. Germán le comentó algo en español a David y este, señalando a los americanos, le respondió que por cortesía con los invitados hablarían en inglés.

—Le oigo, Germán.

—Antes de nada, he de explicarle cómo funcionamos en la Casa. Como todos los sistemas informáticos serios implantados en el mundo, utilizamos como sistema operativo Unix o la versión de software libre Linux, a la postre, lo mismo.

—No me emiece a duplicar las cosas, Germán, que me lío.

—Perdone, jefe, la costumbre. Bien, pues los Unix-Linux, bueno, Unix, para simplificar, utiliza un sistema de encriptado de la clave de usuario con «clave pública», eso significa que la clave se encripta y el resultado es público. Por ejemplo, si su clave para acceder a un sistema Unix es «Granjefe», una vez encriptada se convierte en algo así como «D25%&7ADdsde5» y ese nuevo valor se guarda en una carpeta pública visible.

—¡Pues menudo negocio, una clave que todo el mundo puede ver!

—No, no, jefe, verá «V30%\$8...».

—¡Pero si me acaba de decir que era «D25%&7A...»!

—Joder, señor, le he puesto un ejemplo y no recordaba las letras, los números y los signos que había dicho, ¿cómo lo ha memorizado por completo?

—No se distraiga.

—Vale. Quería decir que aunque se sepa el valor encriptado, no se puede descubrir su equivalencia a la clave «Granjefe».

—Tranquilizador.

—El administrador de un sistema Unix es el dueño y señor de todo, existe incluso una orden para borrar totalmente el sistema que deja el disco duro vacío. Los sistemas Unix son muy seguros y funcionan por niveles de permisos, solo el administrador tiene acceso a todo. Normalmente nadie usa el usuario administrador. Al instalar el sistema se accede con ese usuario y se crean otros usuarios, cuasiadministradores, pero con algunos permisos menos, para ser más seguro.

—Hasta ahí, todo bien. ¿Qué ha hecho nuestro hombre?

—Hace un par de años, unos meses antes de entrar yo, la empresa hizo una auditoría de seguridad y los auditores descubrieron que muchos informáticos usaban claves poco seguras. Se decidió hacer una revisión completa de todas las claves y se decidió guardar todas las nuevas en un equipo encriptado con acceso solo a través de datos biométricos y no conectado a internet. Así, solo las personas con permisos para acceder a este equipo, usando su huella dactilar, podían ver las claves que se usaban en los ordenadores de la empresa.

—Si el tipo usó su huella para entrar lo tenemos cogido por los huevos, ¿no?

—¡Ojalá! Ha entrado, pero sin tocar el piano.

—¿Y cómo ha hecho eso?

Matthew miraba y remiraba desde varios ángulos el plato de croquetas sin que David acertara a desvelar qué le decidiría a escoger una en concreto; James, por el contrario, dejaba el cuchillo sobre el mantel, sorbió de su copa y tras secarse los labios con la servilleta, terció.

—Pues como si fuera un ladrón de bancos que entrara en ellos tranquilamente, se dirigiera a la caja fuerte, sacara el dinero y se fuera andando sin ser molestado. También dejó una bomba lógica. Está bueno este vino, señor.

—¿Eso hizo, Germán?

—Me temo que sí. Los auditores, a la hora de cambiar la clave de usuario administrador, le pidieron a usted poner una contraseña a su gusto, diez letras, números, signos ortográficos en mayúsculas y minúsculas; de esa forma, si todos los informáticos de la empresa se estrellaban en un avión, Dios no lo quiera, usted usaría la clave y el acceso al sistema estaría garantizado.

—Yo no recuerdo ni pedírmelo ni hacerlo.

—Eso está confirmado, no hizo nada. Dejó la clave que venía de origen. La razón de ello la sabrá usted.

David se echó sobre el espaldar y recordó que en las estanterías de los socios figuraba un informe de la empresa montadora del sistema, y en su caja fuerte, un sobre lacrado con la advertencia de ser abierto cuanto antes. Contenía información altamente confidencial, no compartible con nadie. Nunca lo abrió. También le vino a la memoria la imagen del responsable de la auditoría, un jovencuelo imberbe con gafas quevedianas, y con él llegó el recuerdo de un dolor intenso, punzante como la mordedura de un picahielo, el mismo que lo llevó al hospital con un cólico nefrítico. No supo decir si la supuesta petición del cambio de claves y el goteo en sus venas compartieron fechas. Se cuidó de no confesar nada.

—Y lo otro, lo de la bomba lógica esa, acláreme a qué coño se refieren —suplicó Alfakhar a su jefe de informática.

—La bomba lógica es una putada. De activarse lo borra absolutamente todo, pero todo, jefe. Estos están trabajando para desactivarla.

Para sorpresa de los comensales, Matthew habló por primera vez en toda la comida. Lo hizo con la boca llena. Junto a las palabras llegaron a David restos de carne, un poco de bechamel y migajas de pan.

—Yo le hubiera dado ya al botoncito y a la mierda con todos los datos, pero quien o quienes sean tienen miedo de ser descubiertos si actúan ahora.

David no había probado bocado. Escuchaba a uno y otro con el mismo ensimismamiento que un discípulo sigue las doctrinas de un gurú y solo de

vez en vez sorbía de la copa de vino. Germán, James y Matthew hablaban, bebían y comían. Sus pausas solo obedecían a la necesidad fisiológica de deglutir.

—Por cierto, cuál es el abracadabra que abre todas las puertas —preguntó David.

Germán se limpió los labios con la servilleta y tras sacar una tarjeta de visita de la cartera, escribió en ella y se la pasó, deslizándola por el mantel, a su jefe. Este la leyó e hizo ademán de guardársela en el bolsillo. James le hizo desistir de ello.

—El programador sería uno de esos tipos de Calcuta que trabajan en la City y le dio por ahí —sentenció Germán.

—Una cosa, Germán, si yo no la he facilitado, cómo coño la habéis sabido.

—Estos tipos que se están poniendo morados son hackers, usaron la fuerza bruta, seguros como estaban de que solo el culpable la conocía —le contestó en español.

—Yo no he robado.

—Ya, a estos les da igual quién sea.

James había tomado la botella de Pago de Carraovejas Especial para servirse de nuevo, cuando David lo paró, arrebatándosela.

—Cogedlo, ¿me oís?, trincad a ese hijo de puta.

* * *

Las cámaras de tráfico en las cercanías del Cancún Center habían recogido la imagen de una señora subiéndose a un Honda CR-V verde metalizado a las puertas del bar, cómo este había desaparecido por la avenida de la izquierda para al instante reaparecer y dirigirse al centro de convenciones, distante unos quinientos metros de allí. El servicio de seguridad donde se había celebrado la convención de las Bolsas Latinoamericanas había identificado a la mujer como Lidia Salmerón Infantes, miembro de la delegación española, presidida por el ministro de Economía. Menos suerte habían tenido con el coche en el que se montó Fernando Argüelles, quien según los registros policiales no había sido conducido a instancia oficial alguna. Uno de sus ayudantes arrojó luz sobre el incidente cuando le comunicó que, a cargo de depósitos bancarios del financiero en España, se había sacado dinero, primero de la cuenta corriente y luego a crédito en tres cajeros automáticos, todos ellos de camino hacia las afueras de la ciudad.

—Lo secuestraron para bajarle la lana y se les pasó la mano —afirmó uno de sus colegas.

Joaquín Andrades se contuvo de decir que en México todo se había ido de las manos, incluso a quienes las conservaban limpias, y admitió que el supuesto de su compañero, por repetido ya, era el más probable. Pese al celo de las autoridades e incluso el empeño de los capos de la droga, muy interesados en no hacer huir al turismo, habían aumentado los secuestros exprés, no así los homicidios, circunscritos al mundo del narcotráfico.

Reunió todo el material, lo metió en una carpeta y cuando ya se dirigía hacia el despacho de su jefe, le avisaron de una llamada telefónica.

—¿Bueno?

—Le hablo del Hospital General, ¿el comandante Andrades?

—El mismo.

—Nos dejó su teléfono para que le reportáramos cualquier incidente con el paciente gachupa.

—Sí, dígame.

—Falleció ahorita.

VIII

Wie revisó el resumen camino del despacho de Abascal. Néstor, quien había sondeado a todo el departamento acerca de las manías y fobias del comisario, le había aconsejado concisión cuando hablara con él, yendo siempre al grano. El jefe era propenso a desesperarse cuando los hombres a sus órdenes divagaban.

—Y cuando llames a la puerta, solo un golpe, le fastidia el porompompero. Fueron tres.

—Te dije uno solo —le reprocharía Néstor después, pero él le contestó que, como le había enseñado su madre, era mejor comprobar la reacción de los demás provocándola y no de improviso, cuando no se espera. Y él quería tantear por sí mismo la capacidad de aguante de su jefe para saber a qué atenerse en el futuro.

—Pase —se oyó al otro lado de la puerta.

Abascal le regaló la mejor sonrisa y lo invitó a sentarse frente a él. Cerró un par de expedientes y se recostó en el espaldar de su sillón.

—¿Todo bien con Néstor?

—Sí, es un buen tipo.

—Me alegro. ¿Qué tenemos, Wie?

—Poco. Aparentemente, su vida personal y profesional no tiene sombras, aunque seguimos investigando. Todos coinciden en que es muy celoso de su intimidad y por eso resulta ilocalizable cuando está de vacaciones. Yo no me lo creo. Nos ocultan todos algo, tengo esa corazonada.

—Esos tíos no viven sin su móvil.

—Ni sin su secretaria.

—¿Qué declaró ella?

—Vaguedades, pero Néstor insistirá.

—¿Socializará?

—Lo que haga falta, jefe.

—¿Los mexicanos tienen corazonadas también? —preguntó con sorna el comisario, quien sonrió al comprobar que Wie lo encajaba mal.

—Tratan de reconstruir las últimas horas de Argüelles —respondió tratando de evitar el enojo.

—Tenme informado. ¡Ah!, al llamar a mi puerta basta con un golpe.

Wie la cerró con más fuerza de lo razonable convencido de que, al llegar a su mesa, Néstor le alertaría de la conveniencia de no dar un portazo al salir del despacho del jefe.

* * *

Al bar americano del hotel Alfonso XIII se accede bien a través de una de las galerías circundantes del emblemático patio andaluz diseñado por José Espiau y Muñoz, bien por una pequeña puerta existente en una de las terrazas que dan a la avenida de Roma, aledaña a los Jardines del Cristina. Él había entrado por la solana, convertida apenas florecía el azahar en un bar de copas para bolsillos solventes. Ella lo hizo por el interior.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Por primera vez desde que se conocían no lo saludó con un par de besos en la mejilla. Tras un vistazo de su guardaespaldas, luego relegado a la esquina más alejada de la barra, se sentó directamente en la mesa en la que David la esperaba.

—No lo sabía entonces, Lidia.

Ella encendió un cigarrillo. El camarero hizo intención de afeárselo, pero el gesto del tipo de la barra se lo desaconsejó: junto al vermut sería razonable llevarle un cenicero.

—¿Cómo está?

—Ayer llamamos, sigue igual, mal —contestó Alfakhar.

Lidia aspiró fuerte del cigarrillo, contuvo el humo en los pulmones y lo exhaló por la nariz. A David le pareció el bufido de un búfalo, tal como lo dibujan en los cómics.

—Esto lo complica todo.

—No tiene porqué, Lidia.

—¿Quién lo asaltó?

—No lo sabemos, la Policía mexicana está investigándolo.

—¡Vamos, David! Desaparecen cinco millones de euros de la compañía, Fernando aparece en una cuneta y tú no sabes nada.

—¿Me estás acusando?

David le mantuvo la mirada a Lidia, que solo la desvió para apagar el cigarrillo en el cenicero.

—¿Y Bruno?

No recibió respuesta. Alfakhar aprovechó el mutis por el foro del camarero para depositar un pequeño bolso de Loewe en la silla libre de su izquierda.

—He traído lo convenido, con un pequeño obsequio.

—Las circunstancias han cambiado, David.

—Cumpló lo acordado.

—Ya, pero antes era mirar para otro lado y ahora tendría que mentir.

—¿Cuánto quieres más?

—La cuestión es que no estoy segura de querer.

* * *

Bruno apagó el móvil y paseó la vista por el salón del club. Los socios más veteranos, como cada mañana, charlaban en un corrillo cercano a los ventanales, mientras grupos de jugadores de golf se contaban sus hazañas tomándose unas cervezas. Él mismo, tiempo atrás, había estado allí, exaltando sus virtudes con los hierros y el putter. El golf le importaba muy poco, pero le había sido útil practicarlo porque le permitió conocer gente que después lo catapultó en el mundo financiero. Ahora, no. Ahora tenía línea directa con la élite y no necesitaba de los palos, la bola y el hoyo para conseguir incrementar su cartera de clientes.

—¿Trabajamos también los sábados, David?

Alfakhar lo había citado en el club para almorzar. Lo llamó esa misma mañana, muy temprano, cuando apenas hacía un par de horas que había conciliado el sueño tras la agitada madrugada con Margot. Daba igual que la cita fuera a la diez de la noche: su socio siempre contactaba a las siete de la mañana, como si quisiera aliarse con la sorpresa para vencer cualquier resistencia de la otra parte. Bruno, desperezándose, había contestado con un lacónico «vale» a la propuesta de Alfakhar.

—¿Te he estropeado algún plan?

—Solo dormir, no te preocupes. ¿Qué tal la reunión con la superwoman?

David, sin detenerse en detalles, le explicó lo sucedido. Lidia no se había definido. No tomó el dinero ni pidió más, solo afirmó que no era el momento de comprometerse. En los próximos días, en función de cómo se desarrollasen los acontecimientos, hablarían de nuevo.

—¿Nos mandará a los sabuesos?

—No creo, pero acaso convenga poner las cartas sobre la mesa e informar tanto a la Comisión de manera oficial como a la Policía. Si la cosa se complica será difícil explicar nuestro silencio.

—No me parece buena idea. Nadie, ni siquiera nosotros, a no ser que tú hayas ordenado algo, porque yo no lo he hecho, puede vincular una cosa con la otra.

—No seas hijo de puta.

—Venga, David, lo inteligente es inyectar liquidez en el sistema con cualquier producto piramidal. Eso nos dará margen de maniobra para conseguir recursos que tapen el agujero. Lo tenemos todo preparado. Autorízalo y empezará a entrar dinero como crudo por un oleoducto.

—Si la cosa nos sale mal, habrá mucha gente perjudicada.

—¿Y cuándo nos ha importado una mierda la gente? Llevamos años estafando con depósitos que nos rinden millones mientras les obsequiamos con migajas como si fueran palomas. ¿A cuántos gestores de fondos de inversión tenemos sobornados? ¿A cuántos viejos, minusválidos, tontitos, hemos engañado? ¿Te preocupan cinco, diez mil más?

—No sé.

—Mañana hablo con Ginés, Ferrer, Mediano y Ávila, y en una semana montamos todo el operativo comercial, no te arrepentirás. Anda, invítame a almorzar. Tienen ostras y me conformaré con un Dom Pérignon.

* * *

La puesta del sol no cogió a Wie en Jefatura. Evitaba ir los días de permiso para que los compañeros no lo miraran mal. Recién salido de la Academia, acostumbrado a la falta de horarios para el trabajo, como su madre o sus tíos maternos, y alentado por estos a no estar ocioso, acostumbraba a pasarse también por su mesa de Extranjería los sábados y los domingos. Lo que para él, por su educación, era algo no solo normal sino elogiabile, se interpretó en el trabajo como una estrategia para trepar en él llamando la atención de los superiores. No tardaron en advertirle de lo contraproducente de su productividad. Lo razonable sería que, como otros compañeros, trabajase sin reloj de lunes a viernes para, a falta de alguna misión inaplazable, desaparecer los fines de semana. Esa tarde de sábado le cogió corriendo por el parque de María Luisa con su sobrino, mientras los mayores se dedicaban al taichí o al jian zi, práctica esta última en la que el abuelo era un consumado maestro pese a su edad. Fue en la tercera pasada por la explanada cercana a la glorieta de Bécquer cuando sonó el teléfono, interrumpiendo la canción de U2 que le acompañaba por los auriculares. Giró el antebrazo para comprobar el origen y paró, mandando a su acompañante a seguir, cuando observó su procedencia: México.

—¿Señor Andrades?

El inspector mexicano dudó en seguir tras su «sí» al oír la respiración agitada de su interlocutor. No quería interrumpir a su colega en lo que tuviera entre manos.

—Dígame, amigo, corría por el parque.

—Se nos murió el español. Fernando Argüelles pasó a la morgue del hospital.

Wie se recostó en un árbol y respiró profundamente. No necesitó preguntar nada porque Andrades, adelantándose a cualquier pregunta, le previno de que en breve le enviaría por correo electrónico un puñado de respuestas, alguna de ellas necesitadas de ampliación en España.

Esprintó para cazar a su compañero de carrera. Al llegar de nuevo a la explanada donde el abuelo era jaleado por un público prendado de sus facultades físicas y técnicas en la práctica del jian zi, hizo un gesto a los suyos de que se marchaba.

—¿Néstor? Dentro de una hora en Jefatura. Argüelles ha muerto.

—¡No jodas! —acertó a oír Wie antes de cortar la llamada.

* * *

La camarera limpió con una bayeta la mesa de formica y apuntó en una libreta el pedido. Habían coincidido. Tomarían ensaladas y una copa de vino.

—¿Y bien? —preguntó Ana.

—No sé qué hacer.

—Pues si no te apetece, no aceptes la invitación. Es bien fácil.

—Sí me apetece, tía. Está bien el chico y es simpático. Pero si se enteran en la ofi van a pensar que estoy pasándole información.

—No tienen por qué enterarse.

Ana compartía la reflexión de su amiga. Tarde o temprano todo se sabía. Pero no quería que los conflictos de la empresa terminaran gobernando sus vidas íntimas.

—¿Entonces? —preguntó Berta.

—Por cenar con él no va a pasar nada. Además, con tu habilidad para sacar información, terminaremos sabiendo más que los jefes —razonó Berta.

—Eso fijo. ¡Con lo que me gusta a mí un suspense...!

—Y llegado el caso, pues le cuentas todo.

—Primero se lo ha de ganar en la cama.

—Cómo eres...

—Es que lo mismo, si le cuento todo entre platos, se me vuelve impotente.

—No seas frívola, este asunto es muy serio...

—Sí, por eso es mejor tomárselo con muy buen humor. ¿Qué tal si nos vamos de pendoneo por ahí? Conozco un lugar frecuentado por chicos pijos. Se morirán por tus huesos.

—No sé, tengo cosas que hacer en casa.

—¿La noche del sábado? Venga, tía estrecha, te vendrá bien mover el esqueleto.

* * *

The Irish estaba ubicado apenas a un par de calles al norte de la Alameda. Fuera del circuito de bares y tabernuchas que ahora acogía a la progresía como antes albergó a chulos, putas y casas de cita, no podía evitar entre su clientela, pese al empeño de su dueño en evitarlo dando alcohol de garrafa por brebaje de marca a quienes por su pinta quería desterrar, la presencia de restos del aluvión de aquella antigua ciénaga de la capital donde la carne estuvo tiempo ha en almoneda. Bruno Silva se sentía incómodo en aquellas calles. Había vivido y vivía rodeado de mierda. La de antes, susceptible de ser arrojada al contenedor de la basura; la de ahora, ocultada por alfombras persas de valor incalculable. Pero, en cualquier caso, prefería oler a Hugo Boss o a Yves Saint Laurent que soportar el hedor a orín emanado de los muros de las casas y del empedrado de las calzadas. Hacía años que no se pasaba por el irlandés. Había sido su cueva hacía mucho tiempo. Allí había tenido sus primeros escarceos amorosos; allí aprendió geografía a base de tequilas, rones, güisquis, ginebras o vodkas; allí planeó los primeros asaltos a inversionistas ingenuos, incapaces de sustraerse luego a su capacidad de seducción. Vio a Ventura nada más entrar en el local. Permanecía en la esquina de la barra más alejada de la entrada, en una semipenumbra que el humo de los cigarrillos convertía en atmósfera de antro añejo. No había mucha clientela. Los dos tipos de la barra y una pareja sentada al fondo del salón, de la que solo resaltaba la braga blanca de una mujer de edad indefinida cuando las sombras hospedadas en sus muslos se tomaban un respiro.

Bruno se sentó justo en el lugar en que dos lámparas fundidas arrojaban oscuridad sobre la barra. Deseó ser servido por la chica, fina de cadera y con un escote que prometía curarle el vértigo, pero fue un tipo alto y fornido quien se le acercó.

—¿Qué toma, amigo?

—Pippermint.

—Tiene suerte, se habrá convertido en gran reserva. Hace años que no lo piden aquí.

El vaso se le antojó un poco más ancho que un dedal y el líquido, verde como una esmeralda recién licuada, fue arrellanándose en su interior hasta alcanzar el borde.

—¿Ve aquel tipo, el feo de cojones?

—Sí.

—Llévele el vaso y dígale que aquí tiene una bebida a la medida de sus huevos.

—¡Oiga, amigo! Si quieren pajearse a golpes, mejor fuera del local.

—Hágalo.

El camarero se acercó a los dos tipos que reían al otro lado de la barra. Puso el vaso a la altura de Ventura y le invitó a acercarse para darle la razón. El grandullón enarcó las cejas, le preguntó algo y fijó la vista al fondo, tratando de desentrañar, mientras apagaba con parsimonia el cigarrillo, quién estaba detrás de aquella sombra. Bruno vio cómo el acompañante de Ventura se tensaba y hacía el amago de dirigirse a él, siendo agarrado por su compañero.

—Ponle lo más fuerte que tengas a ese tipejo, pero no un chupito, una copa de coñac hasta el borde.

—No quiero broncas en el negocio, oiga.

—Sírvale, coño.

Rebuscó en la estantería y alcanzó una botella apenas iniciada con una etiqueta blanca y verde en la que rezaba Spyritus Rektyfikowany. Se la mostró a Ventura y este sonrió al ver la graduación. Masculló un «están locos» mientras volteaba la botella sobre la copa; tras retirarse un par de pasos, se quedó mirando la reacción de aquel fantasma. Todos lo observaban. La pareja había dejado a sus sombras sobándose y asomaban sus caras por un hueco de luz. Bruno miró la copa, brindó hacia la parroquia como torero con los trofeos y bebió de un trago el líquido. Unos segundos después, su cuerpo se despeñaba del taburete. No tardó mucho en reaparecer con el dedo corazón derecho enhiesto emergiendo por el mostrador.

—¡Ese es mi amigo, Bruno! —gritó Ventura—. Acaba de tomarse de un trago un vodka polaco de 96 grados, sí señor.

La chica colocó una botella de güisqui de malta en la mesa, tres vasos de boca ancha y hielo a discreción. Al inclinarse, Ventura, su acompañante y Bruno fijaron la vista en aquellos pechos tersos y duros que pedían libertad.

De camino hacia la mesa, Ventura le había presentado a su amigo.

—Este es Sebas, el colega del que te hablé.

—¿Sebas qué? —preguntó Bruno tras saludarlo con un simple movimiento de cabeza.

—Sebas —respondió el tipo sin más.

—Le he hablado de su problema, señor Silva, y por él no hay inconveniente en ayudarlo.

—Le has comentado que no quiero sangre, supongo.

—No la habrá si el pájaro se porta bien —aseguró el sicario.

—Solo quiero acojonarlo un poco.

—Entiendo.

—¿Cuánto me va a costar?

—Cuatro mil euros. La comisión de este, aparte —matizó Sebas.

—Me parece bien. Lo necesito ya.

—Un par de días para echarle un vistazo y otro para ponerle los huevos de corbata.

Ventura aprovechó que el joven marchó al servicio para advertir a Bruno de la conveniencia de ser serio con él.

—Señor Silva, Sebas se ocupa de cosas más fuertes, más delicadas, digamos. En realidad nos hace un favor. Pero engañarlo o traicionarlo es muy mal negocio, se lo advierto.

—Me lo figuro.

—Cobra por adelantado.

—Llevo encima el dinero.

—Cheng se va a cagar patas abajo, me gustaría verle la cara —remató Ventura, gozoso, mientras apuraba su copa.

IX

«Eres un bello cisne y a mí me gustaría ser tu lago». Ana leyó el mensaje en la pantalla de su móvil y soltó una carcajada. Sabía que Berta le sacaría partido durante muchos días a aquella cursilada. La había pronunciado en un rincón de la discoteca, muy de madrugada, un chico de pelo castaño, cara aniñada y clase entreverada, mientras le ponía las manos en los muslos con la delicadeza de un buitre. «Al ataque», le había espetado Berta en el aseo cuando le refirió entre risas la vena poética de su cortejador, y al ver su cara de espanto y ese «¿yooooooooo?», que más que una pregunta era una rúbrica de orgullo, su amiga añadió, susurrándole al oído: «si tú, Anita; ahora vas, le pones la mano en la entrepierna y le dices: menos lírica y más prosa larga y gruesa». Salieron del aseo del brazo, riéndose de forma descontrolada, y lejos de contener su jolgorio este se hizo más intenso cuando, al amparo de la oscuridad, vieron a sus ocasionales acompañantes chocándose las manos, tan seguros estaban de tener cerrado un negocio de sábanas.

No podía quejarse. Había pasado una velada divertida. Berta se manejaba en la noche con la soltura que solo da el descaro y en cuantos sitios estuvieron no faltaron ni pretendientes, ni risas ni copas gratis ni conversaciones cargadas con frases de doble sentido que, aunque ella trataba de disimularlo, le escandalizaban y encendían sus mejillas. No la dejó sola en momento alguno, tal como le había prometido cuando aceptó acompañarla, e incluso, dueña siempre de las situaciones, por más que en su cuerpo ya navegaran varios gintonics, le quitó de encima varios ratones de discoteca con cara de tener el queso a punto de fundirse en sus bocas. Sin embargo, aquella noche que ella interpretaba de farra, calificada horas después por Berta como digna «de despedida de... novicia en una clausura», le dejó un sabor agridulce, una sensación de alma perdida en la contradicción. Era como si durante horas hubiese estado esperando y temiendo que pasase algo al mismo tiempo. Y por eso desviaba los ojos cuando la miraba algún chico y después buscaba esa mirada de soslayo y se sentía decepcionada al no encontrarla, o le quitaba la mano de sus muslos al donjuán castaño y luego le acercaba la rodilla en un gesto infantil y caduco, o respondía con una sonrisa a un gesto amistoso y

más tarde rehuía la conversación cuando se le acercaban. No era un amor de discoteca lo que buscaba, cierto, se dijo, pero por qué no robar unos besos furtivos a la noche o dar cobijo en su piel a una caricia perdida. La próxima vez le daría una oportunidad a su cuerpo.

—¿Enamorada?

Bruno Silva permanecía delante de ella, con una sonrisa burlona en los labios.

—¡Oh, no, no, señor Silva! Disculpe... solo estaba distraída... lo siento... ¿lleva mucho tiempo ahí?

—No, acabo de llegar. Olvidé la llave del despacho. ¿Me abres?

Ana lo siguió con una carpeta en las manos y cuando Bruno se hubo sentado se la alargó. Él le echó un vistazo rápido.

—Déjamelos aquí. Le añadiré un par de cosas más y te lo devuelvo. ¿Me conseguiste el de David para ver qué pone ese perro viejo?

—Irene prometió mandármelo a lo largo de la mañana. Tenemos poco tiempo para enviar el currículum, hicieron mucho hincapié la última vez que hablamos.

—En Deusto siempre tienen prisa.

—Fernando, ya, ninguna: ha muerto.

En la puerta, con la cara desencajada, David Alfakhar parecía a punto de desfallecer. Bruno se levantó de un salto y Ana se dejó caer, abrumada, en la silla.

—Fue el sábado —continuó Alfakhar—. No quisieron hacerlo público hasta que Esperanza y los hijos viajaran hacia allí. Me acaba de llamar el inspector Wie, quiere vernos.

—¡Oh, Berta! —exclamó Ana y salió presurosa del despacho.

* * *

Dueñas terminó de revisar los folios y se los devolvió a Wie con un gesto que podía significar cualquier cosa: que estaban bien, que no estaban mal, que podían estar mejor, que no sabía si se les escapaba algo. Habían estado trabajando sábado y domingo en Jefatura con el material enviado por el inspector Andrades y decidiendo los pasos a dar a partir de entonces.

A primera hora de la tarde los esperaban los socios de Fernando Argüelles en las oficinas de Alfakhar & Asociados, Néstor cerraría una cena con Berta a ser posible para el día siguiente, pedirían al comisario Abascal que preguntase a los políticos por los rumores existentes en el mundo financiero sobre el bróker y cerrarían el viaje a Madrid.

—¿Iremos los dos? —preguntó Néstor.

—No, solo yo —respondió Wie.

Saldría muy de mañana. La secretaria de Lidia Salmerón solo había encontrado una hora libre cuarenta y ocho más tarde para recibirlo. El nombre de la presidenta de la Comisión Nacional del Mercado de Valores aparecía subrayado en verde tantas veces como se le nombraba en el informe del policía mexicano, junto a la pregunta final: ¿Por qué se vieron?

Wie pensó que aquella interrogante podía responderse de muchas maneras, todas ellas plausibles. La mejor manera de evaluar su verosimilitud era preguntárselo directamente a ella y comprobar si sus gestos corroboraban sus palabras.

Lidia había recibido la llamada de su secretaria y aceptado anotar en su agenda la entrevista con el inspector Wie López en su despacho, dos días después. Tras colgar, pidió disculpas al corrillo que había formado con una delegación de la bolsa de Nueva York y se acercó al aseo. Cambió la tarjeta de su móvil por una prepago y marcó un número.

—¿Arrocha?, soy Lidia. Necesito saber si mis teléfonos o los de Alfakhar & Asociados en Sevilla están intervenidos.

La respuesta le llegó cuando confraternizaba con sus invitados en un cóctel. «Vía libre», decía el mensaje de su contacto en Telefónica.

* * *

Berta lloraba apoyada en el archivo cuando sintió cómo le posaban una mano en el hombro. Era Irene, la secretaria de Alfakhar. No fue a ella a la que se abrazó. Ana había llegado corriendo, con el rostro descompuesto, y ambas amigas se fundieron sin poder reprimir el llanto. La noticia de la muerte de Fernando Argüelles se había extendido ya por la firma y comenzaban a llegar altos cargos a la planta de los socios. La mayoría se pasó por el antedespacho de Argüelles y ofreció sus condolencias a Berta, convertida en viuda laboral por aquel patético cortejo que a falta de un familiar, le expresaba a ella su pesar. Ana logró arrastrar a su amiga hasta un rincón, arrancándola de aquel escenario absurdo, digno de Groucho Marx.

—Está muerto, Ana.

—Sí.

—¡Fernando muerto!

—Estaba muy mal el pobre, me lo comentó Bruno.

—Me parece increíble, no puedo hacerme a la idea de que no volveré a verlo más, a escuchar sus buenos días, ¿sabes, Ana?, los pronunciaba

deslizando mucho la ese, como queriéndola hacer interminable. Y siempre con una sonrisa...

—¿No crees, Berta, que ha llegado el momento de contarle todo a ese tal Néstor?

—¡Jo, Ana! ¿Y por qué no lo haces tú? Te lo presento y largas.

—Vale, pero tú vienes conmigo.

—La fama de Fernando va a quedar dañada.

—Poco le importa ya a él su fama, lo importante es coger a quien lo mató y lo mismo puede ayudar a esclarecer el asunto contar lo que sabemos. Siempre se le puede pedir anonimato, al fin y al cabo no disponemos de pruebas contra nadie.

—Sí, eso sí.

—Anda, quítate los churretes y maquíllate un poco.

—Mierda, toda esa gente me saludaba como si fuese la viuda.

—Bueno, al personal le encantan las lágrimas y esas cosas.

—No me importaría haber sido su viuda, la verdad.

—¡Bertaaaaaa!

—Jolín, Ana, qué cosas tan tontas se piensan cuando pasa algo así.

* * *

Cheng Xiao, el gerente del casino, nunca había sido un ángel, pero en ese instante, suspendido en el espacio y en el tiempo, hubiese deseado pertenecer a la corte celestial. En su pragmatismo, imaginó, igual le daba haber tenido alas, batirlas y escapar volando que usar esa espada flamígera heredada de quien expulsó a Eva del Paraíso y cortarle la yugular a aquel personaje con larga cola de caballo que amenazaba con desbaratarlo. Si salía del atolladero, se prometió, Oleg, Yao y Ventura tendrían que hacer horas extras y acompañarlo allá dónde fuera y no solo en el negocio.

—Perdone mi brusquedad, amigo, pero tropecé y no pude evitar chocar con usted —ironizó Sebas mientras depositaba los cincuenta kilos trémulos en el suelo y alisaba las solapas de su traje de ocasión.

—¿Qué quiere de mí?

—Hablar con usted, solo hablar.

—Si sabe quién soy conocerá dónde trabajo, ¿por qué no se acerca usted por allí?

—Verá, este garaje me parece un lugar más acogedor que su despacho.

—Usted no lo parece mucho, amigo.

—Yo no soy su amigo. Los que trabajamos en las cloacas nos sentimos más cómodos cerca de ellas.

—Dígame qué quiere y váyase.

—Tranquilo, señor Cheng.

—¿Quién le ha mandado?

—¿Mandado? Nadie manda en el hijo de Marcela. Usted me tiene cogido por las pelotas.

—No daba esa impresión hace un momento.

—Las apariencias. Usted aprieta mis cojones y me duele.

—Explíquese.

—¿Conoce a Bruno Silva?

—¡Ah, sí!, el señor Silva: un excelente cliente.

—Soy su socio en cosas del vicio.

—No entiendo...

—Lo hacemos todo a medias. Jugamos a medias, compramos coca a medias, nos follamos a media a las tías, todo lo hacemos a medias.

—¿Y eso en qué me concierne?

—Según parece, le debo treinta kilos y pico.

—La mitad de la deuda del señor Silva en pesetas.

—Exacto, soy antiguo.

—¿No querrá usted que la condonemos? Entienda, yo soy un trabajador, hay gente muy poderosa detrás de mí.

—No, por favor, aunque usted huela a santidad me imagino que sus jefes son gente dura. Pero a buen seguro querrá ayudarme.

—Usted dirá.

—Mire, a mi amigo le importa un carajo esa deuda. Él sabe cómo conseguir la pasta, pero yo soy un desgraciado, ¿entiende? Necesito un poco de tiempo para resolver la cuestión.

—El problema no es suyo, sino de su amigo.

—Ya, pero me exige darle el dinero en tres días y yo soy ahora mismo pobre de solemnidad. Y un pobre es un ser desesperado. Mataría por una cuña de pizza.

—Creo que podemos ampliarle el plazo al señor Silva, siempre ha sido buen cumplidor y un magnífico cliente.

—Seguro, pero en realidad me hace el favor a mí.

—Ya, estaré encantado de ayudarle.

—Mira, cabrón de mierda, sé dónde vives, conozco a tu mujer e hijos, tengo amigos tan poderosos o más que los tuyos porque no follan en limusinas ni

beben champán francés, pero manejan de lujo la lata de gasolina o la pipa. Confórmate con recibir el dinero cuando pueda pagártelo o vete preparando para elevarte mucho más de lo que lo has estado hoy. ¿Comprendido?

—Sí.

—¡Ah! El señor Silva no sabe nada de esto ni va a saberlo, ¿verdad?

—Ya he olvidado esta cordial entrevista.

—Después de todo, me caes bien. Eres una rata y las ratas son mi familia.

—Su nombre... me dijo... ¿Tiene usted trabajo? Yo podría ofrecerle uno.

—No trabajo por cuenta ajena, soy empresario autónomo.

—Cotice el máximo, después queda poco de jubilación.

—No llegaré a viejo, tío.

* * *

Joaquín Andrades esperaba ante el teléfono de su mesa una llamada que lo sacara de dudas. Acababa de regresar del hospital, donde había dado el pésame a la familia de Fernando Argüelles y asistido después a una escena un tanto surrealista. Él, ferviente admirador de Luis Buñuel en su etapa mexicana, estaba convencido de que hubiera merecido la mirada del cineasta aragonés.

Había saludado a Esperanza, la primera ex de Argüelles, y consolado a los hijos del financiero español. En su conversación con ellos pudo comprobar la distancia que les había separado de su cónyuge y padre —«ahorita ya eterna», dramatizó para sí mismo—, del que no sabían ni dónde se encontraba cuando fueron avisados en España. La relación con su ex era en la práctica inexistente. Solo hablaban de vez en vez y casi siempre de los hijos, quienes, en un rasgo de franqueza, aseguraron al comandante solo llamar con frecuencia al padre para pedirle dinero o algún favor; este apenas si se acordaba de ellos en sus santos, cumpleaños y el 6 de enero, en que nunca faltaba un regalo caro en las mesillas de noche al despertar.

Acababa de dejar a la señora en compañía de un miembro del cuerpo consular español, no sin antes ofrecerse a ella de forma incondicional, cuando vio aparecer en la estancia a la chica noruega con la que viajó Fernando Argüelles. Lloraba con las lágrimas haciendo cascada, como los artilugios de los payasos, y de su atuendo cabía conferir que de la piscina había saltado a un taxi y del taxi a la morgue, porque el vestido blanco de lino dejaba transparentar un bikini tan sucinto que con sus flores estampadas no habría sido posible llenar un sello postal. Creyó conducir la situación acercándose a ella para tranquilizarla, pero la «escort», tras preguntarle si la mujer y los

jóvenes eran la familia de Fernando, se abalanzó sobre los chicos, cubriéndolos de besos, lágrimas y mocos, al tiempo que de sus labios solo salían «sorrys» y «mucho sentir».

La ex del financiero, sorprendida, tardó en reaccionar, pero cuando logró que la noruega soltara a sus hijos, se encontró con la chica abrazada a ella, dejando manchas de rímel y de colorete en su chaqueta blanca. La mirada estupefacta e interrogativa de la mujer le cogió ya en el dintel de la puerta y no supo cómo responder. El tipo del consulado, con nada más importante entre manos, resolvería de forma diplomática aquel embarazoso encuentro.

Él, sin embargo, sí tenía aún mucho trabajo por delante. Antes de dirigirse al hospital, uno de sus ayudantes le había puesto al corriente de una novedad: un confidente creía reconocer en las fotografías a uno de los tipos que se habían llevado de paseo a Fernando. Ordenó su detención y el registro de su casa. Mientras hacía limpieza en su cajón, aguardaba noticias. No tardaron en llegar.

—¿Seguro que el celular y la computadora son los de Fernando Argüelles?

—Sí, pero niega que se los chingaran ellos.

—Eso era de esperar, ya contaba con que negaran ser quienes le dieron la calentadita. Tráiganlo acá y tú pide ayuda para detener a sus carnales.

X

David declinó la oferta de Bruno para emborracharse juntos. Lo haría solo. Había sopesado la posibilidad de acercarse a ver a Denise, pero admitió no apetecerle conversar y la francesa, quien desde hacía semanas monopolizaba su deseo, era refractaria a los silencios. Mientras picoteaba de la bandeja de jamón, caña de lomo y salchichón de Vic surtida por el colmado, pasó revista al día. Si todo pudiera tirarse a la basura habría necesitado, se dijo, un par de contenedores. Desde que a primera hora le comunicaron la muerte de Fernando a la conversación con Lidia Salmerón, o la posterior con aquel oriental sabihondo que se había jugado varios faroles... ¡¡Con él!! que un día en Las Vegas hizo saltar la mesa del póker. O acaso no fue para tanto, pero le gustaba recordarlo así, con el *croupier* anidando telarañas entre los dedos.

Lidia lo había llamado desde su coche. Cuarenta y ocho horas después recibiría en su despacho a un policía sevillano con nombre chino, advirtió. Le había preguntado qué sabía de semejante tipo, cuando él giró bruscamente la conversación recién iniciada.

—Lidia, Fernando ha muerto.

No le sorprendió el silencio al otro lado de la línea telefónica, ni la apreciación de Lidia.

—Ley de Murphy.

Sí lo hizo la aseveración posterior de la presidenta de la CNMV.

—Mira, David, ese tal Wie me va a preguntar por qué me vi con Fernando en Cancún y le diré la verdad.

Le gustaba más la caña de lomo que el jamón y mucho más la manzanilla Viruta, regalada por Bruno tras verse con una rica amante sanluqueña, que el fino, acaso porque solo lo consumía en la Feria de Abril, donde lo servían rebajado de alcohol. Sonrió mientras miraba a través de la luz el catavinos, recordando el «¡cabronazo!» salido de la boca de Lidia cuando le advirtió de que su confesión a Wie iría acompañada de un archivo de audio: aquel con su voz grabada exigiéndole un cuarto de millón por su silencio.

—Dile a Wie que os queráis como hermanos y os veáis de tiempo en tiempo para charlar. Teníais tertulia todos los jueves en el Palace cuando vivía

en Madrid, ¿no? Que pregunte allí.

Siempre se olvidaba de pedir más caña de lomo que jamón, menos salchichón que caña. Por eso, al ver en la bandeja rodajas moteadas de grasa tan solo, hizo un gesto de fastidio similar al de Wie cuando, acompañado de aquel policía de modales tan exquisitos, insistió en que la empresa no pasaba por un buen momento. Tal conclusión, indicaba, se deducía de un análisis superficial de la documentación contenida en el portátil de Fernando, según habían comunicado desde México.

—¡Tonterías, agente! La firma es sólida como una roca. Vamos a presentar unos números excelentes en este ejercicio y no puede haber nada comprometedor en el ordenador de Fernando.

Wie había tratado de sonsacar también a Bruno. Para ello trajo a colación los productos de dudosa ética puestos en el mercado para conseguir liquidez, según le habían soplado al jefe gente del mundo financiero. Pero Bruno tampoco cayó en la trampa. Se remitió a las autorizaciones de los organismos financieros e ironizó sobre la solvencia de los competidores.

David y Bruno convinieron en haber pasado con nota el nuevo interrogatorio policial. Nada les ligaba a lo ocurrido en Cancún y nada habían de temer en cuanto al desfalco. Las vaguedades esgrimidas por Wie eran las habituales en su mundo. En él tenía el mismo valor elogiar el momento propio que devaluar el potencial ajeno.

* * *

Néstor Dueñas salió del despacho de David Alfakhar y vio al fondo a Berta, recogiendo sus cosas. Lo había llamado a media tarde, mientras él y Wie preparaban la entrevista con sus jefes. Necesitaba verlo. Él había tratado de sonsacarle algo más, pero Berta solo añadió que iría con Ana y en la importancia del asunto. Cuando se lo comentó a Wie, este lo convenció de volverla a llamar, no fuera a tener relación con la firma. Podrían sorprender luego a Alfakhar y Silva con algún dato nuevo. Pero Berta no le cogió el teléfono.

El restaurante en el que habían quedado tiene fama por su ensaladilla rusa y sus croquetas de cola de toro. De nombre Becerrita, se ubica en el cinturón del centro histórico de Sevilla. Néstor había conseguido de Jesús Becerra, el dueño, un reservado a precio de tapeo en el que poder hablar con tranquilidad. Llevaban ya dos cervezas en la barra cuando aparecieron Berta y Ana. Berta le dio un beso a Néstor e iba a hacer lo mismo con Wie cuando este le alargó la mano; Ana se la estrechó a los dos. Le gustó más como la daba Wie, recia

pero sin apretar, porque Néstor, en su afán por parecer galante, más que estrecharla la sostenía. La reverencia con la que lo acompañaba se quedaba en el primer tiempo de besar la mano.

El metre, Antonio Cruz, les acompañó al reservado. Nada más sentarse —Néstor frente a Ana, Wie escrutando a una Berta que se acomodaba el pelo—, sonó el teléfono del segundo quien, tras un par de monosílabos en chino, se levantó y, no sin excusarse antes, se marchó.

—Lo siento mucho, pero asuntos familiares me requieren con urgencia.

—¿Voy contigo? —preguntó Néstor.

—No, no es necesario. Señoras, perdónenme.

Sorprendidos, ninguno supo qué decir, hasta que Berta se decidió por ponerle algo de sorna balsámica a la frustrada velada.

—¡¡Lo que hace la gente para tomarse dos cervezas gratis y no invitar a cenar a las chicas!!

* * *

Joaquín Andrades tenía una larga experiencia en interrogatorios y no se desesperaba con facilidad. En su ya dilatada trayectoria policial se había encontrado con muchos profesionales del silencio, con tipos a los que no había forma de sacarle una palabra ni siquiera empleando métodos inconfesables. Ahora, el pendejo pelirrojo que lo chuleaba con un amplio repertorio de gestos burlescos a cada pregunta formulada, lo tenía al límite de su paciencia.

Un ayudante había dejado sobre la mesa la guía telefónica. El detenido ya conocía de sobra el uso dado por la policía al grueso volumen y pareció resignarse a su destino. No se inmutó. Andrades hizo un gesto negativo con la cabeza y deslizó la guía hasta una esquina.

—Todo un personaje, sí señor.

Andrades tomó el teléfono al tiempo que paseaba por la habitación. Marcó un número y esperó a que contestaran al otro lado.

—Soy Andrades. Necesito un favor. Tengo aquí a Chapo Silvestre... sí, el mismo... pasa la voz por ahí. Ha rajado de plano y va a haber un operativo al rato... por el asunto del gachupín, sí...

—Pare.

El inspector se hizo el sorprendido. Separó el móvil de su oreja y se dirigió a su detenido.

—¿Mande?

—He recordado alguna cosa.

—Aguanta, te hablo luego —dijo Andrades a su interlocutor telefónico y volvió a tomar asiento.

—Te oigo, tarado.

* * *

La negativa de David a irse de copas con él varió los planes de Bruno. Había pensado llevar a su socio a un pub junto al río en el que chicos y chicas universitarios, desde la medianoche hasta bien entrada la madrugada, convertían en zona azul sus cuerpos. Pero tras hablar con Ventura, quien le aseguró tener lo que precisaba, se decidió por acudir al casino. Comería algo, jugaría al blackjack y pactaría un par de horas con el mejor culo del establecimiento.

No vio primero el de ninguna rubia explosiva o morena exuberante, sino el de Cheng, que se volvió cuando llegó a su altura.

—¡Oh, señor Silva! Me alegro de verlo.

—No me he olvidado de lo nuestro, eh, pero...

—Por favor, por favor, no debe preocuparse por eso, de hecho he conseguido que mis jefes le den una prórroga para hacerle más cómodo el pago. No ha sido difícil convencerlos, es usted muy buen cliente.

—Gracias, Cheng, le estoy muy agradecido, pero no tardaré en liquidar mi cuenta.

—Cuando a usted le plazca.

Ventura miraba la escena con media sonrisa, esfumada de su cara en cuanto vio que Cheng se giraba e invitaba a entrar a Bruno. Este le guiñó el ojo al gigante. La visita de Sebas había obrado el milagro y durante un tiempo podría respirar tranquilo. Nada como administrarle al mafioso la misma medicina que él dispensaba.

—Señor Silva, ¿qué va a ser hoy? —preguntó Ventura cuando estuvo junto a él.

—Mantel, nieve, fichas rojas, culo respingón —respondió Bruno, alargándole un billete de cien.

—Tenemos de primera calidad todo lo que necesite. Si me permite...

Ventura abrió la cortina lo suficiente para que Bruno accediera al vestíbulo y luego se adentró él mismo hasta adelantarlo y acompañarlo al restaurante. Solo le faltó oficiar de valet anunciando de viva voz su entrada en el comedor, pero su reverencia al franquearle el paso, por exagerada, bastó para que todas las miradas de los comensales se posaran en él.

—Media docena de ostras y bogavante con lichees, botella de Mumm Cordon Rouge a 7 grados, rápido, Martín —urgió Ventura al veterano metre.

No sabía de dónde sacaría el dinero para pagar la deuda, pero no estaba dispuesto a renunciar a un lujo como el que Ventura le procuraba: pedir justo lo que le apetecía cenar y la compañía, una preciosa mujer con esmeraldas por ojos a la que, con su aprobación, ayudó de manera cortés a sentarse en la mesa.

* * *

David Alfakhar se limpió los labios con la servilleta, sorbió de la copa de vino y, al ir a apartar la bandeja, se sorprendió de escuchar la voz de Irene. Estaba convencido de que su secretaria se había marchado hacía tiempo. Al abrir la puerta se la encontró allí, hablando por teléfono tras su escritorio. Esperó a que terminara.

—¿Aún aquí, Irene?

—Usted se quedaba, fue un día duro y pensé que podía necesitarme. Salí a tomarme un sándwich, volví, vi que había luz en su despacho y me puse con algunas cosas pendientes.

—No debiste hacerlo. Anda, vete a casa.

—Acaba de llamar doña Esperanza desde Cancún, le han hecho ya la autopsia a don Fernando y el juez ha dado permiso para trasladar el cuerpo a España. Nos preguntaba si podíamos hacernos cargo de los trámites aquí. Les gustaría que fuese incinerado.

—Claro, claro. Póngame con el teniente alcalde, el señor Almansa.

—Son las once y media...

—Cuando le llega la cesta de Navidad no le importuna la hora. Recuérdate que mañana te dicte el texto de una esquela. Y llame a Esperanza. No sé si quiere una misa o un responso y el lugar de celebración.

—De acuerdo, señor.

—Irene...

—Dígame.

—¿Cuánto tiempo lleva conmigo?

—Va para veintidós años.

—Le he dicho alguna vez que es usted muy eficiente.

—Gracias, señor Alfakhar.

—¿Conozco a su marido y a sus hijos?

—Me temo que no.

—¿Asistí a su boda?

—Me hizo un bonito regalo.
 —¿Qué le regalé?
 —Un cuadro.
 —¿Cuánto gana, Irene?
 —Señor Alfakhar, yo estoy muy...
 —Dígame cuanto gana.
 —Mil seiscientos euros, algunas veces más con las horas extras.
 —¿Sus colegas ganan lo mismo que usted?
 —Verá, me resulta violento hablar de esto.
 —¿Por qué?
 —No quiero que se interprete mal...
 —Sea sincera.
 —Ellas ganan más.
 —¿Y eso?
 —Sus jefes las gratificaron, supongo.
 —Pídale a personal copia de las nóminas de todas las secretarias de dirección.
 —No es necesario, señor, de verdad...
 —Obedézcame.
 —Lo haré.
 —Irene...
 —Dígame, señor.
 —Lo siento.
 —No tiene nada de qué disculparse, fue siempre un excelente jefe para mí.
 —No lo dudo, Irene, pero ¿sabe?, nunca fui persona.

* * *

El camarero le sirvió el vino y esperó su asentimiento para servir al resto de los comensales. Néstor, con media sonrisa, le pasó la copa a Berta. Ana miraba la escena con curiosidad. Se había preguntado por qué la cata se la ofrecían siempre al hombre, dando por sentado que las mujeres no entendían. Berta, tras agitar el vino y olerlo, se llevó la copa a los labios.

—Aceptable, pero no lo sirva aún: le faltan cinco grados —dijo dirigiéndose al camarero.

Posó la vista en sus compañeros de mesa y admitió para sí que eran dos bellas escenificaciones del asombro.

—Pero, bueno, ¿no me digas que sabes de vinos? —preguntó jocosa Ana.

—Sí, es una de mis pasiones.

—¿Y cómo sabes que le faltan cinco grados de temperatura? ¿Por qué no diez? —le preguntó Néstor.

—Se educa el paladar para saberlo.

—¿Eso incluye los labios de un hombre?

—También.

—Y si le faltan cinco grados, ¿qué haces? ¿Lo devuelves? —inquirió divertido él.

—Si le faltan cinco grados, se los subo yo al instante.

—Bueno, bueno, parad o tendré que llamarme yo misma al teléfono para excusarme y dejaros solos —intervino Ana, incómoda ante el sesgo que estaba tomando la velada.

Berta y Néstor rieron la ocurrencia de Ana. Cuando el camarero trajo la botella en una cubitera y una ración de huevas fritas con mayonesa, el policía espetó a ambas...

—Y bien, ¿qué me tenéis que contar?

—Primero, comamos. Si Berta es enóloga, yo soy gastronoma y, como sabrás, es un crimen dejar enfriar la comida —contestó Ana al tiempo de bañar en la salsa una hueva pequeña y llevársela a la boca.

* * *

El juez le pidió a Yao acercarse más al micrófono y le invitó a continuar con su declaración. Las setenta y dos horas que la Policía lo había mantenido en el calabozo antes de ponerlo a disposición judicial apenas habían hecho estragos en su físico, tal era su capacidad para adaptarse a las condiciones más inhóspitas. También ayudó a ello que un alma caritativa, identificado por la Fiscalía como un conocido correveidile de la mafia china asentada en Sevilla, le llevara a primera hora de la tarde una muda limpia; eso le permitió presentarse ante el magistrado con aspecto decente, aunque con rala barba de tres días, cuando ya se había echado la noche.

Yao, que testificaba en coreano, aseguró estar arrepentido de haber agredido a quien interrumpió su carrera. Desconocía su condición de policía, juró. ¡Cómo iba a saberlo si era de su misma raza, no se identificó y lo atacó por sorpresa! Él, afirmó, lo había confundido con un matón de los que comerciaban con su gente.

El fiscal sonreía con cada frase del oriental traducida por el intérprete jurado, que ponía punto y seguido a sus afirmaciones con un cabezazo en dirección al juez. Pero la sonrisa se le borró poco después cuando su señoría dejó en libertad al individuo, en lugar de mandarlo de manera preventiva a

prisión. No se había acreditado su pertenencia a la banda de trata de personas recién desmantelada, como aseguraban policías y fiscal, y sí cabía la posibilidad, como mantenía el declarante, de que fuera una víctima más de los mafiosos y, por tanto, acreedor de traslado al Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes, donde aguardaría su extradición o la concesión del permiso de residencia. Yao se escapó nada más llegar a él.

XI

Wie dejó que el coche se deslizara y se subiera a la acera, para después frenar bruscamente, abrir la puerta del automóvil y entrar corriendo en el bazar. Un policía le gritó que no podía hacer eso, e incluso lo siguió para obligarlo a volver. Pero desistió de ello al ver cómo Wie se identificaba con sus colegas del interior. Un par de ellos trataban de tranquilizar a su madre mientras los sanitarios atendían a Fo, maltrecho en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido?

Wie se lo había preguntado a su madre, que al verlo entrar se arrojó a sus brazos llorando, pero quien contestó fue uno de los policías.

—Han llegado con un coche y arrojado adoquines contra las cristalerías. Ese señor —dijo señalando a Fo— salió a ver quiénes eran, se bajaron y le han golpeado. Su descripción es muy vaga, de veinte a veinticinco años, chicos de barrio. No se fijó ni en la matrícula ni en el modelo de coche. Amenazaron con volver y prenderle fuego a la tienda. Echaremos un vistazo a las cámaras de los alrededores.

Aprovechó que una mujer policía le acercaba un vaso de agua a su madre, para dejarla acompañada e interesarse por Fo, a quien habían inmovilizado un brazo y terminaban de curar las heridas de la cara.

—¿Cómo estás, Fo?

—Solo un poco mejor que un pato en el gancho.

—Fuiste un valiente y le plantaste cara a los gamberros, me dicen.

—La misma resistencia que una pluma a un huracán.

—¿Algún tatuaje, cualquier rasgo físico especial en los agresores?

—Dile a estos que se dejen de tiritas y me den una catana.

Wie le hizo un gesto a los sanitarios, quienes se retiraron del lugar no sin antes avisar del traslado al hospital de Fo para hacerle un reconocimiento a fondo.

—Dime.

—Wie, esos tipos no eran canis, como les dije a ellos, eran de los nuestros. Matrícula 79 y algo, CJK o M, creo, un Opel azul.

—Entiendo.

—¿Qué está pasando?

—No te preocupes, lo importante es que te pongas bien. ¿La bruja sabe ya de ti?

—No, y mejor no hables con ella: tenemos estropeado el frigorífico.

—Me la jugaré, voy a avisarla ahora. Descansa.

Wie hizo un gesto y los sanitarios, tras subir con la ayuda de los policías el cuerpo de Fo a una camilla, se lo llevaron a la ambulancia, aparcada junto a la puerta.

—Sí que funcionan bien, ¿eh?

El policía señaló a Wie a los orientales que tomaban medidas del escaparate para reponer las lunas.

—Tenemos un buen seguro, sí —dijo Wie, quien había vuelto junto a su madre, que había dejado de sollozar.

* * *

Ana fijó la vista en las luces reflejadas en la ventanilla y se dejó seducir por esa carrera en la que las últimas siempre eran las primeras, lozanas en su fulgor instantes antes de desaparecer, tenues y desvaídas cuando iniciaban el camino. Acariciaba el libro que reposaba en su regazo y, aunque trataba de pensar en otra cosa, le llegaban imágenes de un Fernando inerte, de unos seres sin rostro golpeándolo, de unas risas multiplicadas por sus ecos. Su ensimismamiento no le impidió percatarse de que las luces habían dejado de surgir de la esquina de la ventanilla y comenzaban a correr en el cristal un poco más allá, como si el andén primigenio desde el que brotaban se hubiese sumido en la oscuridad. Desvió la vista hacia el pasillo y lo vio. Permanecía de pie, con una sonrisa forzada, el pelo desordenado y lacio y los dedos nerviosos tamborileando sobre el respaldo de los asientos delanteros.

—Hola, me alegro de verte, ¿te acuerdas de mí?

Cómo no acordarse de quien había querido ser lago en el que el cisne se bañara, por más que al final acabara en el desagüe de la noche —pensó en silencio Ana.

—¿Puedo sentarme?

—Claro... por favor...

Ana tomó el bolso que con ambición disuasoria colocaba siempre en el asiento contiguo y lo estrechó en sus brazos. Con la mirada lo invitó a sentarse a su lado. La luz fría y azulada del compartimento restaba calidez al rostro de Luis. Siempre en aquel tramo, tres estaciones antes de llegar a su destino, el tren de cercanías se dislocaba como presa de una epilepsia y los

viajeros comenzaban a moverse al ritmo de un baile ridículo que los llevaba a saltar, chocar con el vecino, pegarse a las paredes y salir rebotadas de ellas. Luis pronunció un «perdón» la primera vez que sus hombros chocaron con los de Ana, pero, incapaces de controlar el traqueteo, acabaron riéndose de aquella obligada confraternización a que se veían abocados como coches locos de una atracción de feria.

—¿Dónde te bajas? —preguntó Ana.

—Dejé atrás mi parada, se me pasó —contestó el joven.

—Siento haberte distraído.

—Si te sientes culpable, yo te impondré una pena.

—No, no me siento demasiado culpable, la verdad.

—Tomamos una copa.

—Es muy tarde y...

—Venga, no me vas a dejar solo ahora.

La luz de una farola extendía sus dominios hasta el mismo portal del bloque de apartamentos. Se había empeñado en acompañarla tras tomar la copa y ella lo agradeció porque no le gustaba andar por aquellas calles solitarias de madrugada.

—Luis, gracias por acompañarme.

—Fue un placer, la verdad es que eres estupenda.

—Gracias, lo mismo digo.

—¿Me invitas a algo arriba?

—Lo siento, no tengo licores.

—¿Agua?

—Sí, sí, agua sí... qué cosas tienes... pero... estoy cansada y mañana he de madrugar.

Sintió cómo la atraía y en un gesto mecánico colocó las dos palmas de sus manos sobre su pecho. Se preguntó si eran sus latidos o los de él los que se desbocaban en las yemas de sus dedos y aceptó como un acto voluntario el que sus brazos resbalaran por su torso y rodearan su cintura cuando él posó, primero con un leve roce, después con vigor, los labios en los suyos. Se vio arrastrada hacia una de las columnas de los soportales. Elevó los brazos y rodeó con ellos su cuello. Nunca había estado en una situación así y, aunque en un primer momento quiso hacer de la quietud una penitencia, pronto su cintura se sumó al vaivén. Él alcanzó el interior de sus muslos y buscó en la humedad de su ropa interior la confirmación de que estaba preparada. Guiando la mano de ella hasta su entrepierna intuyó el derrumbe de sus defensas.

—No, Luis.

La había recostado sobre la columna e iniciado el movimiento para desembarazarse del único obstáculo que le impedía gozar de su sexo.

—No, Luis.

La había besado hasta herirle los labios y trataba de hacerla descender más allá de lo que ella estaba dispuesta esa noche.

—Subamos, por favor, te deseo.

—No, Luis, no.

Él dejó caer los brazos y se apoyó sobre la columna. La cremallera de su pantalón chirrió y se abandonó a aquella mano tibia que, indecisa y nerviosa, exploraba en su cuerpo. Ana le miraba a los ojos y sentía cómo sus muslos se humedecían más y más hasta convertirse en lechos de arroyo.

Un suspiro largo, profundo, acompañó la última caricia entre sus piernas y dejó que el remolino de las sábanas empapara su placer. La próxima vez, se prometió en la soledad de su habitación, mientras la respiración encontraba alivio en la anchura de la sonrisa, haría un hueco en su cama a quien le gustase.

* * *

Al ver acercarse a Germán mientras esperaba la llegada del ascensor, David admitió que la buena nueva de conocer el nombre del desvalijador de la firma le haría irse a la cama de buen humor. Germán, al que las profundas ojeras conferían un aspecto fúnebre, no tenía el nombre del enemigo número uno de la compañía, pero sí la certeza de estar muy cerca de acabar con su anonimato.

—Los yanquis se quedan trabajando, no sé cómo aguantan. Supongo que se sirven unas rayas como las continuas de los arcones. Estamos cercándolo. En realidad, esta noche han hecho una última discriminación y todo ha quedado reducido a once nombres.

—Diez, yo no he sido.

—Fernando sí entendía. Buceaba mucho y a fondo en el sistema. No es que hiciera nada ilegal, porque tenía privilegios para ello, pero en los últimos tiempos era muy curioso.

—No sabía yo de esas virtudes de mi amigo.

—Ni usted, ni el señor Silva, ni los directores de área, ni un par de brókeres, ni el responsable de un par de entradas no autorizadas y que no sabemos aún hasta dónde llegó, están descartados. Estamos en ello.

El ascensor se detuvo y David y Germán salieron al garaje. Un guardia de seguridad asomó la cabeza entre los coches y les saludó con un movimiento de sus cejas. Germán se despidió, pero David lo tomó del brazo, reteniéndolo.

—No tengo sueño, ¿qué tal un gin-tonic?

—Mejor ron, jefe.

* * *

Joaquín Andrades le dio a la tecla y segundos después oyó cómo la impresora escupía los folios que acababa de escribir. Tres copias había detallado en la casilla correspondiente del ordenador. Una para su superior, otra para el juez y una para su archivo. A su colega español le enviaría una electrónica. Revisó el papel buscando erratas y faltas. Confiaba más en su instinto de buen lector que en sus vagas nociones de reglas gramaticales, más en su memoria fotográfica que en la estudiantil. Si había algo incorrectamente escrito lo sabría porque de tanto leerlo le sonaría grotesco, no por vulnerar la norma. No estaba seguro de que alguna coma estuviera donde debiera ni todos los acentos tildando la vocal apropiada, pero tampoco sabía el nivel de lectura de los destinatarios de su informe sobre la muerte de Fernando Argüelles, a excepción del Comisario General, con fama de dejar fugarse las haches antes de contar con secretaria.

Lo que Wie recibió por correo electrónico era una detallada relación de acontecimientos de lo sucedido y una conclusión final: la muerte de Fernando había sido consecuencia de los golpes propinados por unos delincuentes comunes tras secuestrarlo. Parecía uno más de las decenas de secuestros exprés cometidos en el estado de Quintana Roo, pero no estaba descartado que hubieran actuado por encargo, tal como se desprendía vagamente de alguno de los testimonios depuestos.

Particularmente interesante resultaba el análisis del ordenador portátil de Fernando, una copia de cuyo disco duro ya viajaba rumbo a Sevilla. La documentación contenida en él necesitaba de un profundo estudio por parte de algún experto economista de Jefatura. De los apuntes del financiero se deducía su sospecha de un desfalco en la compañía. Ni los correos electrónicos ni el log de las llamadas de su móvil confirmaban que las hubiera compartido con alguien más, aunque las frecuentes conexiones con un número de teléfono los días previos a su desaparición, que correspondía a Lidia Salmerón, hacían imaginar el traslado de sus temores a la ejecutiva española. También se mencionaban las múltiples llamadas recibidas desde un mismo número de España, que Fernando no pudo contestar.

A la información llegada de México, calificada de «preliminar» por Joaquín Andrades, quien prometía más y más detallada en breve, se sumaba la suministrada por Néstor nada más llegar a Jefatura.

—Ha habido un desfalco en la compañía y todos sospechan de Fernando como autor.

Néstor se había llevado la copa a la boca pero se quedó así, con el borde de la misma apoyado en su labio inferior. La sorprendente afirmación de Ana, rubricada por el asentimiento teatral de Berta, dejó su gesto a medio camino. Apuró el vino de un trago, como hubiera hecho John Wayne con el vaso corto de güisqui servido en el salón de un miserable poblado del viejo Oeste, y tras limpiarse la boca con la servilleta, habló.

—Contad, soy todo oídos.

Pero no hubo más, por mucho que Berta lo adornara con apreciaciones de *miss Watson* y que Ana intentara recordar detalles del informe. Las chicas, contó a Wie, no sabían más allá de la desaparición de muchos millones de las cuentas gestionada por los tres socios. Se sospechaba, sí, de Fernando: no estaba, nunca se fue de vacaciones en esas fechas y era el responsable de más cuentas perjudicadas y de mayor cuantía.

Por mucho que preguntó no le supieron dar más respuestas ni mostrar documento alguno avalando lo contado. Néstor, por irrelevante, no le dijo a Wie que, tras dejar a Ana en la estación de ferrocarril, había acompañado a Berta a su casa ni su invitación a subir a su apartamento para tomar una última copa.

Exhausto, aún estremecido, Néstor Dueñas salió de ella al mismo tiempo que Berta le deslizaba junto al oído un «Diossssssss» que parecía convocar a todo el gremio divino. Mesó los cabellos despeñados sobre su pecho y detuvo el movimiento de ella, apurada por liberarlo de su peso.

—¡Quieta! Está bien así.

Había olvidado ya el aliento entrecortado de una mujer en su piel y no quería renunciar al cuerpo tibio de Berta, arrellanándose en el suyo.

—Fue maravilloso, Néstor.

Aquel tipo no era como los otros con quien había compartido cama. Ninguno la había amado con tanta dulzura. Siempre gozó del sexo, pero nadie había vuelto de revés su piel como él, nadie la había transportado más allá de un orgasmo que, por repetido en su rutina, ni siquiera recordaba horas después.

Berta se deslizó hasta el colchón, estiró el brazo hacia la mesilla de noche y alcanzó con dos dedos el cigarrillo que escapaba por la bocana del paquete.

La idea de tener hijos le obsesionó durante una época de su vida. Se sorprendió de recordar eso en ese instante y se dejó seducir por la idea de una relación duradera con aquel hombre yacente a su lado.

—¿En qué piensas? —le preguntó Néstor.

—Me da coraje no haberte dado más información, debí husmear un poco, Fernando no se merece esto —reconoció, sin hacer mención a lo que soñaba despierta momentos antes.

—Fernando no está descartado como culpable.

Berta dejó vencer su cuerpo y se colocó junto a él. La sábana, fruncida a la altura de su pecho, no la hizo entrar en calor. El rostro de Néstor estaba vuelto hacia ella y de su mirada surgía una interrogante.

—Fernando se moría por unas faldas, no por el dinero. Apunta para otro sitio, cariño.

XII

En la penumbra del bar de copas, David y Germán apuraban su tercer vaso largo.

—El caso es que Fernando quedó enseguida descartado, jefe.

—¿Y eso?

—Uno de los ataques al sistema coincidió con un viaje a Australia.

—¿Lo pudo programar?

—No, hicimos «tracking» y la entrada fue desde la Casa, en directo, de eso no cabe duda. Así que apuntamos hacia otro sitio.

—Pero no lo dijisteis y nos hicisteis sospechar de él.

—Fue cosa de los yanquis. A los sospechosos, dicen, nunca se les debe contar la verdad.

—¿A mí me la estás diciendo, Germán?

David se arrellanó en el butacón. No entendía de informática, pero le divertía la forma que tenía Germán de relatar las cosas.

—Mire, los americanos han realizado ya un retrato robot del asaltante —le anticipó Germán.

—¿A quién se parece?

—Es un retrato sin rostro, pero con alma.

—No me torees, Salas.

—Quiero decir, jefe, que nuestro amigo es un tipo muy, pero que muy inteligente. Lleva una doble vida. Por una parte, es un extraordinario cumplidor de su trabajo; por otro lado, un hábil delincuente de guante blanco. Tiene muy buenos conocimientos de informática, sin ser un superhacker. En lo que sobresale es en la ingeniería social.

—¿Ingeniería social?

—El ingeniero social es un tipo, para entendernos, que no hace las cosas a lo bestia sino usando la astucia y el don de gentes. Le pondré un ejemplo. Hay dos formas de abrir una caja fuerte: adosando a la cerradura explosivo plástico y volándola, o ligándose a la dueña y, pacientemente, con preguntas inocentes para la víctima, averiguar la clave.

—Nuestro tipo se ligó a la dueña.

—Sí, sí. Este ha sido un trabajo de muchos meses. Mucha gente le ha ido suministrando información valiosa sin saberlo. Preguntaba por aquí y por allá e iba atando cabos.

—¿Hay muchos preguntones?

—Sí, desgraciadamente. Usted mismo ha preguntado muchas veces.

David meneó la cabeza y sonrió a su manera, resoplando por la nariz, sin abrir la boca, algo que no por estar acostumbrado a verlo dejaba de sorprender a Germán.

—Después se hizo investigador privado.

—¡No me fastidies, coño! —gruñó Alfakhar.

—Sí, investigó al especialista de seguridad informática de la empresa contratada para implantar el sistema.

—¿Es eso posible?

—Su nombre está en el dossier entregado en su día y averiguar cosas sobre él es coser y cantar. Tenga en cuenta que estos tipos son grandes estrellas en su mundo. En internet se puede encontrar de todo, entrevistas personales, artículos técnicos, análisis. Todo.

—¿Y para qué necesitaba eso?

—Jefe, dentro de un sistema informático, aunque parezca increíble, suele haber mucho de la vida personal del programador.

—¿Eso adónde nos lleva?

—A descubrir sus gustos, sus aficiones; a través de ellas podemos con un poco de suerte acceder a claves, contraseñas básicas sin las que sería imposible alcanzar determinada información.

—Me estoy perdiendo, Germán.

—Vamos a ver, jefe, cuando usted le puso su contraseña a su correo electrónico personal, ¿a que le colocó el nombre de uno de sus perros o el lugar donde veranea o el nombre de una amante...?

—No te pases...

—Contésteme.

—Sí, claro, puse algo fácil de recordar y perteneciente a mi vida personal.

—Pues un programador, igual, las claves de las que dota al sistema provienen de su mundo íntimo, de sus aficiones, etcétera.

—Y todo eso se puede encontrar en internet.

—Alguien inteligente lo encuentra o lo deduce, hace pruebas y más pruebas hasta dar con la respuesta que le franquee la entrada secreta. Ya le dijimos cuál es.

—Interesante, pero ¿una vez encontrada la entrada secreta y entra, cómo lo hace sin dejar huellas?

—Eso es más complicado de explicar.

—Esmérate. Te invito a otra copa.

—Verá, la empresa tiene un servidor web, uno de base de datos y otro de ficheros. Como le dije, cada uno de ellos esta montado sobre Unix y en cada uno hay diferentes usuarios. Todas las contraseñas de todos los usuarios, absolutamente todas y todos, están guardadas en el equipo, pero solo como datos encriptados, aquello que le dije de «B72%...».

—«D25%&...» —le corrigió Alfakhar.

—Tocado, jefe. Le decía que están guardadas, encriptadas, las contraseñas, pero al equipo guardián de esas claves se puede acceder con la clave del usuario administrador, que usted ya sabe cuál era. De esta forma, si se accede a ese equipo veremos las contraseñas originales sin encriptar.

—¿No me dijiste que el acceso a las claves de los informáticos se hacía vía biométrica y por tanto eran ineludibles las huellas dactilares?

—Así es. Ese ordenador no está conectado a Internet. Como usted dice, hay que entrar en el centro de datos y poner el dedo sobre el lector de huellas para acceder a esa información. Pero si entramos en el centro de datos y conectamos ese ordenador por cable de red a un portátil, podremos saltarnos el control biométrico si tenemos la clave de administrador. Nuestro hombre la conocía. Ya dentro le resultó fácil manipular las cuentas. El sistema era suyo.

—Buen trabajo.

—Gracias, jefe.

—No, digo el del ladrón. A ti y a los auditores informáticos ni siquiera les confiaría mi cartera.

* * *

No había amanecido aún cuando el AVE que conducía a Wie a Madrid, tras una suave tracción que el policía identificó como ese primer paso de todo gran camino por recorrer, echó a rodar por las vías de la estación de Santa Justa. Había tenido la precaución de cerrar la cita con Lidia Salmerón para media mañana, evitando dormir en la capital y tener que convencer al jefe del gasto suitario que representaría una noche de hotel para las cuentas del departamento.

Esperó a que el tren de alta velocidad dejara los barrios dormitorios cercanos a las vías, antes de levantar la mesa de su asiento en clase preferente y disponer sobre ella una copia de los documentos enviados por Joaquín

Andrades desde México y los magros apuntes redactados por Néstor. Si cuando días atrás había acordado el encuentro con la presidenta de la Comisión Nacional de Valores no tenía más que indicios y presunciones, ahora afrontaba la entrevista con datos ciertos.

Lidia Salmerón le había ofrecido la mano e invitado a sentarse en la esquina de un sofá mientras ella lo hacía en el borde de un sillón, con las piernas cruzadas y el cuerpo vencido hacia uno de los reposabrazos.

—¿De qué conocía a Fernando Argüelles?

—¿Le suena de algo el mundo financiero, señor Wie? Él y yo estábamos en él, uno en el sector privado, el otro en la Administración. Pero mi amistad con Fernando venía de los años en que yo comenzaba en la profesión y él era un miembro destacado del sector bancario.

Lidia Salmerón contestaba a las preguntas con la firmeza de un buen opositor respondiendo al tribunal. Confirmó su encuentro en Cancún con Argüelles con la naturalidad de quien sabe desenvolverse con soltura en las aperturas de ajedrez.

—¿Qué quería de usted?

—Éramos amigos, me supo por allí y me invitó a tomar un café.

—¿De qué hablaron?

—Del viaje, le pregunté por el suyo y él por las jornadas de Bolsa que se estaban celebrando a unos metros de allí. Yo era ponente en ellas. También de cosas personales.

—Nos han pasado unas imágenes desde México y se le ve muy interesada en algo que le está enseñando el señor Argüelles en su ordenador.

—Sí, me adelantó algunos gráficos de su empresa.

—¿De las ganancias o de sus pérdidas?

—Fernando no solía perder dinero.

—Pero sí se lo hacían perder. ¿Por qué no me dice la verdad y reconoce que Fernando le comunicó su presunción de la desaparición de mucho dinero en Alfakhar & Asociados? Esos eran los datos que le mostró ese día.

Que había dado en el centro de la diana no se vio corroborado por la respuesta de la ejecutiva, sino por su lenguaje corporal. Pasó del hieratismo más absoluto a la hipercinesia. Solo cuando dejó de moverse en el sillón y recuperó la serenidad se atrevió a responder.

—No estaba seguro, era solo una sospecha. Quería hablar con sus socios por si a ellos también les había ocurrido en sus cuentas o si en su ausencia había habido algún incidente que hubiera aconsejado a la compañía maquillar determinadas operaciones.

—¿De quién sospechaba?

—No era hombre de elucubrar. Hablaba de lo que sabía cierto, nunca perdía el tiempo en hipótesis.

—Lo conocía bien.

—Muy bien, señor.

—¿Intimaron?

—Mi despacho lindó con el de él algunos años y nos contábamos cosas. Si lo que me pregunta es si me acostaba con él, la respuesta es no, nunca.

—¿Qué tenía previsto hacer su amigo?

—Pretendía hablar con sus socios y en función de lo averiguado, actuaría.

—¿Y usted qué le aconsejó?

—Tengo un cargo de mucha responsabilidad, ¿agente?, ¿inspector?

—Inspector.

—No me puedo mezclar en determinados asuntos. Solo le advertí de la próxima realización de unas auditorías y le dejé claro que yo no miraría para otra parte.

—¿Le preocupaba alguna otra cosa a su amigo? ¿Algún problema personal?

—Fernando aborrecía los confesionarios. Si tenía algún problema solo lo sabía su úlcera.

—¿Usted fue la última persona conocida en verlo con vida?

—¿Me convierte eso en sospechosa?

Al rememorar su entrevista de la mañana, Wie se felicitó de haber contestado con afabilidad a la pregunta de Lidia Salmerón. Eso hizo que ella, dejando caer su escudo, se mostrara más abierta. Recapituló en lo ya hablado y la economista le contó detalles de la conversación con Fernando que, de otra manera, hubieran permanecido ocultos. Al despedirse, Wie le arrancó la promesa de tenerlo informado de cualquier cosa relacionada con el caso. A cambio, su nombre permanecería siempre al margen cuando hablara con Alfakhar.

* * *

Las columnas de la cafetería concedían a aquella mesa del rincón cierta intimidad. Allí se sentaron otras veces, para que Berta le contara su última conquista, para intercambiarse los últimos rumores de la compañía, para ver sin ser vistas.

—El chino está en Madrid.

—¿Néstor no ha ido con él?

—No, se quedó aquí, me llamó hace un rato. Lleva empalmado toda la mañana recordando lo de anoche.

—Pues no se habrá levantado de la mesa en la oficina...

—Igual que tu waterman, supongo. Cuenta.

—No pasó nada, tía.

Ana se lo había pensado antes de hablar en la oficina, pero al final había cedido al deseo de compartir con Berta lo ocurrido la noche anterior. Sabía que se arriesgaba a una batería de preguntas digna de un tercer grado y a que durante días la buscara una y otra vez para sonsacarla, para darle consejos, para sacarle punta a todo.

—... salimos del pub, apareció un taxi y nos despedimos —terminó de contar Ana.

—No me lo creo —contestó Berta con una sonrisa en los labios y mirándola con fijeza a los ojos.

—¿El qué no te crees?

—Que se fuera así, sin más. Me estás ocultando lo más interesante de la película.

—Fue como te cuento.

—Mira, Ana, no hay un solo tío en el mundo que le guste una mujer, la invite a unas copas y no intente después sobarle las tetas. Así son de asquerosos. Cuéntame toooooddddoooo.

—Bueno, vaya, cogió el taxi un poco más allá, al lado de casa y bueno...

—¿Qué?

—Que nos besamos.

—Y te cogió las tetas.

—¡Jolín, Berta, cómo eres!

—¿Y luego te lo llevaste a la cama?

—¡Noooooooooooo!

—Si te gustaba y lo deseabas era de lo más normal, estrecha mía.

—Apenas lo conozco, Berta.

—Conoces a un hombre y los conoces a todos, salvo en la largura de eso.

—No seas basta.

—Bueno, en la largura y en la anchura.

—No pasó nada.

—¡Pues menudo calentón con el que os fuisteis a la cama los dos!

—Él le pondría remedio, supongo. No sé por qué te cuento nada.

—Porque de la nada pasaste a algo y ese algo lo tienes que compartir con alguien, porque en el fondo te sientes orgullosa.

—Acaso sea eso.

—A este paso te va a durar el colchón hasta que te mueras, tía.

* * *

Bruno reconoció el buen trabajo de su secretaria con la documentación a enviar a la Universidad de Deusto. Si buena parte de lo expuesto era verdad a medias resultaba irrelevante. No pocos cursos, másteres, ponencias e incluso artículos en revistas financieras reflejados en el «Quién es quién» no habían necesitado de su esfuerzo, solo de su dinero. Bien pagando por títulos sin necesidad de asistir a los cursos, bien contratando a «negros» que le hicieran el trabajo mientras él llenaba su cuenta corriente.

Recordó que entre el pijerío norteño quedaba estupendo ser alguien en algún club social o deportivo y se decidió por incluir su pertenencia durante un par de meses (un oportuno lapsus los convertirían en años en los papeles), a la junta directiva del Real Club de Golf. Un buen swing lo valorarían muy mucho sus antiguos compañeros.

Dudó en si tenía que firmar o no aquellos papeles y se inclinó por no hacerlo. Siempre cabría, en el caso de advertirse por terceros alguna falsedad, echarle la culpa a su secretaria.

Fue al ir a imprimirlo cuando David irrumpió en su despacho.

—¿Vienes conmigo al aeropuerto?

—¿Te vas a algún lado?

—Llegan los restos de Fernando desde México.

A pie de pista, David y Bruno abrazaron a Esperanza, la primera esposa de Fernando —de Gloria, la segunda, no se tenían noticias—, y a sus hijos. Unos operarios del aeropuerto, ayudados por los empleados de las pompas fúnebres, sacaron el féretro y lo introdujeron en el coche estufa, bajo la discreta supervisión de agentes de aduanas.

—Todo está arreglado con el Ayuntamiento. Mañana lo incineraremos.

Los hijos de Fernando asintieron. Braulio, el pequeño, tenía un asombroso parecido con su padre. David no pudo reprimir las lágrimas cuando aquel, ausente en el viaje a México, posó su mano sobre la caja de madera que le devolvía el cuerpo sin vida de su progenitor y se abrazaba después, desconsolado, a su madre quien, pese a haber rehecho su existencia tras la separación, no podía ocultar su aprecio por la persona a la que estuvo unida veinte años de su vida.

El conductor del Audi 8 esperó a que el coche fúnebre y el que trasladaba a Esperanza y a sus hijos enfilaran la autovía para ponerse tras de ellos. David

había subido el cristal ahumado, dotando de intimidad a la parte trasera del vehículo.

—Germán me hizo ayer una interesante exposición sobre el *modus operandi* de nuestro amigo.

—Amistades peligrosas las nuestras —añadió Bruno.

—Es un experto en ingeniería social.

—¿Un ingeniero ha hecho esto?

—Se le llama ingeniero social al suavote que no rompe un plato, con cara de tonto y capaz de sacarle información a una piedra sin hacerle una mella.

—Un tunante, vamos.

—Sí. ¿Qué tal se te da a ti la informática, Bruno?

—Mejor que a ti, David. Las personas mayores dejaron hace tiempo de tener el cerebro como esponjas.

—Vete a la mierda.

—Cuando lo cacemos, ¿qué hacemos? ¿Le damos cianuro o lo colocamos en un nido de buitres para que la mamá alimente a sus crías una buena temporada? —ironizó Bruno.

—Lo cocemos a fuego lento; lo malo es que el puchero nos saldría agrio.

—Los auditores llegan la semana próxima.

—Tengo que cenar con ellos.

—Colaborarán, no lo dudes, David.

—Sí, pero hay un problema: cada vez conoce el asunto más gente.

—Déjame aquí, prefiero no ir al tanatorio, me ponen malos esos sitios —pidió Bruno a su socio.

El Audi se apartó de la comitiva y se detuvo junto a una gasolinera. Bruno se despidió con un «nos vemos», al que Alfakhar correspondió con un gruñido.

—Bruno...

—Dime.

—¿Tú sabes qué es una bomba lógica?

—La que tiene sentido común y cae justo donde debe.

—Te veo muy puesto.

—Cuídate.

* * *

Wie recordó no haber hablado en todo el día con Néstor. Le había llamado un par de veces sin que él pudiera contestar en ese momento ni devolverle la

llamada más tarde. Se acercaba la sierra cordobesa, donde los móviles perdían cobertura. Abandonó su vagón y se dirigió al bar.

—Néstor, están pillados ya por los huevos. Tenía razón tu pelirroja. Ha habido un desfaldo en Alfakhar & Asociados.

—¿Podemos establecer conexión con la muerte del socio?

—Aún no, pero quién sabe. Primero tenemos que averiguar por qué han mentido sus socios.

—Mañana es el entierro de Fernando y estará toda la compañía allí.

—Y nosotros también. ¿A qué hora es?

Pidió un refresco al camarero, que resultó ser un taiwanés, español de segunda generación como él. Le contaba el chico, entre risas, sus problemas para encontrar en Puertollano, donde residía, una peluquería capacitada para tratar el grueso pelo oriental, lo que le llevaba a cortárselo casi al cero.

—Sí, si nos peinan como a los nativos estamos para matarnos. Yo o me lo corto mucho o me lo dejo largo. Hubo una época en que me teñía el pelo de morado mientras mis amigos lo hacían de caoba o de azul, no sé por qué nos dio por eso —evocó Wie.

Hacía mucho, reconoció, que no hablaba con gente de su edad y raza fuera de su trabajo. De niño, su núcleo de amigos sí era asiático; luego se mudaron de barrio y empezó a tenerlos solo españoles. Nunca sintió la necesidad de regresar a la antigua barriada. No se trataba de rechazo a los suyos, ni de un exacerbado deseo de integración, sino por simple pereza. Se encontraba más cómodo con sus nuevos compañeros de colegio y de juegos, usando las manos para comer hamburguesas y pizzas más que utilizando palillos, gozando de la libertad que le procuraba el modo de vida occidental en lugar del cerrado de su casa y de las amistades de su madre y tías, reas de la sociedad hermética de los nacidos en China.

—Estamos llegando, debo cerrar el negocio —advirtió el camarero con una sonrisa, sacándolo de su ensimismamiento.

A través de los ventanales del vagón cafetería se echaba la tarde.

XIII

Eran las once en punto de la mañana cuando el coche estufa que transportaba el cuerpo de Fernando se detuvo delante de la capilla del cementerio. Media hora antes, Wie y Néstor observaban desde una esquina de la entrada al camposanto cómo la explanada que servía de vestíbulo se iba llenando de trajes oscuros y mujeres de negro. Ambos se preguntaban si entre tanta cara compungida estaría la del autor intelectual de la muerte del financiero. Néstor, con la duda sin resolver, le preguntó a su compañero.

—¿Cuál es tu sospechoso preferido?

Wie no contestó. Su mirada iba de un lado a otro, fijándose en las actitudes de los reunidos.

—Oye, tío, ¿tú crees en Dios? —inquirió Néstor.

—Si redefinimos el concepto de Dios, sí.

—¿Y cómo lo defines tú?

—La gran fuerza generadora de nuestro mundo, no ese anciano venerable que nos han contado.

—Para ti Dios es el Big Bang, vamos.

—Podría ser. Y el Big Bang no necesita ni oraciones ni ofrendas ni ayunos, ni nada de nada. Solo querría que cuidáramos su obra y ya ves cómo la estamos tratando.

—¿En tu casa piensan todos igual?

—No, qué va. Mi abuelo es hebreo, mi madre budista, tengo un tío islamista y un sobrino que comulga todas las semanas. Somos una especie de ONU de las religiones chinas.

—¿Vamos a dar el pésame, Wie?

—Ya sabes lo que hacer.

* * *

David Alfakhar comprobó con un vistazo que todos los altos cargos de la firma, tal como había ordenado, asistían a las honras fúnebres. También vio a los colaboradores más cercanos, como aquella chica, Berta, su secretaria, que

se secaba las lágrimas y cuya cabellera pelirroja destacaba entre tanto hombre de gris.

—¿No entras, Bruno?

—No, me quedo fuera, ya sabes, no creo mucho en estas cosas.

Tal como había solicitado la familia, solo tuvo lugar un responso y a continuación el féretro de Fernando fue introducido en el interior del crematorio a través de una puerta con doble hoja.

—Hola, David, ¿me presentas a la familia? Quiero expresarle mis condolencias.

—Por supuesto. No sabía si asistirías.

—Fernando fue de las mejores cosas que me pasó en la vida.

—Ven, te presento.

Wie permanecía en los límites donde, en corrillos, la gente hacía algo de tiempo para después marcharse. Había saludado desde lejos a Berta con una sonrisa y ahora se sentía estimulado por la presencia allí de Lidia Salmerón, a la que observó mientras saludaba cariñosamente a David Alfakhar. No le pasó inadvertido el gesto de Bruno, quien, al verla llegar, le tendió la mano, para luego retirarla cuando comprobó que se dirigía directamente a su socio. Silva salió azorado del desdén, pero recuperó pronto la compostura gracias a Berta, quien le dio conversación.

—Esta señora es Lidia Salmerón, ¿no? —preguntó ella.

—Sí, la número uno de la CNMV.

—Sí, eso me pareció, la he visto en la televisión.

—Berta, ¿tú sabías de su amistad con Fernando?

—Ni idea, señor Silva. El señor Argüelles tenía muchas amistades.

—No sabemos nada los unos de los otros hasta que nos morimos y entonces eso importa un carajo.

Bruno le brindó un pañuelo y Berta desistió de buscar el suyo en el bolso. Frente a ella, a unos pasos, Néstor Dueñas había enhebrado conversación con un tipo que al darse la vuelta resultó ser Germán, el jefe de informática. Le hubiera gustado saber de lo que hablaban. Dirigió una mirada hacia él enarcando las cejas, pero no esperó la respuesta. David Alfakhar avanzaba hacia su grupo con Lidia del brazo.

—Una lástima que nos volvamos a ver en circunstancias tan trágicas. Fernando era una gran persona —manifestó.

—Una excelente persona y un gran profesional —contestó Bruno.

—El profesional estaba muy preocupado.

—¿Puedo?

La pregunta surgió a las espaldas de Lidia. Wie se había acercado al grupo como una serpiente pitón a su presa.

—Me marcho ya y no quería hacerlo sin despedirme de ustedes.

—Gracias, inspector. A mi socio Bruno Silva ya lo conoce. Le presento a Lidia Salmerón.

—¡Qué tal, señora Salmerón! Encantado de saludarla de nuevo —dijo Wie.

—¡Ah!, ya se conocían, lo siento.

—Sí, David. El señor López tuvo la amabilidad de visitarme en mi despacho —aclaró Lidia.

—En realidad, a todos los visité por lo mismo, ¿verdad, señor Alfakhar?

—Usted sabrá.

—Menos de lo que me gustaría, no lo dude, mucho menos. En fin, señora, encantado. Adiós a todos.

David se había despedido de Lidia, a la que vio alejarse en compañía de un discreto asistente, cuando vio llegar a Germán. Este le pidió con un gesto alejarse del grupo. David se disculpó y lo siguió.

—Dime.

—Jefe, ¿quién le ha contado a los polis que hay problemas en la compañía? —preguntó Germán.

—¿Por qué? ¿Qué te han dicho?

—El tipo ese, Dueñas, se refirió a la investigación abierta por la muerte del señor Argüelles y su posible relación con algo turbio ocurrido en la firma.

—¿Tú qué le comentaste?

—Me hice el loco. Le pregunté a qué llamaba turbio. Me contestó que a un tema de dinero muy delicado.

—Nosotros no le reconocimos nada cuando nos visitó. No tenemos por qué hacerlo, no tiene relación alguna con lo ocurrido en México.

—Lo sé, jefe. Pero alguien de la compañía puede haber hablado más de la cuenta.

—¿A quién te refieres?

—Se rumorea que Berta Osorio intima con el compañero de Fumanchú.

* * *

No tenía noticias de Bruno desde la mañana en el cementerio y su pensamiento le traía una y otra vez el rostro de Lidia Salmerón con su sonrisa de eterna intrigante. Asaltaba también su mente el gesto chulesco del inspector Wie cuando se despidió del grupo y las palabras de Germán. Y Fernando. Desde que le comunicaron su muerte, la imagen de su socio, como

si fuera un personaje de las pinturas negras de Goya, lo asaltaba recurrentemente, ora feliz y con su risa desbordada, ora extendiendo hacia él la mano en súplica de ayuda, con un rictus de terror en la faz.

—María, necesito a Denise conmigo.

El negocio de María languidecía los fines de semana. No había altos ejecutivos desplazados por negocios a la capital, los clientes habituales permanecían en casa con sus familias y solo parejas ávidas de nuevas experiencias, y solitarios empedernidos, se daban cita allí.

—Tienes suerte, David, a media tarde un político que la tenía solicitada para un viaje llamó para cancelar el acuerdo. Le va a costar un riñón, ya sabes como funciona esto para los no habituales. ¿Quieres la suite? Está libre y no te la cobro, invita la casa.

El jacuzzi presidía la habitación como un trono el salón de recepciones del palacio de un rey africano. Descorchó la botella de champaña, se sirvió, comprobó que el agua estaba a la temperatura correcta y se metió en ella lentamente.

—Hola, David, los hombres de negocios no perdéis el tiempo.

Denise permanecía quieta delante de él, con una pierna adelantada a la otra, como las *misses* cuando posan en la pasarela tras haber desfilado por ella. Se había teñido el pelo de platino y su rostro mantenía la misma blancura de alabastro de la primera vez. Llevaba un vestido de noche negro lo estrictamente ajustado para alimentar la imaginación. Apagó la luz y en la penumbra Alfakhar vio cómo se inclinaba hacia el jacuzzi. Unos focos con luz azulada amanecieron en el fondo, mientras la figura de Denise, de pie sobre el pretil, adquiría tintes de aparición.

—Sabes, soy un *fantôme*, un alma necesitada de un cuerpo con el que fundirse. ¿Me prestas el tuyo, David?

Alfakhar bebió de la copa y fijó la vista en las caderas de la chica, que se movían al ritmo dictado por un bolero. Contempló cómo desmayaban sus tirantas y la tela deslizarse como por un tobogán por la curva de sus pechos hasta abandonarse en el suelo.

—¿Qué te parezco, David?

—Una diosa, Denise.

Tomó la copa de champaña de manos de Alfakhar y, tras llevársela a los labios, dejó resbalar el líquido por su cuerpo. Lo observó fijando la vista en su sexo, acantilado desde el que se despeñaban las gotas. Ella, recostándose en el borde del jacuzzi, lo convirtió en ofrenda.

—¡Dios, eres una mujer bellísima! —confesó antes de poseerla.

Aún recuperando el aliento, David descorchó la segunda botella, llenó las copas y la invitó a sentarse junto a él.

—Sabes, serías una esposa perfecta.

—¡Oh!, no, *mon Dieu*, no aguantaría ni una semana.

—¿Nunca pensaste en ser mujer de un solo hombre?

—De joven acaso, ya no me acuerdo.

—Y de mayor..., ¿qué quieres ser de mayor?

—Putita no, desde luego. Me gustaría ser... *missionnaire*...

—¿Misionera?

—Eso, con los niños.

—¿Te meterás a monja?

—Nooooooooo, ¡*de grâce!*, seré... como decís los españoles... pagana.

—Seglar.

—¿Se... *quoi*?

—En francés es *seculier*, me parece.

—Ah, sí, secular, ¿no?, *laique*.

—Monja pagana, jajajaja, eres una gran mujer, Denise.

—Nunca me gustó la religión, oprime el alma y el cuerpo.

David discrepó para sí. Él siempre la había echado de menos. Había crecido viendo la resignación cristiana de su madre, su catolicismo a prueba de cualquier infortunio, su esperanza en el más allá cuando la vida se despedía de ella. Sí, muchas veces querría haber tenido algo a lo que agarrarse, una duda siquiera a la que poder cargar los lances del destino, pero siempre le vencía la racionalidad, su cartesianismo, su necesidad de creer solo en lo demostrable, en lo que los sentidos le certificaban como cierto.

—En nombre de Dios se hacen muchas barbaridades, *mon cherí*.

—Muchas, Denise.

—Sabes, siempre me sorprendió cómo lucha el ser humano por imponer a su dios. Quienes así actúan no se dan cuenta de su error. Los muestran débiles, incapaces de dar respuestas adecuadas a todos, lejanos a la *omnipotence* que les otorgan.

—¿Te gusta la Teología?

—No, pero ¿sabes?, hubo un tiempo en que me interesaron las religiones y, sobre todo, cómo representan los humanos a su dioses.

—¿Encontraste alguno en el que reconocerte?

—No.

Denise salió del jacuzzi y se enfundó en un albornoz blanco. Tomó una manzana de la cesta de frutas y fue a echarse sobre la cama. Resultaba curiosa

su facilidad para teatralizar las situaciones. A una prostituta se le presupone experta en el arte de fingir, pero Denise lo hacía de una manera muy especial. No gemía como un disco rayado, ni se contorneaba en la cama, ni arqueaba el cuerpo hasta componer un ejercicio circense. Le bastaba con un movimiento de cadera, con una casi imperceptible presión de sus uñas, con un movimiento de cabeza que dejaba grabado el deseo de que recorrieran su cuello, para trasladar a su amante el convencimiento de ser un maestro en el arte de la fornicación.

—Buda, ¿qué te parece?

—*Bon homme*, tranquilo, hace prevalecer la razón sobre la fantasía y el espacio sobre el tiempo.

—¿Y Mahoma?

—Guerrero, conquistador de almas bajo la amenaza del caos.

—¿Jesucristo?

—Bohemio, espiritual, colérico, *misterieux*.

—¿Hablamos de los dioses romanos?

—¡Noooooo! Los romanos tenían dioses *pret à porter* y su paraíso más parecía la taberna donde se reunían unos superhéroes de cómics que el hogar del *misticisme*.

David la observaba sentado en un sillón mientras secaba su piel. Rio al verla sentada como Buda, después crucificada, más tarde con turbante, después inflada como pareja de Baco o tensando el arco cual Diana infalible.

—Y ese dios, Denise, ¿no lo reconocco?

Permanecía de pie en la cama, con los antebrazos a la altura de los hombros, una veces con los brazos y manos hacia arriba y otras hacia abajo.

—Es difícil, David, a ver si lo averiguas. Si lo consigues te haré un pijama de besitos.

—¿Tiene aletas por brazos?

—Frío, frío.

Le gustaba aquella chica. No por su cuerpo dulce y esbelto, ni por su capacidad para encender la pasión de un sexagenario. Ni siquiera por la elegancia de sus gestos. Le gustaba por soñadora, por haber plantado su realidad en medio de una rosaleda de sueños que le impedía contagiarse de la miseria circundante. No era menos prostituta que quienes se ofrecían al peso allá en los polígonos o por una raya de coca en cualquier bar de mala muerte, pero parecía como si no vendiera su carne troceada, en oferta de carnicero de fin de semana, sino como pieza entera y única, solo al alcance de unos elegidos.

—Me rindo, *mademoiselle*.

Denise saltó y su cuerpo rebotó en el colchón con la misma suavidad que lo hubiese hecho una pluma. El albornoz, entreabierto, dejaba ver sus largas piernas, como espigones adentrados en el mar partiendo de una maravillosa costa.

—Me gustan los dioses hindúes.

—¿Eras una diosa hindú hace un momento?

—A veces, cuando hacía alguna trastada, mi padre me reñía y me decía que si me portaba mal hablaría con un dios para castigarme. Y yo le insistía para que lo hiciese. Sus dioses eran *merveilleux*. También los celtas, que se transformaban en árboles, ¿lo sabías?

—A ellos los llamarían ahora dioses ecológicos y serían adorados por los partidos verdes —ironizó David.

—Además, los hindúes eran divertidos y sus castigos tenían eso... cómo es... ¿guasa puede ser?

—Sí, guasa.

Denise se tapó la cara con la almohada y su risa incontrolable llevó también a David a la carcajada. Los vecinos de habitación debían de pensar que en la suite de Chez Marie moraba un semental capaz de satisfacer a su pareja durante horas.

—Mira, David, los dioses más cercanos a nosotros nos amenazan con plagas, con fines del mundo, con degollamientos de infieles, pero los hindúes eran cogotudos...

—Cojonudos.

—Sí, eso.

—¿Y por qué eran cojonudos?

—Porque no mataban ni mandaban a quemar en las hogueras del infierno a quienes incumplían sus preceptos o los traicionaban, sino que los fastidiaban *subtilement*.

—Ajá.

—Sí, como dice un amigo, «con mucho arte, niña».

—¿Qué hacían para fastidiar?

—Pues vamos a ver, David, figúrate: tú eres un ligón y te cuelgas con la mujer del dios y ella pues se hace rogar y tal y cual. No se decide, pero da esperanzas y tú cada vez peor y entonces pues no puedes más y le metes mano y ella va y dice *mon dieu*, qué poca vergüenza y se lo cuenta al dios.

—Me manda un rayo de colores muy naif y desaparezco volatilizado.

—No, no, por eso son diver los dioses hindúes. Por ejemplo, te convertiría primero en pez, luego en tortuga, más tarde en jabalí...

Alfakhar se levantó de un salto del sillón y caminó hacia la cama. Denise lo vio con el rostro demudado y pensó que estaba de broma, que al llegar a ella la tomaría por la cintura y la penetraría con pasión.

—Repíte eso, Denise.

—¿El qué David?

—Eso que has dicho, joder, en lo que me convertiría.

—En pez...

—¿Qué más?

—En *tortue* y en jabalí.

—Ya he oído eso en otra ocasión.

—Es una leyenda, ya te dije.

—¿Cómo se llama ese dios que convierte a la gente en animales?

—Pero ¿qué te pasa, David?

—¡Contesta, coño! ¿Cómo se llama ese dios?

—Vishnú.

—Maldito cabrón, fue él.

—No entiendo qué te pasa, David.

—Pez, tortuga, jabalí... Vishnú, la clave. Te he cogido, bastardo.

—¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca, Denise, no sabes cómo disfruto con la mitología hindú.

XIV

Ana se echó la manta de viaje sobre los pies y colocó a Sandy sobre su regazo. En la pantalla de la televisión un documental sobre Egipto le acercaba al misterio de las pirámides, pero en su mente parecía haberse desatado una tormenta de pensamientos. Por un lado estaba Luis, por otro Berta, más allá su jefe, Bruno Silva, tan extraño en su comportamiento en los últimos días. Trató de concentrarse en las palabras en off de la televisión que explicaban los intrincados laberintos del interior de los mausoleos egipcios, pero una y otra vez sus preocupaciones la asaltaban impidiéndole seguir el relato. Luis no era mal chaval, pero había algo en él, acaso su juventud, su vehemencia, no desagradable, pero sí desasosegante. Tenía una conversación divertida aunque hueca, besaba bien y, con un estremecimiento, recordó que la llevó a la frontera donde es fácil abandonarse. A ella, sin embargo, le gustaban las cosas más románticas, llevadas con medida. Admitió que la otra noche, en el portal, la sed de aventura de su subconsciente la transportó a un barranco por el que se despeñó su pasión, pero una vez desaparecida esta, en la serenidad de su dormitorio, hubiese preferido otra cosa, un hombre mayor, experto en el arte de la seducción, que no necesitara pedirle subir a su apartamento ni expresarle su deseo desbordado, sino que con su actitud la hubiera impelido a darle la mano en silencio, dirigirlo al ascensor, besarla nada más traspasar la puerta del apartamento y gozar de él sin límites.

—Diga.

—Soy Luis.

—Hola.

—Me preguntaba si habías cambiado de opinión para este fin de semana.

—Lo siento, ya te dije que venía familia y debo atenderla.

—En Segovia hay un precioso hotel de piedra y es una ciudad en la que mola pasear por sus calles, recuérdalo.

—Ya, Luis, pero de verdad, no puedo.

—¿Otro finde?

—Ya veremos.

—Bueno, Ana, te llamaré.

—Vale, buenas noches.

Comprendía cómo Berta se había quedado prendada con Néstor. Su amiga, pensó, había encontrado la horma a su zapato, la persona que la atornillaría al suelo. Ella, por el contrario, necesitaba alguien capaz de hacerla volar.

* * *

Al otro lado de la línea telefónica sonaba November Rains y Berta se preguntó desde dónde estaría llamándola David Alfakhar. Se había sobresaltado cuando oyó su voz, por inesperada.

—¿Berta?

—Sí...

—David Alfakhar.

Lo había saludado por la mañana y fue cariñoso. Lamentaba que la hubiese visto así, con los ojos levemente hinchados y notables ojeras, pero se alegró de ser confortada por él. Se le escapaba el motivo de su llamada.

—Verás, Berta. La muerte de Fernando ha sido un durísimo golpe para la empresa. Era una persona muy importante en ella y su ausencia es absolutamente insustituible. Nada será lo mismo sin él.

—¿Me va a despedir, señor Alfakhar?

La voz quebrada de Berta preguntando por su futuro estremeció a Alfakhar.

—No, no, Berta... siento haber dado la impresión de... no por Dios, no la he llamado a usted para despedirla... ni mucho menos... por favor... tranquilícese.

—Gracias, señor.

—Usted sale con el inspector Dueñas, ¿no?

Entre las muchas variantes que estaba sopesando del porqué la había llamado el gran jefe, a Berta no se le había ocurrido la relación con el policía.

—Sí, hemos salido juntos un par de veces, señor, pero no sé qué tiene que ver...

—Mire, Berta, el señor Dueñas, como sabe, está investigando la muerte de Fernando. Hace muy bien su trabajo, pero hay cosas de empresa en absoluto relacionadas con el caso que comprometerían gravemente a la firma si una persona ajena a la compañía tuviese conocimiento de ellas.

—Comprendo.

—No voy a decir que no sea una casualidad. Se habrá sentido atraído por usted debido a sus cualidades humanas, sé que son muchas, pero llama la atención, en fin, que inicie una relación con usted cuando empieza a investigar la muerte de su jefe inmediato.

—¿Insinúa que el inspector me está utilizando para obtener información?

—No, por favor, Berta, simplemente expongo mis preocupaciones. No sé, ni me interesa, el grado de intimidad que hayan alcanzado sus relaciones. Entiéndame: para la compañía representaría un gravísimo problema que rumores o datos sin contrastar llegaran a oídos de la Policía.

—Mire, señor Alfakhar, el señor Dueñas es un amigo y esa relación no le importa a nadie.

—Por supuesto, pero...

—Me duele su desconfianza de mí, no soy una confidente. Siempre le he sido leal a la compañía.

—No lo dudo y espero de veras que continúe así, Berta.

—Señor...

—Dígame...

—Quiero ver en la cárcel a quien mató a don Fernando.

—Yo también, Berta, yo también.

—Si tuviera alguna constancia de que alguien de la compañía, usted mismo, se encontrara implicado en su muerte se lo comunicaría inmediatamente a la Policía.

—Tampoco yo ocultaría tal cosa. Pero no hay indicio alguno de ello, ¿o sí?

—No, no hay indicios. Pero se habla en la oficina de que se desconfió del señor Argüelles por un asunto grave...

—Nadie desconfió de Fernando.

—No lo critico, señor, estaba de vacaciones y sin dar señales de vida, más que ponerlo en el punto de mira se puso él mismo.

—¿Qué se rumorea exactamente?

—Ha desaparecido dinero; no se sabe cuánto ni quién lo ha hecho, pero sí que ha volado.

—¿Lo sabe ya el inspector?

—Por lo hablado con él, es una de las posibilidades que manejan, pero de mis labios nunca salió nada relacionado con este tema.

—Le ruego sellarlos.

—¿Está usted convencido de que no hay relación alguna entre una cosa y la otra?

—Sí, absolutamente convencido. Gracias por atenderme, debo marcharme.

Alargó la mano, subió el volumen de la radio del coche y se dejó secuestrar por Guns N' Roses: «Everybody needs somebody / you're not the only one, you're...». Berta no tuvo tiempo de responderle que «de nada».

* * *

Yao presionó el mando a distancia del coche, cuyas luces parpadearon, y se recostó en la pared junto a la puerta del hotel. Encendió un cigarrillo. De vez en cuando sacaba el teléfono móvil, miraba la pantalla y lo volvía a introducir en el bolsillo de su pantalón. Wie, en la acera de enfrente, buscó con la mirada la presencia de algún acompañante pero no observó nada anormal. Aprovechó el paso de una furgoneta calle abajo para cruzarla sin ser visto. Cuando Yao vino a darse cuenta lo tenía frente a él y, aunque la sorpresa le hizo amagar la huida, recompuso la figura y adoptó una actitud chulesca.

—Saca la mano del bolsillo —le conminó Wie.

—Tranquilo, amigo, solo tengo la llave del coche.

La salida de unos turistas por la puerta giratoria dejó un espacio por el que el cuerpo de Yao entró como una exhalación. Wie había empujado la hoja hacia el interior y luego bloqueado la puerta, pulsando el botón rojo de seguridad. La cara de Yao permanecía estampada contra el cristal. Si la presión que ejercía Wie ya era suficiente para distorsionarla, sus gestos adquirieron tintes grotescos cada vez que el puño del policía percutía en sus riñones con la precisión y constancia de un martillo pilón. Aunque todo el mundo lo creía experto en artes marciales simplemente mirando su rostro, como a todos los orientales, Wie, salvo un año haciendo judo, nunca había practicado disciplina alguna. De niño, como casi todos los chicos de su generación, se había pasado los recreos jugando al fútbol y alguna vez, cuando los mayores los empujaban fuera del campo, al baloncesto. Los golpes que ahora daba a Yao los había aprendido, ya de estudiante de Criminología, en el gimnasio del barrio, regentado por un antiguo boxeador. Él le enseñó dónde golpear duro con los puños para causar el mayor dolor posible y paralizar al rival. Con Yao había usado todo el muestrario.

Wie se aseguró de que aquel tipo mearía sangre una larga temporada antes de embridarle la melena y echarle la cabeza hacia atrás.

—No vuelvas a acercarte al bazar.

El cuerpo de Yao resbaló por el cristal y Wie le dio una patada. Ante él, en el hall, Cheng permanecía quieto, con el brazo aún en el pecho de Ventura y un rictus de extrañeza en la cara. Wie ladeó la cabeza para mirar a Yao y luego devolverle la mirada a Cheng.

—¿Quién es? —preguntó Ventura, mientras veía desaparecer al policía por la estrecha abertura de la puerta giratoria.

—Alguien con una cuenta pendiente con Yao y con el que conviene llevarse bien, al menos por ahora. Sácalo de ahí y volvamos al casino.

* * *

Alfakhar hizo sonar tres veces el timbre de la puerta hasta convencerse de que, tal como le había adelantado el vigilante de seguridad en el acceso a la urbanización, Bruno Silva no había regresado a casa. Desde la noche del viernes hasta esa misma mañana del domingo había estado con Denise, madurando los pasos a seguir. La casualidad había querido que los dioses hindúes le hicieran partícipe de la verdad y ahora preparaba con esmero la ofrenda a la que se habían hecho acreedores. Si quienes tenían la facultad de decidir sobre el Bien y el Mal podían transformarte en un animal, él estaba dispuesto a convertir al autor del desfalco en despojos con el que ellos pudieran alimentar a todas sus víctimas.

Se dirigió a su coche no sin antes rodear la casa, buscando algún vestigio de presencia en ella, y ya en él marcó el número de Silva. También hubo de repetir tres veces la llamada. A punto de colgar en la última, surgió una voz.

—¿Sí?

—¿Está Bruno por ahí?

—Duerme.

—Despiértelo.

—¿Quién eres?

—Despiértelo.

Alfakhar oyó cómo la chica llamaba a Bruno, y a este, rezongar.

—¿Quién coño es?

—Soy David.

—¿Se ha muerto alguien más?

—No esperes que me ría.

—¿Qué pasa?

—Tengo que hablar contigo, te espero a las doce en el club.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿No puedes esperar a mañana, joder?

—A las doce, Bruno.

Los domingos por la mañana el club era un hervidero de gente. Los niños correteaban de acá para allá, serpenteando entre los mayores, y llenando de gritos los espacios comunes. David aparcó en su sitio reservado y dio un pequeño rodeo para acceder a la zona exclusiva de adultos sin tener que sortear a las fieras. Lorenzo, el metre, le había preparado un pequeño reservado desde el que se veía el green del hoyo 9, un par cuatro que él nunca había conseguido hacer, sin trampas, en menos de seis golpes. «Debo practicar más», se recordó.

Pidió un café y unas pastas. Los acontecimientos de los últimos días habían reactivado su úlcera y la acidez subía y bajaba de su garganta como lija de carpintero.

—¡Un reservado y todo, David! ¿Te divorcias y no quieres alertar a tu mujer?

—Siéntate, Bruno.

—Lorenzo, yo tomaré café y un brandy, por favor. Los domingos es inaguantable el club, David.

—Sí, los papás abren aquí las jaulas. Lo podían hacer en sus casas, pero las destrozarían esas pequeñas bestias.

—Ahora sé por qué no tuviste hijos.

—No sabes nada.

—Los niños no te gustan.

—No me gustan las bestias, los niños, sí. Si no tuve hijos fue porque no pude tenerlos.

—Ya, Marisa.

—No, Marisa no, yo.

Bruno trataba de descifrar en el rostro de David el motivo del encuentro, pero en su semblante no encontraba otros rasgos que el de un ser agotado física y anímicamente.

—Tú dirás.

—Sabes, Bruno, me gustaría tener la facultad de convertir a determinadas personas en otra cosa, de tal forma que su alma verdadera tuviera reflejo en su cuerpo y todo el mundo pudiera verlos tal como son en realidad.

—Te gustaría ser omnipotente, vaya. Un poco infantil el deseo. Resulta divertido imaginarlo, eso sí.

—Me considero un hombre justo, Bruno, no actuaría sin estar seguro, completamente seguro, de que la otra persona se merecería tal reencarnación.

—También en Estados Unidos están convencidos de ello cuando mandan a la gente a la cámara de gas y se han cargado a muchos inocentes. Pero, bueno, como hipótesis te la puedo admitir.

—A ti, por ejemplo, te convertiría en pez.

—¿Con abundantes agallas?

—Y después en tortuga, Bruno.

—A ver si adivino, después en jabalí.

—Exacto. Tú me lo contaste un día, recuerdas, un dios que para vengarse de quien le había hecho una afrenta hizo pasar al culpable por varias especies animales.

—Sí, recuerdo. Mi madre me contaba ese cuento.

—Una leyenda hindú.

—¿Ah, sí? No lo sabía. Mi madre confundía a Caperucita con Cenicienta; lo mismo le pudo pasar con los hindúes y los indios quechuas.

—¿Sabes cómo se llamaba el dios?

—Ni idea.

—Puedes hacer memoria.

—¿A dónde quieres llegar con tanta adivinanza?

—A Vishnú.

—¿Y ese quién es?

—Venga, Bruno, es inútil que finjas.

—Espera, espera, ¿de qué estamos hablando?

—Del autor del desfalco.

—¿Me acusas a mí?

—Sí.

—¿Por un pez, una tortuga y un jabalí? Vamos, David...

—Registré ayer tarde tu despacho. Tenías como Fernando o yo mismo una copia del informe que nos suministró la empresa informática montadora del sistema. En el prólogo, el jefe de seguridad hizo una broma y tú subrayaste tres palabras: *fish*, *turtle* y *boar*. Solo tuviste que buscar en internet qué denominador común tenían y, *voilà*, te salió Vishnú. Probaste la clave y te abrió todas las puertas. Te lo puse a huevo yo; por dos veces me pidieron que la cambiara y no lo hice. A partir de ahí, todo fue pan comido para ti. No será difícil reunir las pruebas y menos teniendo aquí a los americanos.

—Deliras.

—Tienes suerte de que pienso más en la empresa, por mí te mandaría ahora mismo al infierno. Una semana tienes, solo siete días, para reintegrar el dinero y marcharte de la firma; puedes argumentar motivos personales. Si no lo haces, te pongo en el Juzgado.

—No vas a hacer nada, vete a la mierda.

Arrancó el Porsche como si hubiesen dado la salida a una carrera y se perdió como una exhalación por la carretera de acceso al club. Había llegado al final del camino, pero no estaba dispuesto a quedar orillado en él. No volvería a ser rastrojo de cuneta ni estaba dispuesto a pasarse una temporada remedando a Burt Lancaster en Alcatraz. «Todo o nada», se dijo golpeando repetidamente con furia el volante, «todo o nada», como la pasada noche en el casino cuando invitó a la propiedad a aceptar su apuesta: doscientos mil euros, lo que había ganado en una madrugada acunada por la fortuna, a negro.

XV

Ana intercaló en el texto las anotaciones realizadas a mano por Bruno. Una vez revisó línea por línea el documento, lo imprimió y lo introdujo en un sobre blanco con membrete de la empresa. Quedaba a la espera de que su jefe le dijera si prefería usar ese o, por el contrario, darle un toque personal al envío a la Universidad de Deusto. Habían incumplido los plazos y las llamadas de la secretaría universitaria urgiéndole el envío se producían a diario. Si hubiese sido por ella estaría remitido hacía tiempo, pero Bruno siempre tenía algo que añadir o que quitar, cuando no la animaba a matizar o adjetivar cualquier detalle.

Los acontecimientos vividos por la oficina en los últimos días hicieron que no le diera importancia a la tardanza de Bruno en llegar, pero a la segunda llamada de Irene, la secretaria de Alfakhar, preguntándole por su jefe, comenzó a preocuparse. Los lunes estaba en su despacho desde muy temprano y si se retrasaba por cualquier motivo siempre llamaba.

—Estará con la resaca —vaticinó Berta cuando compartió con ella su extrañeza.

—No suele ser un impedimento para él. No sé si llamarle.

—Ya te dijo un día que no lo hicieras, ¿no? Pues, tú, las manitas en el chocho y a esperar. No está la cosa aquí para tomar iniciativas y cabrear a los jefes.

—Andan susceptibles, sí.

—No sé si contártelo.

—Venga tía, que nos conocemos. Si lo dices es porque estás deseando hacerlo.

—Me llamó el número uno.

—¿Alfakhar?

—El mismo.

—¿Para qué?

—Para asegurarse de que yo esté calladita con Néstor.

—¡No me digas...!

—Le contesté que mi vida privada no le interesa a nadie.

—¿Y...?

—Pues me besó el culo.

—¿Se lo has dicho a Néstor?

—¿Debo?

—Bufff, cualquier decisión que se tome, tal como están las cosas, parece como si estuvieras traicionando a alguien —reconoció Ana.

—Él está convencido de que no hay relación entre el mangoneo en la empresa y la muerte de Fernando —aseguró Berta.

—¿Quién?

—El One.

—¡Pero eso es admitirte que han metido la mano!

—Y tanto. No lo hizo claramente, pero se deducía de sus palabras. Ha habido trinquete. Es más...

—¿Qué?

—Había mucha serenidad en su voz. Apostaría a que sabe quién se llevó el dinero.

—¡¡No me jodas!!

—Eso necesitas, joder, se te va a oxidar eso.

Ana le tiró lo primero a mano y Berta, muerta de risa, cogió al vuelo el típex antes de que cayera al suelo.

—Me lo llevo, tía, aquí queda mucho por corregir —y se fue.

* * *

—Mejor no aparezca por allí un tiempo, señor Silva. Andan muy cabreados. Esa apuesta perdida del otro día les ha dolido. Han echado al *croupier*... Bueno..., le dimos una paliza por no haber usado la bolita adecuada, y si Cheng sigue ahí es porque tiene muy buenas agarraderas con sus amigos los jueces y no se atreven a lapidarlo. Pero yo, de usted, me cuidaría, que por menos hemos dejado a alguno entre cartones en un callejón.

Ventura dejó de echarle pan a los patos del estanque y siguió a Bruno hasta uno de los bancos de la zona con más sombra y alejada de los grupos de turistas.

—Necesito otro trabajo, Ventura.

Eso fue lo único que le comentó por teléfono al gigante.

—Usted dirá, señor Silva.

Ventura se había sentado en la otra punta del banco de hierro forjado y a diferencia de Bruno, que había posado la chaqueta sobre sus piernas, él

permaneció con ella puesta. No tenía frío. Tampoco le hacía sudar, no al menos como empezó a hacerlo cuando oyó el motivo de la cita.

—Necesito eliminar a alguien.

Sospechaba un nuevo encargo por parte de Bruno y, dado lo bien que le fue citando a Sebas con Cheng, intuyó que su interlocutor quería repetir en la figura de otro tipo: un accionista despechado, un colega incómodo, acaso algún inspector de Hacienda curioso... Pero Bruno no había dicho asustar ni acojonar ni darle un escarmiento a quien fuera, sino eliminar. Pensó, no sin llamarse estúpido a sí mismo, en si bromear contestándole que, como los ordenadores, debía preguntarle si estaba «seguro de eliminar ese archivo». Mas desistió y se impuso encontrar unas palabras razonables.

—Ya —dijo rendido.

—Corre prisa, mucha —añadió Bruno.

—Entiendo.

—¿Sebas? —preguntó Bruno. Se quitó las gafas de sol y miró a Ventura, quien permanecía con los ojos fijos en la tierra. Unas hormigas trasegaban migas de pan y trocitos de arvejones.

—Depende.

* * *

El desharrapado técnico norteamericano anunció con una exclamación ininteligible la cercanía del éxito, alejó las manos del teclado y las cruzó tras la cabeza. Su compañero y Germán se acercaron y, sobre el fondo negro de la pantalla las combinaciones de cifras y letras resaltadas en blanco, les hizo comprender que el momento ansiado había llegado. La bomba lógica llamada a borrar todos los datos del sistema exponía allí sus complicados circuitos. También dejaba al desnudo el cable virtual a cortar para convertirla en un juguete para bebés. James bromeó con Matthew sobre la posibilidad de que a alguien se le cayera un bolígrafo sobre el «enter» y todo, absolutamente todo, se fundiera en negro en los ordenadores de la compañía. Germán se sacó el suyo del bolsillo de la camisa y lo dejó sobre la mesa.

—Se lo voy a comunicar al jefe. ¿La podemos eliminar ya?

Matthew se sentó ante el ordenador y no tardó en desactivar lo que desde la llegada a Alfakhar & Asociados era una amenaza de caos.

—Dime, Salas —contestó David a través del auricular.

—Los artificieros han desactivado la bomba. El sistema está por completo fuera de peligro. Solo nos queda continuar las pesquisas para dar con quien lo hizo.

—Dale las gracias a los yanquis y diles que su trabajo ha terminado.

—Pero aún no hemos...

—Es una orden. Pueden volver a sus casas.

* * *

El camarero vertió el Pedro Ximénez sobre las enormes bolas de helado de vainilla y Berta observó a Néstor Dueñas pasarse la lengua por las comisuras de los labios. Le hubiese encantado compartir con él un postre tan apetitoso, pero la amenaza del sermón con que le obsequiaría después la báscula le hizo desistir.

—Así están las cosas.

Berta asintió. Ella lo había escuchado sin interrumpirlo y también interpretado sus silencios. Néstor le había contado lo accesorio, aquello ya sin validez en su investigación. Algo habitual, pensó, en sus citas. ¡Qué tonta había sido!

—Hoy te vi hablando con Germán, ¿qué te contó?

—Fui yo el que hablé. Él solo contestaba a través del color de sus mejillas.

—Sí, se sonroja con facilidad. Y no es tampoco en quien yo confiaría para guardar un secreto.

—¿Por qué lo dices? —preguntó el policía.

—Creo que fue quien alertó a David Alfakhar de nuestra relación. Los vi en el entierro haciendo un aparte y hoy me ha llamado el jefe para pedirme discreción.

—Cuenta.

—¿Estoy detenida?

—Venga, Berta, no digas tonterías.

—¿Sabes?, a veces me pregunto si no sales conmigo para tener un informante en las entrañas de la compañía.

—Eso es muy injusto.

—Tú a mí no me cuentas todo.

—Sí, joder. Compréndelo, los policías no podemos ir desvelando a nuestras parejas asuntos relacionados con las investigaciones.

—Pero sí podéis sonsacarlas cuando os interesa, ¿no?

—Aquí ha dado la casualidad de que el objeto de la investigación era también tu jefe, solo eso.

—Te ha venido bien esa casualidad.

—Lo suficiente para obviar algún detalle significativo. Por ejemplo, la única persona que llamaba insistentemente a Fernando a México eras tú desde tu

teléfono particular. Tu número aparece subrayado en el informe enviado por el inspector mexicano.

—Solo quería ponerle sobre aviso de las habladurías de aquí. Nunca descolgó el teléfono.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Se me olvidó.

—Y una mierda.

—¡No me hables así! Bueno..., no me hables de ninguna forma — argumentó, furiosa, mientras metía cosas en su bolso y echaba para atrás la silla.

—¡Joder, no te pongas así! ¡Ni que te hubieras follado a tu jefe y lo quisieses ocultar!

—Pues sí. Me lo follé un par de veces y me lo pasé mejor que contigo.

—Berta...

—Y con Germán y hasta con un chico de mantenimiento, eso solo en la oficina. ¡Ea! ¿No querías saber? Pues ya lo sabes todo.

Le hubiera gustado tener una puerta para cerrarla con estrépito. Hubo de contentarse con golpear la bandeja de la camarera, que se estrelló con gran estruendo contra el suelo.

—Te pide perdón ese capullo, tía.

* * *

—¿De qué depende, joder, Ventura? ¡No te andes por las ramas! —exclamó Silva.

Ventura reptó por el banco, puso el brazo derecho sobre su espaldar y la mano en la nuca y se aseguró de que el aliento de su boca le llegara a Bruno tan intenso como sus palabras.

—Depende de quién vaya a ser el fiambre, si un yonqui al que se pueda ensartar a la salida de un puticlub o un ricachón emparedado entre guardaespaldas.

—Quiero un trabajo fino.

—Entonces nos olvidamos de Sebas, lo suyo no es la etiqueta.

—¿Me puedes ayudar o no?

—Puedo, pero le va a costar muy caro.

—No hay problema con eso.

—Pago en metálico por adelantado y con riesgo de perderlo.

—Lo tendrás. La persona a...

—No, no, señor Silva, yo no quiero saber nada. Déjeme preguntar. Mientras, ponga en un papel los datos de quien pasará a mejor vida para que nuestro amigo enfoque bien el objetivo.

—¿Te lo doy a ti?

—No, le llamaré y le diré dónde dejarlo, junto al dinero. En billetes pequeños y sin numeración correlativa.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

—Un par.

—¿Y?

—El cliente siempre quedó satisfecho. No sé quién lo hace ni quiero saberlo, pero no me gustaría que alguien le encargara ocuparse de mí al muy cabrón.

—¿Mi nombre, Ventura?

—Nadie lo necesita.

—¿Cuándo me llamarás?

Ventura no contestó. Se levantó, se dirigió al estanque, echó el pan restante en la bolsa, depositó esta en una papelería y se alejó sin mirar atrás. El móvil de Bruno emitió un sonido y este, tras desbloquearlo, leyó el mensaje.

—Muy pronto.

* * *

Joaquín Andrades abandonó el despacho del juez y en el trayecto hasta la salida del Juzgado se preguntó cuántas veces había contado la misma historia, con nombres de víctimas y verdugos distintos, desde que le dieron la charola. Menos, seguro, que las escuchadas por los jueces, quienes en muchas ocasiones interrumpían la declaración para hacer un pormenorizado resumen de lo que pretendían relatarles después. Rara vez se equivocaban.

A Fernando Argüelles lo había fichado en el hotel de la Bonita un camarero, que tenía al tanto a su pandilla de Cancún del alto nivel de gastos del ejecutivo, de su gusto por las mujeres hermosas y de sus escapadas lejos de la instalación hotelera. A él le confió Fernando su encuentro con una amiga en la capital al día siguiente. Chapo Silvestre y sus colegas siguieron el taxi, asistieron desde lejos a su encuentro con Lidia Salmerón, vieron luego cómo bajaba por la avenida «... y un carro oscuro con tres ocupantes de civiles se detuvo ante él. Dos de ellos, con charolas y cuernos de chivo, se le acercaron, pidieron la documentación y le obligaron a entrar en el coche. Pararon luego tres veces, todas para sacar lana de los cajeros, y luego, insatisfechos por el botín, lo tiraron al piso trasero del coche. Tomaron rumbo a un parque-bosque

cercano y metieron el carro por un camino de tierra. Allí le hicieron un simulacro de ejecución para atemorizarlo y luego se dirigieron de nuevo a la ciudad. Le habían tapado los ojos y cuando le quitaron la venda observó que estaba en un cuarto de 3×3, el que registramos, y en el que había un catre, un lavabo, una silla, una cubeta, un tanque de gas licuado, una toalla mojada, un mecate, un cable eléctrico, una mesa pequeña sobre la que dejaban todo lo que llevaba encima. No solo había objetos, sino también, sentado en la esquina, uno de los *güeyes* del carro. Parecía pedo, con una naranja en una mano y una fusca en la otra. Era el Chapo Silvestre, 1,70 de alto, ancho y panzón. Pelirrojo con frente amplia y patillas a media cara, cejas pobladas y anchas y boca pequeña, usaba sombrero de paja tipo ranchero y lentes de sol color ámbar tipo Ray-ban aviador. Calzaba también un revólver Smithweson calibre 45 con el que le había acariciado la coronilla todo el viaje. Hasta la madrugada se dedicó a poner la fusca en su cabeza y hacerle la ruleta rusa para obligarlo a soltar más plata. Fernando le había prometido compensarlo generosamente de soltarlo, pero entre el alcohol, el temor a ser reconocido o a que le guardase una emboscada, empezó a golpearlo, él primero, luego los otros también, hasta creerlo muerto. Lo llevaron a una zanja y lo aventaron».

—Como a treinta y siete en lo que llevamos de año —añadió su señoría, a modo de corolario.

XVI

Iban para cuarenta y ocho horas que Ana no sabía nada de Bruno. Ni ella, ni a tenor de las llamadas de la secretaria de Alfakhar, nadie en la firma. Había estado tentada de contactarlo unas cuantas veces y si no lo había hecho no fue por recordar las palabras de Berta, sino por encontrar una excusa para hacerlo más allá de su preocupación por su salud o estado de ánimo. Cuando viajaba había veces que no hablaba con él en días, por lo que cuarenta y ocho horas tampoco era un plazo preocupante, pero los rumores en la empresa, la insistencia de Alfakhar en saber de él, el mal humor destilado por su jefe recientemente y, ahora, el silencio más absoluto, la desazonaban. Descolgó y colgó, volvió a hacerlo una vez más, y a la cuarta, solo a la cuarta, sintiéndose el pulso en la yema de los dedos al marcar, llamó a Bruno.

Desesperaba de oír su voz, cuando contestó. Lo hizo con el tono firme que solía.

—Dime.

—¡Oh, gracias a Dios, señor Silva...! ¿Está usted bien?

—Estoy bien.

—Ya, es que como...

—Estoy bien.

—El señor Alfakhar ha preguntado varias veces por usted. ¿Debo transmitirle algo?

—Nada.

—Entiendo.

—Mañana me pasaré a última hora por la oficina.

—Aquí estaré.

—No hace falta, vete antes. Pero hazme un favor, no le adviertas a nadie de ello.

—Descuide.

* * *

Había regresado de tomar un refresco de la máquina expendedora cuando Ana observó a medio encajar la puerta del despacho de Bruno. Hacía media hora larga que todo el mundo se había ido de la oficina. Berta había pasado a recogerla. Ella, con la excusa de rematar unos asuntos urgentes, permaneció allí. Si Bruno aparecía, lo mismo la necesitaba. Y ese momento había llegado.

—¿Sí...? —contestaron desde el interior del despacho.

—¿Me permite?

—Adelante.

Ana abrió la puerta y asomó la cabeza. Bruno, sudoroso, con la camisa remangada, permanecía con la vista puesta en la pantalla del ordenador y sus manos en el teclado.

—¿Necesita algo, señor?

—Un café.

—Lo traigo —respondió solícita Ana.

—Negro y doble —añadió él antes de que ella alcanzara la puerta.

Bruno aprovechó la marcha de su secretaria para dispensarse cocaína. Un intenso picor le recorrió la nariz. Había alargado las rayas hasta el punto justo en que se sabía con capacidad para inspirarlas de golpe, un juego que le llevó tiempo atrás a adelgazarlas y extenderlas cada vez un poco más, poniendo a prueba el volumen de sus pulmones. Era de muy buena calidad la última partida. Estaba acostumbrado a realizar informes en la oficina, pero ahora se le pedía no un compendio de palabras técnicas o de recomendaciones bursátiles sino oficiar de perro lazarillo para dirigir a otra persona al encuentro con un tercero. Reunió la gavilla de notas desperdigadas por la mesa del ordenador y trató de ordenarlas. Cuando comenzó a escribir, los efectos de la coca recién esnifada se hicieron sentir, y la euforia que le produjo le hizo escribir rápido, sin descanso. Ojalá, pensó, esa lucidez tan plena le hubiera llegado meses atrás, en la época en la que empezó a meterse en problemas. Luego borró parte de lo escrito, como el escultor repasa los pequeños defectos de su obra.

Cuando volvió a llamar a la puerta, la voz de Silva le llegó más lejana. Estaba en el aseo y lo observó mientras se secaba el torso de manera vigorosa. Ana dejó el café sobre la mesa.

—Su café, señor.

—Tráeme lo pendiente de firma, lo mismo no vuelvo esta semana.

Ana comprobó no tener correspondencia urgente por responder, ni documentación pendiente de rúbrica. Así se lo hizo saber, al tiempo que colocaba el sobre con el currículum de su jefe en el tapete.

—Hice las precisiones que me ordenó. Le he dejado también una copia del remitido a Deusto por el señor Alfakhar.

Bruno salió del aseo desabotonando una camisa azul y forzando una sonrisa. Había pasado ya un brazo por una manga cuando tomó el vaso de café y bebió de su contenido sin mirar a Ana, incómoda a su lado. Al poner de nuevo el vaso sobre la mesa, este se volcó, derramando su contenido. Ana salió disparada hacia fuera, en busca de una bayeta que impidiera al líquido llegar al borde de la mesa y caer en cascada al suelo.

—¡Mierda...! —oyó exclamarlo desde el dintel.

Mientras Bruno permanecía de nuevo dentro del aseo, Ana absorbió el café y secó la mesa. El sobre con el currículum se había manchado, por lo que extrajo los folios y los introdujo en uno limpio. Lo colocó sobre otros papeles para evitar que se mojara de nuevo con algún resto de café. Igual hizo con un par de sobres más.

—¿Le traigo otro café? —preguntó Ana.

—No, déjalo. Márchate ya. Si necesito algo, mañana te llamo.

—Bien, señor. ¿Mando el currículum?

Sonó el teléfono y Bruno se abalanzó sobre él. Al oír la voz de Ventura puso la mano en el micrófono e invitó a Ana a salir del despacho.

—Dime.

Bruno garabateó algo en un post-it que guardó en el bolsillo trasero de su pantalón y alargó el brazo hacia el espaldar de su sillón para rescatar la chaqueta, allí colgada.

—Voy para allá.

Ana vio a su jefe salir del despacho como una exhalación. Dejó sobre su mesa el sobre con el currículum y a punto de perderse de vista, se volvió y alzando la mano en la que portaba una mochila, gritó:

—Envíasele a esos pollos de Deusto, Ana. Buen trabajo.

* * *

Ventura no había gastado una palabra más de las necesarias para señalarle dónde debía dejar la mochila con el dinero y los datos de la persona a eliminar. Al principio, estimulado por la coca, había elaborado una larga lista de las rutinas de David Alfakhar. Dónde desayunaba, a qué restaurantes solía acudir al mediodía, dónde paraba para cenar de forma frugal o con gin-tonic de postre, el chalet de la *madame* donde reposaba algunos martes y todos los viernes, sus horarios de oficina, los desplazamientos a su domicilio muy de noche, las partidas de golf las mañanas de sábado o domingo. Luego le

pareció aquello demasiado prolijo y decidió aligerarlo para, al final, anotar el nombre, unos pocos lugares, con los días y las horas en que era fácil localizarlo, y una foto de frente, fotocopiada de las que figuraban enmarcadas en los tres despachos de los socios posando con gente importante. Sonrió, mientras recortaba la foto de David, solo de pensar en la cara que pondría el receptor si al abrir el sobre viera la imagen de Su Majestad el Rey, tomada en el treinta aniversario de la firma.

Sería la única vez que la sonrisa aflorara a su cara esa noche. Había tomado un taxi a la salida de la oficina que lo condujo hasta el paseo Marqués del Contadero, justo a los pies de la Torre del Oro. Ventura le había aconsejado bajar hasta los embarcaderos de los buques turísticos y dirigirse caminando hacia el puente trianero. Las luces de los restaurantes asentados en la orilla de la calle Betis rielaban en el agua calma y al fondo, con la majestuosidad que le negaban los nativos, se alzaba la Torre Sevilla, convertida a aquellas horas en un Tetris, con sus ventanas iluminándose o apagándose en sus 37 plantas. Las risas procedentes de un barco le recordaron que aquel no era un paseo romántico por la ribera del Guadalquivir. A él, se dijo, no había que recordarle nada en ese sentido. Nunca se dejó influir por el sentimentalismo. Y sin embargo aquella noche, mientras andaba por el muelle, mirando de vez en cuando para atrás, como si media Sevilla conociera su secreto y temiera verse sorprendido, se prometió hacer algún día el mismo camino de la mano de una mujer, deteniéndose para besarla, convirtiendo cualquiera de los puentes en el Queensboro de Woody Allen en «Manhattan».

El monumento a la Tolerancia se le mostró casi de improviso en su horizonte. No es que no se viera, admitió, es que deseaba no habérselo encontrado. Si por él fuera, se mintió a sí mismo, hubiera seguido caminando hasta volver a la Torre, subiría hasta la planta 34, abriría su despacho y arrojaría la mochila al fondo del armario. Las últimas palabras de Ventura —«a la hora acordada, nada más pasar la cosa esa de la Intolerancia, la papelería de la derecha. Deje allí el dinero y los datos del fiambre y siga sin volver la cabeza»— no necesitaban de mayor precisión. Miró una vez más para atrás, se aseguró de que una pareja sentada en el muelle con las piernas al aire seguiría besándose un buen rato, y dejó caer la mochila en la papelería, extrañamente limpia.

Le había dicho Ventura, sí, que no volviese la cabeza, como si lo abandonado en la oscuridad de la noche no contuviese su futuro. Un ciclista surgió de las sombras y lo rozó a su paso. Lo esquivó y soltó una interjección, pero al momento algo en su interior le hizo girarse y observó como, sin

detenerse, el tipo alargaba el brazo, cogía la mochila, se erguía en la bicicleta y, sin dejar de pedalear, se la colocaba a la espalda. Una peineta con su mano izquierda, a la que la lengua de luz de una farola puso foco, fue lo último en ver de él.

Apenas tuvo que andar unos metros para, desviándose a su derecha, subir las escaleras que lo dejarían de nuevo a ras de la calzada. Le quedaban aún una decena de escalones cuando su móvil vibró anunciándole la llegada de un SMS.

—Ok —era el lacónico mensaje enviado por Ventura.

La descarga de la tensión le abrió el apetito y decidió aplacarlo a pie de río, en la Lonja del Barranco. La pelirroja que le sirvió las ostras y le sugirió un Krugger en lugar del Mumm acertó en la elección: el champagne que ya de madrugada se convirtió en laguna en su vientre liso le supo delicioso.

* * *

Sentado ante una mesa de pino, con un flexo derramando luz blanca sobre el escritorio, el tipo abrió la mochila e, invirtiéndola, volcó su contenido. Apiló los billetes en una esquina de la mesa, sin contarlos, y eligió una pequeña navaja para abrir el sobre. Desplazó la hoja con parsimonia, tomándose su tiempo. El sonido del papel al desgarrarse le sonó como un solo de guitarra. Sacó los folios y la fotografía que los acompañaba y los acomodó ante él, los papeles en el centro de la mesa, la imagen de pie, apoyada en la pared. Si el cliente lo conociese un poco, se dijo, se habría ahorrado tantos datos. Ni siquiera usó el rotulador magenta con el que solía subrayar los detalles importantes. Le sobraba todo más allá de la filiación de su objetivo. Apartó los papeles y fijó la vista en la fotografía. Tomó un bolígrafo de punta fina y trazó un círculo perfecto en la frente, con un punto en su centro.

Cogió luego el sobre y los restos de papel sobrante y se los llevó al cuarto de baño, donde los quemó y arrojó al inodoro. Se tendió luego sobre la cama, desplegó el periódico y buscó la sección de contactos. En la abigarrada página pasó por alto lo que presumió sería carne de cañón. Con el rotulador subrayó dos anuncios. «Selená, con clase, alto standing. Doscientos euros»... «Deborah, nivel ejecutivo, griego, trescientos...». ¿Por qué no? De la mesa tomó un fajo de billetes y volvió a preguntarse que por qué no.

—Sí, toda la noche... ¿cuánto?...

Nunca había hecho un trío con dos chicas y su sexo se merecía un buen homenaje. Sostuvo ante sus ojos la foto rescatada del sobre momentos antes y susurró: «estás muerto, amigo, solo que no lo sabes».

XVII

«Pollos», había llamado «pollos» a sus colegas de Deusto, como queriéndose distanciar de quienes habiéndoles enseñado el negocio, afrontaban la vida de manera muy diferente a él. Ana recogió su mesa. Mientras lo hacía pensaba en lo que diferenciaba a Bruno del resto del gremio. Buscó diferencias y no las encontró: era igual que los demás, con dependencia por lo caro, lo muy actual, lo efímero y nada comprometido, solo que en él resultaba natural, no impostado; genético, ni aprendido ni enfatizado. No tenía que entrenar ante el espejo sus gestos para trasminar clase, ni visitar con frecuencia la wikipedia para denotar una cultura que ni tenía ni había echado nunca en falta, ni alardear de lo conseguido, sino exhibirlo como algo innato en él desde la cuna.

Entró en el despacho de su jefe. En la mesa no quedaban restos del café esparcido y los documentos que reposaban en ella estaban razonablemente ordenados. Volvió a su escritorio, reescribió la dirección de la Universidad de Deusto en el sobre dejado por Bruno y lo llevó luego al apartado de la mensajería urgente de la conserjería. Tras despedirse de las chicas de la limpieza que comenzaban su jornada laboral, se marchó. Al día siguiente, a última hora, se recordó a sí misma, llamaría a la universidad para confirmar su llegada.

* * *

El último sábado de mes Joaquín Andrades cumplía su rito de acercarse muy de mañana al mercado de San Juan para, aparte de proveerse de productos exóticos, intercambiar recetas con tenderos y clientes. Años antes abundaban las sorpresas, como aquella vez que Amílcar el Tijuano le procuró, a precio exorbitante y con misterio de comercio clandestino, esa carne alargada y deshuesada, que preparada con ron, banano y pimientas, al modo jamaicano le recomendaron, se deshizo con enorme deleite en su boca. Al mes siguiente, al pedírselo de nuevo, este se carcajeó.

—¿Qué chingados te pasa?

—Nada, nada, carnal.

—Canta.

—Aquí a mi buen amigo el comandante le encantan las vergas —gritó el tendero, desatando la hilaridad de quienes esperaban ante el mostrador.

Joaquín miraba a unos y otros sin comprender. Hasta que le afloró media sonrisa en los labios contemplando la hilaridad ajena, desatando de nuevo la risa del tendero. Cortada de raíz cuando le sacó la fusca y se la puso ante la cara.

—Aclárate Amílcar, que te balaceo.

No tardó el hombre, demudado, en deshacerse en disculpas, repetirle una y otra vez que era una broma. Todo se debía, le aclaró, al mes anterior; entonces, dada su insistencia en comer algo jugoso nunca probado por su paladar, le sirviera cran.

—¿Y cran es...?

—Verga de toro, mi comandante. Verá, si lo digo no tiene salida y la carne es espectacular, ¿verdad?, pero, ya le digo, todo es una broma. Hoy no más invita la casa, tengo una carne de cocodrilo espectacular y un búfalo para hacer carrillada que hasta los sioux se chuparían los dedos de los pies tras correr por la pradera. ¿Qué le pongo, doctor Andrades?

—La verga más gorda y larga que tengas.

Y así se ganó al Tijuano para siempre, y a su hijo, quien lo sucedió a su muerte y al que tanto tardaron en bajarle los huevos por lo visto aquel día. Durante muchos meses cada vez que aparecía en el mercado se enclaustraba en la trastienda.

Andaba Andrades pidiéndole tiempos de flameo a quien le había facilitado una deliciosa receta para preparar escamoles, esos huevos de hormiga tan apreciados por los gourmets europeos —«ajo, cebolla, epazote y luego se flamea», le aconsejaba una señora de lo más proteínica— cuando sonó el móvil.

—¿Sí?

—Patrón, el mesero del Mexcún tenía dólares para hacer saltar la banca de un casino.

—¿Lo acariciaste? ¿Dijo algo?

—Que de ser suyo estaría en Las Vegas con el pelón sin salir de una concha, y no en la chingadera de Almoloya.

—Voy.

* * *

—¿Qué haces?

—Leyendo el horóscopo. ¿Sabes que las Virgo tienen hoy un día apacible; se les complicará por su innata voluntad de darse a los demás?

—Cierto, vente para acá y me ayudas. Esperanza me ha pedido los objetos personales de Fernando.

Ana preguntó después a Berta, antes de entrar en el despacho del socio asesinado, si estaba segura de hacer lo correcto. Esperanza era la primera ex de Fernando, la madre de sus hijos, pero la segunda ex, Gloria, tenía también sus derechos.

—¡Y yo que sé, joder, Ana! Con Esperanza me llevo superbién y con la otra no he cruzado más que dos palabras en mi vida y además en alto, porque es una capulla. Nadie sabe dónde coño está.

—Pregúntale a Néstor.

—¿A ese imbécil? Ni apuntándome con una pistola le dirijo la palabra.

—Se supone que la Policía la ha debido localizar para interrogarla.

—Llámallo tú.

Lo hizo Ana y también marcó el número que Néstor le dio de Gloria, quien desde hacía meses vivía con un instructor de esquí en un remoto pueblo suizo. No se mostró nada interesada en los objetos personales de Fernando: «Por mí, tírenlo todo a la basura; lo único que me interesa ya me lo comunicará el notario», afirmó.

—Podrían decirse muchas cosas, pero no que no sea sincera la tía; solo le interesa la pasta —comentó Ana al colgar.

—Pues se va a comer un mojón —respondió Berta.

—Si te pones escatológica, vomito.

—Fernando me dijo un día que todo, absolutamente todo, se lo dejaría a sus hijos. A efectos económicos era más insolvente que Carpanta: todo lo tenía o a nombre de los chicos, o de Esperanza, o de testaferros de confianza.

—Eso, ¿cuándo te lo contó?

—Cuando follamos; a los tíos no solo se les relaja la entrepierna sino también la lengua después de correrse.

* * *

Wie y Néstor permanecían silenciosos, mirando las paredes de la habitación y los cuadros y fotos colgadas en ellas. Mientras tanto, el comisario Abascal, al teléfono, acentuaba los síes para que su interlocutor, varios peldaños por encima de él de lo recto que se había sentado en su sillón, no los confundiese ni por error con un condicional.

—De acuerdo, señor, le tendré informado.

Abascal resopló y, apartando unas carpetas del centro de su mesa, cruzó las manos, puso cara de comisario suplicante y dirigiéndose a sus hombres espetó:

—Díganme que podemos dar por cerrado el caso Alfakhar.

—Casi, casi, jefe —se adelantó Néstor a Wie para sorpresa del comisario.

—¿Wie? —inquirió Abascal, dando su sitio a este y achantando a Néstor, minimizado en su silla como solapa de ordenador.

—Nos queda descartar por completo la ausencia de relación entre lo sucedido en la firma y la muerte del socio y averiguar qué está pasando en ella.

—Un país inseguro, un extranjero con dinero que exhibe de forma despreocupada tarjetas de crédito y da buenas propinas, unos delincuentes comunes, un secuestro que se les va de las manos, un muerto y fin. En toda Sudamérica hay decenas de casos así a diario. Lo ocurrido en la firma le corresponde a otros averiguarlo; para nosotros este asunto está cerrado.

—Pudieron actuar por encargo —replicó, irguiéndose, Néstor.

—No te montes películas, los mexicanos ya nos han radiografiado a su gentuza y son profesionales que actúan siempre igual; mirad, chicos, desde arriba ya os imagináis: me están presionando para dar carpetazo al tema.

—El dinero se pone nervioso —murmulló Wie.

—Sí, y el dinero financia a los políticos y los políticos son los que nos mandan a los archivos o nos ascienden.

—Hay algo podrido en la firma, eso es seguro, podríamos cerciorarnos y...

Néstor no acabó la frase. Abascal, poniéndose en pie, les dio la enhorabuena por su trabajo y dio por terminada la reunión.

—Poco beligerante te he visto, Wie. Aquí hay aún muchos puntos oscuros —le censuró Néstor.

—Nada impide seguir indagando por nuestra cuenta.

—Si se entera...

—Lo achacaremos a nuestras relaciones personales.

—¿Cómo?

—Bueno, a lo tuyo con Berta y a lo mío con Ana.

—¡Joder, chino! ¡No me digas que te estás viendo con Ana!

—¡Ah, no! Tú me vas a procurar que me vea con ella. Me gustó esa chica.

—¡Eh, eh, eh, espera...! Ando peleado con Berta y no voy a... —protestó Néstor.

—Llámalas. Quiero disculparme por aquella despedida a la francesa mía, le dices. Invito a los tres.

—La verdad es que la pensaba llamar y ya tengo una excusa para hacerlo.

—Lo ves, Wie siempre tiene soluciones para todo.

* * *

Germán Salas informó a David Alfakhar de que, siguiendo sus instrucciones, había pedido a los informáticos norteamericanos dar por concluido su trabajo. Le previno de que su compañía, informada por ellos, había solicitado por escrito y con su firma la orden de interrumpir el trabajo antes de alcanzar el objetivo perseguido. A tal efecto, tras consultar con el departamento jurídico, había trasladado a su secretaria un documento que debería rubricar.

Fue una conversación breve en la que Alfakhar no se dio margen alguno a la confianza. Germán había tratado de sonsacarle el motivo de no llegar hasta el final, al menos su final. Parecía como si el jefe ya tuviese uno que le complacía. La traición de Bruno había simplificado todos los pensamientos de David hasta el punto de que en su futuro, una vez enterrado ese pasado cada vez menos reconocible para él, solo había una vida placentera y una persona en el horizonte: Denise.

En ella pensaba cuando el Volvo tomó el peralte con suavidad y se incorporó a la autovía, que cruzó hasta ocupar el carril de la izquierda, dejando atrás a cuantos le acompañaban en la travesía. Elevó el volumen de la radio cuando esta se hizo eco de los indicadores económicos de Wall Street, y cercano ya al cartel que le avisaba de la proximidad de la salida de la SE-30, pisó suavemente el freno antes de cambiar de carril. El coche no le obedeció. Presionó más a fondo el pedal y se convenció de que se había quedado sin frenos. Solo le dio tiempo a dar un volantazo a la derecha antes de empotrarse contra la caja del camión que le precedía.

—Ana, el señor Alfakhar ha tenido un accidente de tráfico. Lo han conducido al hospital Virgen Macarena. Díselo a tu jefe, yo me voy ahora mismo para allá.

La voz de Irene, a la que veía salir apresuradamente camino de los ascensores, tenía el temblor de las tragedias. Ana cogió el teléfono y marcó el número de Bruno.

—Dime.

—El señor Alfakhar ha chocado con su coche.

—¿Está mal?

—No sabemos su estado.

Bruno buscó un lugar donde sentarse. Conociendo a la velocidad que solía conducir David y su aversión al cinturón de seguridad, tormento para su voluminosa barriga, si hubo impacto fuerte o vuelco en urgencias del hospital iban a tener trabajo.

—¿Señor?

—...

—¿Señor?

—Mejor, me informas por teléfono.

—Irene se ha marchado para allá. Si quiere, puedo ir yo también y le llamaría desde el hospital.

—¡Oh, sí, Ana! Es una buena idea. Verás, hay tensiones entre David y yo que aconsejan mi ausencia allí, por el momento.

—Entiendo, señor Silva. Salgo de inmediato.

«No ha tardado en ponerse en marcha», se dijo Bruno nada más colgar. Solo cabía esperar.

* * *

Ana recogió su mesa y, ya con el bolso en la mano, desvió las llamadas de su extensión al teléfono de Berta, a la que informó con brevedad de lo sucedido con Alfakhar y pidió ocuparse de sus llamadas.

—¿Crees que Néstor debería saberlo?

—Tú misma, Berta, yo no lo llamo otra vez. Me voy, luego te cuento.

Berta pasó una y otra vez sus uñas esculpidas por el teclado del teléfono, sin atreverse a llamar. No entraba en sus planes ser la primera en dar su brazo a torcer, pero ahora se le presentaba la oportunidad de entablar de nuevo contacto con Néstor con la excusa de informarlo de lo sucedido al gran jefe.

—¿Sabes adónde lo han trasladado? —preguntó él.

—Pues no he caído en preguntárselo a Ana.

—Da igual, ahora nos lo dice el 112.

—Néstor...

—Dime...

—¿Me quieres?

—¿Y tú a mí?

* * *

Wie y Néstor entraron por urgencias sin reparar en el guarda de seguridad. Este tonteaba con una enfermera tras un mostrador. Fue a Wie al que le agarró

el brazo con fuerza. La sonrisa de este se transformó en rictus endemoniado.

—Suelte.

—Mirad, no está permitida la entrada a nadie sin pase, así que ya estáis dando media vuelta y largándoos.

Néstor le enseñó la placa y Wie, deshaciéndose de su garra, modales. Lo hizo de una manera muy particular y con discreción. Cuando acabó, el vigilante ya había entendido que a la gente se le debía haber tratado con respeto y de usted, si no quería comprobar cómo se le hinchaba el pulgar más de la cuenta.

Urgencias estaba atestada de personas, casi todas de avanzada edad, y en los pasillos camillas con enfermos entorpecían el ir y venir de los sanitarios. Wie echó un vistazo tratando de localizar a Alfakhar y al no hacerlo, se dirigió a la enfermera aparentemente menos agobiada por el caos reinante.

—Buenos días, señorita, policía. Hace un rato ha entrado un señor llamado Alfakhar, David Alfakhar.

—Espere... —dijo consultando un listado— ¿Alfakhar? Sí, lo han llevado a Observación. Accederán por aquel pasillo.

La voz tronante de David, recorriendo diáfana y poderosa el corredor, no necesitaba de traducción médica. Estaba perfectamente. Una enfermera trataba de que el paciente se quedara echado en la cama y este pedía, una y otra vez, la presencia del jefe de servicio para darle el alta, so pena de redoblar el escándalo.

—Tranquilícese, señor Alfakhar.

David miró a Wie y contestó a la recomendación del inspector con un bufido.

—¡Lo que me faltaba! ¿Viene a ponerme una multa por exceso de velocidad?

—¿Qué le han dicho los médicos?

—¡Bah, no me pasa nada! Ya ve, una herida en la ceja y un par de costillas doloridas, nada. Pero se empeñan en internarme y no aguantan un minuto más.

—Velan por su salud.

—No se equivoque, se curan en salud... oiga, señorita, yo firmo el alta voluntaria, pero traiga el papel ya, coño.

—¿Qué pasó?

—Me quedé sin frenos.

—Le habrían dado problemas.

—No, nunca, hace un par de meses el coche pasó una revisión.

—Ha tenido mucha suerte, está para siniestro total.

—Ya tocaba cambiarlo, eso no será un problema, créame.

—¿Quiere que avisemos a alguien?

—Lo que quiero es que localice al jefe del servicio, lo espose y lo amenace con desterrarlo a Fuerteventura si en cinco minutos no me deja irme de aquí.

—Podríamos hacerlo, pero usted no suele cooperar; no sé por qué deberíamos prestarnos a ayudarlo —terció Néstor.

—¿Cómo que no suelo cooperar?

—Nos ocultó un desfalco en la compañía.

—¿Quién le ha dicho esa memez? ¡Ah, ya! Esa chica... ¿cómo se llama? Berta. ¿Fue antes o después de fornicar con ella?

—Si vuelve a hablar así es probable que terminen trasladándolo a la UCI —respondió Wie. Néstor, indignado, se paró en seco tras escuchar a su compañero.

—Mire, inspector, esa chica es una metomentodo, ¿sabe?, y se ha montado una película ella solita. No ha habido sustracción alguna en la compañía, todo está en orden.

—¿Fernando Argüelles también era un metomentodo?

—¿Por qué lo dice?

Wie sacó el papel del bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó a Alfakhar. Este giró el cuerpo para que la luz lo iluminase y alargó los brazos para darle al documento la distancia focal precisa.

—¿Qué es esto?

—Lo escribió su socio en vísperas de su muerte. Estaba en su ordenador.

—Sáqueme de aquí y hablemos.

El gerente del hospital llegó a Observación acompañando a Irene y a Ana cuando David firmaba el alta voluntaria con Wie de testigo.

Néstor le abrió la puerta y Alfakhar, no sin llevarse la mano a un costado, tomó asiento en el vehículo.

—¿A dónde quiere ir?

—Celebremos que estoy vivo. ¿Comemos algo?

—De acuerdo —contestó Wie—, pero antes déjeme hacer una llamada. ¿Conduces tú? —preguntó a Néstor mientras se separaba unos metros del coche.

—Agustín, soy Wie, el Volvo gris accidentado esta mañana en la SE-30 está relacionado con un caso mío. Tu trabajo suele ser impecable, lo sé de sobra, pero me gustaría un vistazo especial. El dueño dice que le fallaron los frenos... Gracias, amigo...

Wie colgó y dio media vuelta para dirigirse de nuevo al coche cuando observó, un poco más allá, a Irene y Ana camino de una parada de taxis. Pidió a Néstor que esperara y, dando una pequeña carrera, alcanzó a las mujeres. Hizo un aparte con Ana.

—¿Y? —inquirió Néstor a su vuelta.

—Esta noche también cenamos fuera de casa. ¿Dónde vamos, señor Alfakhar? —preguntó Wie a su compañero de asiento sin esperar a que Néstor arrancara.

XVIII

—¿Y el señor Alfakhar no se resintió de sus lesiones?

—La verdad es que llevaba bastante calmante encima —respondió Néstor.

Él y Wie rieron hasta provocar las carcajadas de Ana y Berta. Ellas se miraban sin comprender del todo bien qué había de gracioso en las secuelas del accidente sufrido horas antes por el socio principal del bróker. Tardó Wie en recuperar el aliento antes de explicarse y, aun así, le costó hilvanar una frase coherente, interrumpido como fue de manera continua por su propia risa. Los calmantes referidos por Néstor no eran sino el trasiego de alcohol con que acompañó Alfakhar su almuerzo, desoyendo los consejos de los policías acerca de la inconveniencia de mezclar la medicación suministrada en Urgencias y el resto de las sustancias que acompañaban a los flavonoides del tinto, tan alabados por el financiero. Preguntó entonces Berta si la condición de borracho de Alfakhar había deparado una confesión de este sobre lo ocurrido en la firma. La pregunta se la hizo a Wie, porque con Néstor solo se había cruzado miradas durante la cena, unas veces desafiantes, otras dolidas, las más tiernas. Ana no esperaba que Wie respondiera como lo hizo. Bien por los efectos del tempranillo, bien porque en el hospital lo habían cogido por los cataplines, —dijo cataplines y Berta tradujo correctamente por huevos— lo cierto es que David Alfakhar reconoció varias cosas: los cinco millones de euros largos desaparecidos de la firma, la existencia de una investigación interna a punto de culminarse, la irrelevancia de la cantidad robada para la solvencia de la firma y su absoluta certeza de que la muerte de Fernando y la sustracción eran hechos aislados sin relación alguna.

—¿Lo creéis?

—Respecto a lo concerniente a nuestra investigación, no hay dato alguno que induzca a pensar lo contrario ahora mismo —contestó Wie a la pregunta de Ana.

No faltaron más preguntas de ambas, animadas por la relajación de sus acompañantes, pero sí respuestas convincentes de ellos. Estos empezaron a perderse en un mar de vacuidades, «no sabemos» o «a lo mejor», que auguraban una sobremesa de lo más aburrida.

—Y ahora, ¿qué os apetece? —preguntó Wie en la puerta del restaurante chino.

* * *

—¡Oh, David, no seas tonto! *Je suis enchanté* de ayudarte. Me conmueve, ¡mira cómo están mis pelos del brazo!, que te hayas acordado de mí en tu estado.

Alfakhar le tomó la mano, la atrajo hacia él y la besó. Permanecía echado en el sofá, y ella, sentada en el borde del mismo a la altura de la cadera. La junior suite del hotel estaba en penumbra.

—¿Sabes? Te lo agradezco. Tu amistad me reconforta.

—Pero, bueno, David, un hombre como tú debe tener muchos amigos a quienes llamar en un caso como este y no acudir a mí.

—Nadie comparable a ti, Denise.

—Ja ja ja, ¡*mon Dieu!* ¡Eres encantador!

—Sí, alguna vez me lo han dicho —ironizó Alfakhar.

—Harías feliz a cualquier mujer.

—A ti también te haría feliz.

—No digas tonterías: yo soy una puta, tú no te mereces una *chiennasse*.

—Sé lo que necesito y me da igual la profesión de quien me lo dé.

—Hay profesiones y profesiones.

—No es menos digna la tuya que muchas otras.

—Sí, las hay *plus mauvaise*, lo sé.

—Además, si tuvieras pareja no seguirías con la profesión, ¿no?

—No pienso en eso, David, me pone *malade*. ¿Quién se va a querer casar con una *pute*? Dejemos la conversación.

Denise encendió el cigarrillo y, mirándolo, le dio un golpe cariñoso con el dedo índice en la punta de la nariz. Él la había llamado tras almorzar con los policías, desatendiendo los consejos de estos de marcharse a su casa a descansar. Le dolería más la soledad que las costillas, de haberlo hecho. Ella, alarmada por el laconismo con que le contó el accidente, no tardó en reunirse con él.

—¿Sabes? Muy pronto voy a dar un giro en mi vida. Me separaré de mi esposa, me retiraré de los negocios, compraré una casa mirando al mar y me dedicaré a pintar, a leer, a escuchar música, a vivir.

—¿Aguantarás esa vida, *mon petit rêveur*?

—¿*Rêveur*?

—Como decís... el que vive de sueños.

—Sí, tu pequeño soñador será feliz así. ¿Lo serías tú también conmigo, Denise?

* * *

Hugo Morales, el camarero del Mexcún, no supo decirle a Joaquín Andrades qué hacían 50 000 dólares en un doble fondo de un altillo de su habitación en la casa familiar de La Talleres, en Cancún, una zona deprimida de la ciudad turística donde los registros, y allí se hicieron dos tras un chivatazo, se hacían con varios furgones policiales en la puerta de los inmuebles para garantizar el orden.

Ni intentando ser persuasivo ni administrándole razones más contundentes sacó nada en claro Andrades, quien desestimó la ayuda de otros colegas para hacer hablar al chico. Eran ya muchos años de oficio para no advertir quién decía la verdad o quién la ocultaba.

—¿El sobre? —preguntó Andrades a su ayudante.

—Andan checándolo, no tardará en llegarnos el informe.

El inspector se preguntó si, estando él al otro lado del charco, le gustaría que le transmitiesen una conjetura: la posibilidad de que aquel dinero encontrado en la casa de Morales correspondiese al pago por la muerte de Fernando. Su descubrimiento en el tiempo compartido con los hechos investigados era su único indicio de verosimilitud y dada la hiperactividad de la banda, cada día con nuevos delitos por responder, el dinero podía corresponder a cualquier otro trabajo; más, tras saber, a través de uno de los secuaces, que el camarero era el liberado del grupo, el tipo inmaculado, fuera de toda sospecha, encargado de ocultar los botines de los golpes. Andrades convino consigo mismo en que no estaba de más poner en alerta a sus compañeros españoles.

—Gracias por informarnos, amigo. Si hubiera alguna novedad, nos la haces saber por si podemos ayudar desde aquí —agradeció Néstor ante la mirada de Wie, departiendo unos pasos más allá con Ana y Berta.

* * *

—Y ahora, ¿qué os apetece? —había preguntado Wie.

La contestación de las chicas se había retrasado al recibir Néstor una llamada de teléfono y apartarse de ellas para atenderla. Fue Berta la que, al reintegrarse de nuevo al grupo, confesó sentirse cansada y con intención de irse a casa.

—¿Me acompañas? —le preguntó.

Fue la primera de las dos preguntas a contestar por Néstor antes de que el grupo se disgregara. A la de Berta respondió con un inmediato «por supuesto», y a la de Wie, inquirendole por la llamada recibida, lo hizo con premeditada despreocupación: «Nada importante. Nuestro colega mexicano ha encontrado dinero y no sabe a quién adjudicárselo. Nos volverá a llamar cuando sepa algo cierto. Lo hablamos mañana».

Wie dejó que Ana decidiera hacia dónde deseaba conducir sus pasos, si a un pub donde tomar una copa o a la calle Betis, camino de Triana. Ana se encaminó hacia la acera de la ribera del río e invitó a Wie a seguirla con un mohín.

Se detuvieron en el Altozano para admirar desde allí el relieve arquitectónico de Sevilla sobre el lienzo de la noche. Ana admitió que le gustaba Wie. Durante la cena se había mostrado simpático pero no superficial, culto pero no pedante, algo altivo pero no engreído. Frente a la locuacidad de Néstor, a quien no importaba interrumpir, Wie oponía el don de escuchar de tal modo que si en alguna ocasión quiso precisar algo o rebatir una opinión, lo hizo siempre después de dejar hablar a su interlocutor. Era sensato, muy perspicaz y tenía un sentido del humor muy sevillano. Ana se preguntó cómo se expresarían sus labios al ser interrogados por un beso.

Un tirón a la bocamanga de su chaquetilla la sacó de su cavilación y la condujo Triana dentro. Bajaron por San Jacinto y al llegar a la altura de la calle Esperanza de Triana, Wie le preguntó si le apetecía visitar el bazar de su familia.

—¿A esta hora?

—Para el chino el tiempo se mide en milenios.

—Pero, bueno, ¿no me digas que para ti no existe?

—Yo soy español.

—*Touché*.

—Bueno, medio chino, pero español en lo referente al tiempo —aceptó, sonriente, Wie.

El bazar, en la esquina de Esperanza de Triana con la calle Evangelista, se extendía sobre quinientos metros cuadrados. Ana se azoró con las muestras de afecto de Xiaomen, la madre de Wie; tanto, que para salir del trance preguntó a este si vendían espejos pequeños de los utilizados por las mujeres para retocar el rostro.

—Aquí hay más cosas que en Harrods, ¡qué te crees! Pero no sé dónde están.

La dueña no esperó la pregunta de su hijo y, empujándolo, le señaló un pasillo, veinte metros más allá. Wie ayudaba a Ana a escoger entre la maraña de espejos amontonados en los estantes cuando se oyó hablar en chino desde la caja del bazar. Ana se sobresaltó al incrementarse el tono de las voces. Wie le pidió silencio y permanecer donde estaba, mientras él, echando mano de la pistola, buscaba un lugar entre los artículos de los anaqueles desde el que presenciar la escena.

Ana, aterrorizada, no quiso esperarlo allí sola. Lo siguió y ambos presenciaron cómo un par de asiáticos hablaban en voz alta con la madre de Wie, quien devolvía un fajo de billetes que los tipos le habían tirado sobre el mostrador. Estos lo tomaron y se fueron, no sin antes volcar un recipiente con chicles.

—¿Quiénes eran? —preguntó Ana, evitando con su mano que Wie arrancara el coche.

—Es una larga historia.

—No tengo prisa.

—Ya, pero mañana trabajo muy temprano...

—Yo también. Eran extorsionadores, mafiosos.

—Sí, todos los meses reciben un dinero.

—Pero ¡tú eres policía! ¡Por favor! ¿Por qué no lo evitas? —lo interrogó, escandalizada, Ana.

—Verás, no es tan fácil. Esos tipos ayudaron en su día a mi madre a traer a mi abuelo y a otros miembros de mi familia desde China y la financiaron para montar el bazar. Con los años ya no tiene deudas con ellos, pero hay una ley no escrita en ese mundo: debes seguir colaborando. Lo malo es que algunos matones, como los de hoy, aprovechan para incrementar la cuantía de lo acordado en beneficio propio. Pero mi madre se niega a pagar más. Siempre es un juego, solo hay voces.

—Ya, pero tú podrías enfrentarte a ellos y decirles que se acabó. Harían una excepción siendo quien eres.

—Soy policía y he estado infiltrado en su mundo. Verás, en ocasiones te dan soplos que permiten engrosar las estadísticas de éxitos del departamento y en otras hacemos un poco la vista gorda acerca de sus negocios ilegales. Intuimos que filtrándonos información desvían nuestra atención para escondernos actividades de mayor calado. Las cosas en nuestro trabajo son así. En este caso no puedo exponerme, ni por mí ni por el Cuerpo.

Ana asintió y se sintió conmovida por la sinceridad de Wie. Le pasó una mano por la mejilla y se la acarició. Sabía que él lo consideraría una

invitación y se sintió honrada por la calidez de su beso, correspondido por un sí quiero sin palabras. Wie buscó sus pechos, pero en su camino encontró el filo del cinturón de seguridad.

—Aquí no, vayamos a casa.

* * *

Bruno tomó una vía de servicio a dos kilómetros del casino que, poco más adelante, le permitió un cambio de sentido. Se había pasado la tarde pendiente del teléfono, esperando noticias de Ana sobre el estado de salud de David Alfakhar. Más tarde cribó y destruyó documentos de operaciones de blanqueo de capitales que, a cambio de jugosas comisiones, ofrecía a los clientes más oscuros.

Era ya noche cerrada cuando decidió salir. Le apetecía tomar una copa, echar un rato en la mesa de la ruleta francesa y lo que luego deparara el nuevo día. Se había encaminado hacia el chalet de las afueras cuando creyó oportuno alertar a Ventura de su llegada. El grandullón le hizo desistir. Aún estaban dolidos por su última estancia y su negocio particular tampoco invitaba a exhibirse juntos en público. Silva consideró el razonamiento de Ventura y, tomando la vía de servicio, cambió de sentido y se dirigió al Irish.

Al igual que la primera vez, el local permanecía semivacío. Se sentó en un taburete de la barra y le pidió a la chica —«me llamo Mónica», se presentó con una sonrisa— un MaCallan. Mónica, quien confesó recordarlo de su reunión con Ventura y el chico con coleta, se dispuso a servirle uno de doce años cuando Bruno la cogió de la muñeca y, frunciendo los labios, le negó con la cabeza.

—Demasiado niño.

Mónica revisó las estanterías y luego, recordando algo, desapareció en la trastienda, de donde salió con una botella. Se acercó a Bruno, ocultando con la mano la etiqueta. Fue deslizándola poco a poco por ella hasta que un «30 years» apareció a los ojos de Silva.

—Deja la botella —le ordenó tras ser servido.

—¿Sabes lo que cuesta?

—¿Tengo pinta de preocuparme por ello?

Un pareja gay que había tomado una esquina del local como aparcamiento de caricias no tardó en salir del establecimiento y Bruno se quedó como único cliente. La botella ya le podía aparecer a algunos medio llena y a otros medio vacía cuando él le preguntó a la chica por la hora del cierre.

—La que yo decida —le contestó con chulería.

—¿Y si lo haces ya? —se redobló en ocho Bruno.

—¿Contigo dentro o fuera? —inquirió ella.

La última pregunta contuvo únicamente dos de las múltiples nociones espaciales de aquella noche. Dentro, fuera, arriba, abajo, delante, detrás... Como un Barrio Sésamo didáctico y pornográfico, no quedó nada sin nombrar ni lugar desaprovechado para acomodar los cuerpos.

Mónica acabó de ajustarse los jeans y miró a Bruno, tendido y desnudo como patricio romano en uno de los sofás de cuero del local.

—Mil euros por el güisqui, los aperitivos de *gurmé* no te los cobro, pese a que te lo has comido todo —sentenció socarrona.

Bruno se acercó a su chaqueta, tomó la cartera y apartó tres billetes de quinientos euros, que dejó sobre el mostrador, pisados por un servilletero.

—Para algún capricho, no te lo tomes a mal.

—Cenaré con mi chico en un sitio *cool*.

—¡Ah, tienes maromo...!

—Sí, se llama Sebas. Te lo presentó aquí Ventura. Normalmente me recoge cuando cierro, pero está de viaje de trabajo.

* * *

La luna en cuarto creciente quedó justo en medio del parabrisas cuando Wie aparcó el vehículo frente al domicilio de Ana.

—¿Subes?

Ana hubiese apostado a que el ascensor seguía subiendo y subiendo, si no llega a ser porque él abrió la puerta y la llevó en volandas hasta la entrada del apartamento, que abrieron a oscuras. Chocaron con las paredes, bordearon los muebles como sombras, tantearon como ciegos marcos y figuras, sin dejar de besarse, de olerse, de lamerse. Ana no sabía dónde había quedado su blusa, él daba trompicones con los pantalones como grilletes en sus talones, ella sentía un mar estrellándose en el acantilado de sus muslos, él la condena de su sexo preso en su ropa interior. Cuando desnudos reptaban por encima de la colcha, buceando entre sus pliegues, él sintió en su piel el estremecimiento hondo de ella, una sacudida más fuerte que el orgasmo, como si todas las capas de su ser colisionaran al mismo tiempo. Se evadió de su abrazo, le levantó los brazos hasta dejarlos prisioneros bajo la almohada y comenzó a leer su piel con precisión de invidente, deteniéndose a cada instante, escuchando lo que le decía aquel cuerpo pequeño tan henchido de grandeza. Acaparó sus pechos con ansia de avaro, recorrió su tronco con afán de conquistador, buscó lo original como explorador curioso e hizo de sus piernas un tobogán por donde,

una y otra vez, se deslizaban sus labios con la alegría de un niño. Ana le mesaba los cabellos y cuando su cuerpo le avisó de que había llegado la hora improrrogable, le tomó la cara con las dos manos, subiéndolo lentamente, y después despeñó una por su torso hasta encontrar el objeto que dividiría su vida en un antes y en un después. Rodeó con sus piernas la cintura, elevó las caderas y grabó en su mente las contracciones que el sexo de él, recién encontrada la entrada, reflejaban en las paredes del suyo. Wie se deslizó con suavidad hasta encontrar el obstáculo, redobló los intentos y volvió a fracasar.

—¡Eres virgen!

Ana rodó con Wie sobre la colcha. Alzando el tronco y dándole libertad a su cadera, dejó de serlo.

—Calla.

XIX

Aurelio salió de la cripta del garaje limpiándose la grasa de las manos y le tendió la diestra a Néstor, quien dio un paso hacia atrás levantando las suyas.

—¿Esas tenemos, no? —le espetó.

—Tío, tú te quedas aquí enguarrándote, pero yo tengo que ir a mil sitios todavía.

—Ya, ya, los señoritos de Jefatura con las manos limpias y la manicura hecha.

—¿Qué tienes?

El jefe de los mecánicos de la Policía pidió a uno de los subalternos el dossier sobre el Volvo de David Alfakhar y se dirigió hacia él.

—Quedó bonito, ¿eh?, y eso que este coche aguanta diez veces más que otros. ¡Menudo castañazo se dio! Le fallaron los frenos, estaban bloqueados como tú ante Scarlett Johansson en pelotas. He hablado con los tipos de la casa donde se los cambiaron hace seis semanas y el chequeo posterior no evidenció problema alguno.

—¿Los manipularon entonces?

—Yo no he dicho eso, pero puede. Para un buen profesional no sería complicado provocarlo sin dejar huellas. Cada vez más fácil, con toda esta mierda de software y pijadas electrónicas que les meten ahora a los coches.

—¿Eso es para mí? —preguntó Néstor señalando el dossier.

—¡Ah, sí! Toma. Le vamos a dar un segundo repaso de cualquier forma, díselo al chino. ¿El tipo como está?

—En su casa, comiendo langosta y bebiendo champán.

—¡Hijo de puta! Nosotros con nuestras chatarras estaríamos más tiesos que el abuelo de Tutankamon.

* * *

El comisario Abascal alargó la zancada y tardó menos que nunca en llegar a la altura de la mesa de Wie, quien ordenaba la copia de la documentación hallada en el disco duro del ordenador de Fernando Argüelles. De lo no

encriptado, pues la mayoría de los archivos se encontraban cifrados y serían transferidos al departamento de informática para su tratamiento.

—¿Esos papeles son de Alfakhar & Asociados?

—Sí, jefe, estoy ordenándolos para enviarlos a los compañeros de la Brigada de Delitos Económicos.

—Habíamos quedado en que este era un asunto cerrado.

—Ya, iba a hablar luego con usted. Ayer al señor Alfakhar le fallaron los frenos, tuvo un accidente y nos reconoció que en la firma habían metido la mano.

—Lo sé.

—¿Lo sabe?

—Me ha llamado para precisarme la cuestión. Y al momento me han telefoneado desde arriba para recordarme que somos de Homicidios, la ausencia de denuncia alguna ni de Alfakhar & Asociados ni contra ella y que el puto jefe se está quejando de acoso.

—Ha debido pensárselo mejor.

—¿Qué dices?

—Ayer estuvo de lo más amable y colaborativo cuando le enseñamos esto.

Wie rebuscó en la mesa hasta encontrar el documento encontrado en el ordenador de Fernando Argüelles que venció la resistencia de Alfakhar a hablar en el hospital.

—Lea, jefe...

«De la comprobación de las tres cuentas —Cobos Albaicín, Viñuelas Martorell y Sarpas S. L.—, se desprende que fueron manipuladas al menos durante los últimos trece meses. La confrontación entre el estado real de las mismas y el que yo dispongo, arroja un desfase de 2 429 872 euros (...) voy a hablar con Lidia Salmerón mañana en Cancún. La pondré al corriente de lo que sucede. ¿Y si David o Bruno me está preparando una encerrona? ¿Debo preocuparme por mi integridad cuando vuelva a España?».

Abascal refunfuñó y se dio media vuelta. Wie lo vio irse con paso rápido. Mientras se alejaba aquel cuerpo pareció transformarse en el de Ana, a la que recordaba levantándose de la cama rumbo al aseo.

—Tienes un culo precioso —dijo acariciándose cuando volvió.

Ana le preguntó por sus gustos y Wie reconoció que, acaso porque las asiáticas no solían tener mucho pecho, a él y a sus amigos chinos les encantaban grandes y bien proporcionados, y los culos respingones, agregó. Ella le escuchaba con atención mientras le mesaba los cabellos y puso cara de

sorpresa cuando él, relatándole tópicos y verdades de su raza, le hizo una revelación:

—Has tenido suerte, ¡eh!, tenemos fama de machistas en la cama y de todo fuera, de ir a nuestro placer y conveniencia. Habrás comprobado que soy una excepción. He procurado satisfacerte antes —afirmó Wie haciendo el ademán de santidad.

—¿De qué más tenéis fama?

—Nuestros padres y generaciones anteriores, de no soportar la homosexualidad. ¿Te quieres creer que en la China comunista, hasta hace muy poco, estaba considerada una enfermedad mental? La gente joven lo ve como algo natural. Pero del sexo nunca se habla en las casas, lo que aprendes lo haces en la escuela, es un tema tabú si tus padres nacieron en China. Bueno, no se habla ni del sexo ni de las enfermedades mentales que haya en la familia, ni de la menstruación de las mujeres, ni de las relaciones con otras razas. Al occidental se le tacha de racista, pero entre los asiáticos también hay mucho. Tenía una amiga que cuando discutía con sus padres los amenazaba con echarse un novio negro y eso bastaba para cortar la discusión. Las personas nacidas o crecidas en Europa, o en América, o en Oceanía, ya somos como los demás, con nuestras virtudes y defectos, pero sin tabúes ni prejuicios.

Ana lo besó y empezó a mordisquearle el cuello. Wie se dejó hacer y cuando sintió la boca en su sexo, su cuerpo hizo un gesto instintivo de protección.

—¿Puedo? —le preguntaron desde las profundidades.

—Permiso concedido —contestó con un hilo de voz.

Para no tener experiencia, su pequeña amiga aprendía muy rápido.

* * *

Ana terminó de escribir el correo electrónico y lo envió. Se sintió impaciente, como nunca lo había estado. Si por una parte ardía en deseos de contarle a Berta su noche de pasión con Wie, por otra ya le tardaba saber lo que había ocurrido entre su amiga y Néstor, si se habían reconciliado o habían vuelto a discutir. Cuando al salir del restaurante Berta alegó cansancio para retirarse, Ana supo que su amiga buscaba rematar al pato laqueado quedando a solas con Néstor y celestineando para que ella y Wie tendieran puentes. No se podía imaginar, sin embargo, porque ella misma no lo había contemplado, que las dos orillas acabarían juntándose. Menuda sorpresa se llevaría.

—Despacho del señor Silva, ¿dígame?

—Ana, soy Bruno. ¿Alguna llamada importante?

—No, señor Silva, pero algunos jefes de departamento han preguntado por usted.

—¿David ha ido hoy a la oficina?

—No lo he visto, señor. ¿Quiere que le ponga con él?

—No, déjelo. Si pregunta por mi, estoy ilocalizable.

«Un día más sin acudir por el despacho», se dijo. Lo que antaño era una excepción se estaba convirtiendo en una regla. No le gustaba el cambio drástico de su jefe. Ni tampoco sus derivaciones. Se pasaba la jornada dando excusas, esgrimiendo supuestos compromisos urgentes, traspasando responsabilidades que le competían a él a los directores de área, quejosos cada vez más de verse obligados a tomar decisiones de socios sin las succulentas ventajas de serlo.

El correo electrónico registró una entrada y por el enunciado, «De cómo duermen los tórtolos», supo que era de Berta. Esperaba un compendio de chistes feministas, una retahíla de bromas enlazadas sin solución de continuidad, mucha pimienta espolvoreada sobre las palabras, pero se encontró la redacción de una persona hasta entonces extraña para ella; la grafía, por más que fuesen letras estereotipadas de ordenador, era de una mujer enamorada:

«Hola Anita: lo que tú imaginas como dos volcanes en erupción fueron en realidad dos fogatas de playa. Comprendo que pensaras, cuando nos viste salir, que allá donde fuéramos saltarían chispas, pero las únicas vistas fueron la de sus ojos hablando en silencio. Paseamos cogidos de la mano, sin hablarnos, hasta su apartamento, nos besamos hasta fundirnos el uno con el otro y sin acordarlo, como si algo ajeno a nosotros nos llevara, nos sentamos en el sofá, juntamos nuestras manos y así nos amaneció, yo sobre su pecho, él abarcándome con sus brazos, y el silencio —fue una noche de silencios densos, de esos que valen por todas las palabras— abrazándonos a los dos. De verdad he encontrado al hombre de mi vida, quien a partir de ahora cobijará mis sueños y al que me gustaría hacer muy feliz. Un beso. Berta».

Ana tomó un pañuelo de papel y se secó las lágrimas. «Puro Corín Tellado», reconoció, como esas novelas que conservaba su abuela en el pueblo y que ella, aún niña, devoraba a escondidas. No imaginaba tal capacidad para expresarse en su amiga, ni tanta dulzura dentro de un cuerpo siempre protegido por escudos impenetrables.

El correo volvió a registrar una nueva entrada: «De cómo duermen dos tórtolos (II)».

«Eso sí, Anita, ayer domingo echamos tres buenos polvos, muy bestias».

Las lágrimas de la emoción se le juntaron con las de la risa y celebró en su interior esa dicotomía de Berta, tan sorprendente y original, que la convertía en una rara joya. Era una gran mujer.

Abrió un correo nuevo, escribió un «te quiero, amiga» en el asunto y en el cuerpo del mensaje puso «yo también tengo algo que contar...». Luego, lo envió. Miró el reloj y calculó el tiempo que tardaría Berta en plantarse ante su mesa. El cercano repiqueteo de los tacones la convenció de la cercanía del récord. Acertó por ocho segundos.

* * *

Irene había llamado al ATS de la empresa, que aguardó con ella la llegada de David Alfakhar. La secretaria se había detenido por la mañana en una ortopedia cercana y adquirido cuantos artículos creyó necesario trasladar hasta el despacho de su jefe para que este probara con cuáles se encontraba más cómodo. El enfermero la ayudaría a acomodarlo y resolvería cualquier cuestión referente a su salud.

Alfakhar apareció por su despacho a media mañana. Caminaba muy erguido y su significativo adelgazamiento, por prematuro en el tiempo, evidenciaba que andaba fajado como una corista de comienzos del pasado siglo.

Apenas acomodado en su sillón, con un cojín protegiendo sus riñones y una banqueta hospedando sus pies, Irene le pasó una llamada de teléfono. Él le ordenó su criba con un criterio más estricto del habitual, pero su secretaria le aconsejó aceptarla, «no por urgente, sino por conveniente siendo quien es».

—Lidia Salmerón al teléfono, señor.

No hablaba con Lidia desde la incineración de Fernando. Intuía que la presidenta de la CNMV tenía un acuerdo con el inspector Wie para intercambiar información. Una vez informado el policía por él mismo, no le resultaba preocupante aquella sociedad. Era obvio que ya no podría mirar para otro sitio y sus enviados, próximos a llegar, escudriñarían a fondo las cuentas para luego aconsejar la apertura de un expediente y, quién sabe, si elevar una denuncia a la Fiscalía. No haría falta ni una cosa ni la otra; antes de su llegada, el dinero debería estar repuesto o, por el contrario, Bruno llevaría ya varias noches en vela en el camastro de una celda.

—Estoy bien, Lidia, gracias.

—¿Y por qué deberías estar mal, querido? —respondió extrañada.

—Lo siento. Como estás siempre tan bien informada te creía al tanto de mi accidente de ayer.

—¿Accidente? ¿Qué te pasó?

—Mi coche se quedó sin frenos y quiso subirse a un camión en vez de llamar a la grúa.

—Si estás en el despacho es que no te pasó nada importante.

—Un par de costillas para emplatarlas al punto y más cardenales que en un cónclave. Nada preocupante. Pero, si no has llamado para darme el pésame por mi Volvo, ¿qué deseas?, querida.

—Bajo unos cuantos días a Andalucía y me gustaría quedar contigo. Mi gente, ya sabes, viajará pronto para allá.

—Supongo que elegirás a los más sádicos, los que echan sal en las heridas y atún a la ensaladilla.

—Son profesionales.

—¿Cuándo vienes?

—Viajo hoy y tengo una agenda apretada hasta la tarde del miércoles.

—Lláname el jueves.

* * *

—Sí, le hice un hueco en mi cama.

—¡Guayyyyyyyyyyyyyyy! Oye, hoy almorzamos media hora antes y volvemos media hora después, ¡eh! Lo quiero todo y con todo lujo de detalles, ¡pero qué emoción, tía!

No había hecho sino despedirse de su amiga cuando la luz de recepción de llamadas que antecedió al zumbido reclamó su atención.

—Despacho del señor Silva, dígame.

—¿Está él, por favor?

—El señor Silva ha salido. Soy su secretaria, ¿en qué le puedo ayudar?

—Mire, le llamo de la Universidad de Deusto. Hemos recibido el envío del señor Silva, pero no contiene lo solicitado.

—¿Cómo?

—Si, la documentación remitida no concuerda con lo que le pedíamos.

—Yo misma lo envié. ¿Qué documentos recibieron?

—No lo sé, mi compañera no me lo dijo. Se sintió mal y se marchó a casa. Me dejó encargado que les avisara y les trasladara la necesidad de contar con urgencia con el material del señor Silva. La imprenta nos apremia.

—¿Cuándo puedo hablar con su compañera?

—Acaso esta tarde, pero no es seguro.

La mañana estaba metida en sorpresas. En realidad habían sido veinticuatro horas en un vagón de montaña rusa: Wie, la actividad del señor Silva, el

accidente de Alfakhar y ahora el currículum. Echaba de menos la paz de días anteriores, pero lo dio por bueno si con ello le hacía un nudo al tiempo que le acercara la noche. Wie cenaría en su apartamento y, aunque no podría quedarse, habría tiempo para todo.

* * *

Él encendió un purito y buscó con la mirada la existencia de un cenicero. Habían parado a medio camino para comprar comida preparada y una botella de Ribera de Duero de la que bebieron con generosidad. Ana se levantó del sofá y buscó en el fondo de un cajón del aparador hasta dar con un recipiente de hojalata con forma de tricorno de guardia civil y la publicidad de Martini en sus costados.

—No sabía que fumaras.

—Ni yo que tuvieras estas maravillas *vintage* —contestó riéndose y exhibiendo en alto el cenicero—. Fumo muy poco. Un habano después de alguna comida y cuando me encuentro muy cómodo. ¿Te molesta?

—No, qué va. Se está bien aquí en el hogar, sí, y más después de un día como hoy.

—Ha debido ser de psiquiátrico.

—¿Sabes, Wie?, cuando más confundida estaba siempre surgía en mi memoria tu sonrisa como un faro que me avisase de la cercanía de perder la cordura.

—Es hermoso eso.

—Es verdad. Se sucedieron las cosas tan rápidamente y se me antojaban de tanto calado, que parecía como si mi mente fuera incapaz de absorberlas.

—Sí, te entiendo.

—Primero, lo nuestro. Estaba al despertar como en una nube y no quería bajar; después, la actividad frenética, empujada por mi jefe; más tarde, las noticias alarmantes del accidente de Alfakhar y, por si fuera poco, la confusión esa de los documentos, a lo que no le encuentro explicación.

—¿Lograste hablar con la chica de la universidad?

—No, no pude hacerlo, no fue por las oficinas por la tarde, seguía enferma. La llamé tres veces. No me quisieron dar su número de teléfono particular.

Ana recogió los platos y él se apresuró a ayudarla a retirar la mesa. Mientras ella echaba los restos de la comida en la bolsa de basuras, él iba colocando platos y cubiertos en el friegaplatos.

—Se me olvidó comentártelo, a mi madre le caíste muy bien y me pidió en nombre de la familia que aceptaras una invitación a almorzar esta misma

semana. No sabes qué honor es viniendo de ella, no recuerdo la última invitación a un occidental. Lo mismo te parece precipitado, lo comprendería, pero me gustaría que aceptases.

—Iré encantada, me pareció muy simpática.

Al poner una de las copas de vino sobre la encimera, Wie trastabilló y no pudo evitar el salpicar con gotas de vino un paño blanco de cocina.

—¡Ya está! —exclamó Ana al ver extenderse la mancha burdeos.

—Ya está, ¿qué? —preguntó, sorprendido, Wie.

—Lo he comprendido al ver las salpicaduras en el paño.

Él la tomó por la cintura y, apoyándose sobre la encimera, le regaló la mejor de sus sonrisas y deslizó sus manos hasta abarcar el prieto territorio que se extendía más allá de la espalda.

Ana se sintió levitar en sus brazos y cuando vino a darse cuenta estaba sentada al borde de la encimera, con las piernas abrazando su cadera y los labios encadenados a los suyos.

—¿No tenías que marcharte pronto, amor?

Preguntó mientras sus cuerpos se unían. No esperó respuesta. Tal como vaticinó por la mañana en la oficina, habría tiempo para todo.

XX

Perfume nuevo. Acostumbrada desde hacía meses a la suavidad de la fragancia de cacao de Bruno Silva, el aroma fuerte, varonil, de la nueva colonia despertó sus sentidos apenas llegó a su altura cuarenta y ocho horas después de la última vez que hablaron. Las cosas debían de volver a ir bien. Su sonrisa se abría ahora de par en par ante ella. Vestía pantalón vaquero, sudadera con capucha y calzaba zapatos de deportes. No recordaba haberlo visto así en la oficina. La planta se iba vaciando de trabajadores. Ella misma había empezado a recoger sus cosas, convencida de que pasaría otro día sin ver a su jefe.

—¿Alguna llamada importante, Ana?

—No, señor Silva, el día estuvo muy tranquilo.

—Mejor.

Ana siguió sus pasos y entró con él en el despacho. Una nube negra como el sueño de un muerto avanzaba a través del ventanal, robándole a la estancia la poca luz natural que se proyectaba ya en ella. Bruno encendió la lámpara de su mesa y, tras teclear la clave de su ordenador, se cercioró de que en su correo no había ningún mensaje más de los ya leídos desde su móvil.

—Señor, ha habido una confusión.

—Dime.

—¿Recuerda el día que se derramó el café en la mesa?

—Sí, lo puse todo hecho un asco.

—Pues al parecer nos confundimos de sobres y yo envié a Deusto uno que usted tenía aquí, no su currículum. Lo he buscado por todos sitios. ¿Recuerda, salió a la carrera porque tenía un asunto urgente y dejó un sobre en mi mesa?

—¿Cómo? —preguntó Bruno, interrumpiendo su intención de sentarse, mientras su rostro palidecía.

—Sí, que lo mismo usted se llevó su currículum y me dejó otro sobre cualquiera en mi mesa. Los intercambiaría sin darse cuenta, vaya.

—¡Eres una imbécil! Pero ¿cómo coño pudiste hacer eso?

Bruno rodeó la mesa henchido de ira. Avanzó hacia Ana que, sorprendida por la reacción, empezó a recular, balbuceante. Silva la tomó por los brazos y

la zarandeó.

—¿Cómo pudiste equivocarte? ¡Eres una inútil hija de puta!

Ana se tapó la cara con las manos cuando vio a Bruno alzar el brazo. No pudo evitar, echándose hacia atrás, su manotazo ni un profundo arañón en el labio inferior del que brotó sangre enseguida. Al reclamo de los gritos empezaron a apelotonarse junto a la puerta los empleados más rezagados.

—¡Suéltala!

La voz de Alfakhar sonó como un trueno. Tras él surgió una voz femenina —«¡Canalla! ¡Cobarde!»— hacia la que Ana giró la vista, mientras contenía con su mano el hilo de sangre despeñado de su barbilla.

—¡Fuera! ¡Fuera todos de aquí!

El grito enfurecido de Bruno hizo retroceder a los mirones. Pero no a David, quien había asustado a Ana, llorosa y presa de un ataque de nervios, al posar la mano en su hombro. También animó a Berta a cobijar entre sus brazos a su amiga, a la que sacó del despacho. David hizo un gesto inequívoco para que se marcharan a quienes continuaban cotilleando junto a la puerta y la cerró.

—No consiento el maltrato a nadie en la firma y mucho menos a una mujer.

—¡Vete a la mierda! Es una zorra. Me ha metido en un grave problema.

—El grave problema ya lo tenías, ¿otro, Bruno?

—Mira, maldito judío, si tan seguro estás de que yo fui el ladrón, vete al juzgado, pero te juro por mis muertos que tu puta firma se queda reducida a cenizas.

—Se te acaba el tiempo. Devuelve el dinero y vete.

—Sal de mi despacho, ahora.

Bruno dio un manotazo a la lámpara, que llegó semidesguazada al suelo. Alfakhar abandonó la estancia. Comenzó a deambular fuera de sí por ella mientras las imágenes de los últimos días se le aparecían como flashes. Solo una cosa permanecía fija y nítida en el torbellino desatado en su mente: si lo dejado en la papelera del muelle era su currículum, Ventura leificaría que era hombre muerto.

* * *

Berta abrió el despacho de Fernando y obligó a Ana, presa de los nervios y del enojo, balbuceando frases entrecortadas que a ella le parecieron incoherentes, a acomodarse en el sofá, del que se levantaba y sentaba una y otra vez. Tras abrazarla de nuevo y darle un pañuelo limpio para contener la pequeña hemorragia, consiguió que Ana se echase en el tresillo. De un

armario extrajo dos mantas de viaje y las echó sobre su amiga, temblorosa como si hubiese sido rescatada desnuda de un iceberg.

—Tranquila, ya pasó todo. Te curaré esa herida.

Ana lloraba con amargura y a Berta le enternecían su hipo y su temblor, como si en sus brazos en vez de una mujer adulta estuviese un bebé con el corazón encogido.

—Esto no se puede quedar así, ese bastardo va a pagar lo que te ha hecho —aseguró mientras restañaba la herida.

Alfakhar asomó la cabeza por la puerta y Berta, que colocaba un apósito en el labio de Ana, le hizo un gesto negativo con la cabeza. Él extendió pulgar e índice e hizo con ellos un corchete que englobaba oído y boca. Berta asintió: lo llamaría después. Un chico de reparto, cazado al vuelo en el tránsito del despacho de Bruno hacia el suyo, trajo, sofocado, una tila.

—Anda, incorpórate un poco y bebe.

Ana miró a su alrededor buscando un lugar en el que depositar el manojito de pañuelos manchados de sangre, y Berta, arrebatándoselos, los tiró al suelo.

—Esto es una pocilga, amiga, nada puede ensuciarla más.

Ana bebió del vaso y meneó la cabeza. El puchero volvía a deformar su cara y gruesas lágrimas brotaban de sus ojos.

—No lo entiendo, Berta, no lo entiendo. ¿Cómo puede haber actuado así conmigo, con lo que lo estimaba?

Berta le pasó la mano por el pelo y se encogió de hombros. Había presenciado tantos desaires, tantas broncas en la empresa por motivos a veces tan nimios, que ya nada le sorprendía. Pero nunca había visto a un jefe levantarle la mano a un empleado.

—Vete a saber qué ocultan estos cerdos, Ana; no es nuestro problema.

—Sentiría haberle perjudicado con la confusión; siempre fue bueno conmigo, pero lo que ha hecho es horrible.

El móvil sonó en la mesa de Berta y esta corrió hasta él. Ana se sorprendió por su contundente respuesta: «Ahora no estoy para estupideces, Néstor».

—Mujer, no le hables así.

—No estoy de humor para memeces. Por cierto, ¿por qué no llamas a Wie y se lo cuentas?

—Ni me lo planteo, mujer. Sería capaz de plantarse aquí para partirla la cara al señor Silva y...

—Señor de mierda, coño, y es eso lo que se merece, un buen puñetazo en la boca.

—Se disculpará, seguro.

—¿No estarás pensando en continuar siendo su secretaria, no?

—Solo quiero saber qué ha pasado, por qué se puso tan furioso. No puedo pensar más allá.

Alfakhar volvió a aparecer en el dintel de la puerta y le hizo una seña a Berta para que saliera. Cuando volvió, Ana estaba sentada en el sofá, con las mantas en el regazo y la mirada fija en el techo.

—¡Guauuuuuu! El gran jefe te da unos días libres y pone a tu disposición al chófer de la casa para llevarte a tu apartamento. Me da también libre mañana a mí. He aceptado por ti. ¡Venga, vámonos!

* * *

Aquella voz metálica le conminaba a colgar con «el número al que llama está apagado o fuera de cobertura» por sexta vez cuando Bruno Silva descargó con fuerza el puño sobre el teléfono, que quedó agrietado. Ventura estaba ilocalizable y sin él no tenía a quién acudir para tratar de detener la cacería. Abrió el último cajón de su mesa y sacó la botella de güisqui con la que alguna vez había ofrecido licor a un ligue fácil al que después, en el silencio y la oscuridad de la madrugada, montó sobre la mesa. El trago le recorrió la garganta como la lava debe subir camino del cráter del volcán y, poniendo las dos manos sobre el escritorio, tensó los músculos, cerró los ojos y trató de concentrarse en una sola cuestión: qué hacer.

Abrió con cautela la puerta del despacho y se cercioró de la soledad imperante en la planta. Volvió a cerrarla y se disponía a sentarse ante el ordenador cuando un destello procedente de la cristalera se coló en el salón. Apagó la luz de la lámpara de su mesa y se pegó a la pared, deslizándose hasta un costado del ventanal desde donde tornó las hojas venecianas. Nadie desde el exterior podría ver el interior del despacho. Apenas acabó de hacerlo, con un sudor frío bañándolo de arriba abajo, empezó a carcajearse, con tanta fuerza que su cuerpo se quebraba. El miedo, ese miedo atroz que se había apoderado de él al oír a Ana, le había secuestrado la razón. ¿Quién iba a atentar en su contra por el ventanal de su despacho en la planta 34 de la torre? Sin dejar que la risa nerviosa se calmara, dejó resbalar su espalda por la pared hasta quedar sentado en el suelo y allí, una vez sus manos dejaron de temblar, puso en orden su mente. Se desharía de todo lo incriminatorio y no volvería más por la firma.

Cuatro horas más tarde, con un par de bolsas bien repletas de recortes de folios, que para hacer imposible una reconstrucción había troceado él mismo una segunda vez, con el ordenador reseteado y con el disco duro destrozado,

así como borradas todas las copias de seguridad, Bruno se sintió aliviado. Recordó una vez más que desde la entrega del sobre con su currículum habían pasado unos días, los suficientes para facilitar la puesta en marcha de toda la maquinaria del sicario. Debía desaparecer y hacerlo esa misma noche.

* * *

Néstor Dueñas resistió la tentación de volver a marcar el número de Berta cuando esta lo mandó a hacer gárgaras. Había bromeado, haciéndose pasar por un cliente en busca de la «ejecutiva doña Berta...», y no había llegado a pronunciar siquiera su apellido cuando, tras decirle que no estaba para memeces, le colgó. Era una mujer de carácter su pareja y aún no controlaba del todo sus estados de ánimos. El tiempo y la convivencia se los desvelarían.

Él, a diferencia de Wie, era un libro abierto en sus emociones. La pelea con Berta lo había sumido en una postración anímica de la que ni siquiera su orgullo pudo sacarlo; la posterior reconciliación lo convirtió en una encarnación de la euforia.

—No sirves para jugar al póquer —afirmó Wie.

—No entiendo a las mujeres. La llamo para saber cómo está y gastarle una broma, y me manda a tomar por culo.

—Yo por eso no las llamo, evito que contesten.

—¿No has llamado a Ana desde eso?

—¿Qué es eso?

—Ya sabes, desde que follasteis.

—¿Quién te ha dicho que follamos?

—Venga, tío, fijo que cayó.

—¿Por qué cayó ella y no yo?

—Joder, pincha y se transforma en Confucio.

—Cuando hay empatía no hace falta hablar mucho ni a menudo. Basta recordar los momentos compartidos.

—Lo que tú digas, López. Pero ¿follasteis o no? Estas dos seguro que están hablando de nosotros y contándose las cosas.

—¿Aventura qué estarán diciendo?

—De mí, que me quedé dormido como un bebé acariciando su mano. De ti, pues seguro de lo que calzas; para largo lo tuyo siempre, desde el cañón del hierro hasta la zancada haciendo *running*.

* * *

—Enorme o, al menos, así me lo pareció a mí.

Berta le había desviado la conversación nada más salir de la oficina y había tardado muy poco, tras facilitarle instrucciones al chófer de Alfakhar para dar una vuelta amplia antes de llevarlas a su apartamento, en indagar sobre la dotación de Wie, lo único por conocer tras haberle hecho Ana durante el almuerzo un pormenorizado relato de lo sucedido el sábado anterior.

—Pues, tía, yo creía a los chinos con el pene chico. De haberlo sabido me hubiera tirado a uno hace tiempo, al mismo Wie antes que a Néstor, para comparar.

La *boutade* no sacó a Ana más que una mueca, cuando en cualquier otra circunstancia las risas habrían traspasado el cristal que aislaba el compartimento de atrás del Audi 8.

—No entiendo lo ocurrido, de verdad, Berta.

—Estábamos hablando de la polla del pequinés, no cambies la conversación.

—Lo mismo lo que mandé a Deusto fueron fotos personales tuyas comprometidas o documentos relacionados con el lío en la empresa.

—Va a resultar fácil comprobarlo, pides que te devuelvan lo mandado y ya está.

—Ya lo hice, me lo remitirán por correo urgente, pero se lo daré sin abrir al señor Silva.

—Eso, encima una chupadita a ese cabrón.

—Se ha pasado un par de pueblos, sí.

—No diré que lo jodan. Estará harto de ello, la verdad.

Y ahí sí le arrancó a su amiga una sonrisa desde lo más hondo de su pena.

* * *

Bruno repasó mentalmente todo y se convenció de no haber dejado ningún cabo suelto. Abrió la puerta del despacho y comprobó que nadie permanecía aún en la planta. Tomó las dos voluminosas bolsas negras y se dirigió con paso ligero hasta el vestíbulo de los ascensores, solo iluminado por las luces de emergencia. Pulsó los botones de los dos que llevaban a los aparcamientos y esperó nervioso. Un ruido proveniente de las escaleras le hizo ponerse tenso. Dejó las bolsas apoyadas en la pared y se asomó por el hueco de aquellas. La oscilante luz de una pequeña linterna se iba haciendo cada vez más extensa y cercana. Volvió a los ascensores y pulsó de nuevo, sin éxito, los botones. A la luz creciente de un par de plantas más abajo se sumó el sonido de las pisadas.

Empezó a subir peldaños mientras un sudor frío le volvió a recorrer el cuerpo. Miraba cada cierto tiempo por el hueco hasta convencerse de que quien ascendía por ella había dejado ya atrás la planta de la firma. Respiró aliviado cuando comprobó que la puerta del descansillo en el que terminaban los escalones de la última planta de la Torre Sevilla cedía a su empuje. Las luces parpadeantes de la cumbre del rascacielos, en permanente aviso de su gigantismo, bañaban de rojo la azotea. Bruno buscó un lugar donde esconderse y contuvo la respiración.

No oyó su llegada ni percibió sombra alguna proyectarse sobre el mobiliario industrial circundante. Sintió, eso sí, el frío del acero sobre la nuca y cerró los ojos convencido de no volver a abrirlos.

—En pie, pon las manos sobre la cabeza y camina.

Bruno se irguió y trató de identificar el acento de quien le conminaba a moverse. Había tenido un par de asistentes sudamericanas y le pareció una entonación similar.

—Acércate al muro.

Por la posición de la pistola, que de vez en cuando le golpeaba la nuca, sospechaba que la amenaza le sacaba no menos de diez centímetros. Lo imaginaba musculoso, posiblemente curtido en alguna arte marcial y rápido de reflejos.

—Súbete.

—Podríamos llegar a un acuerdo.

—Yo diría que no —respondió el tipo. Le conminó a no darse la vuelta.

—Verás, todo ha sido un error. Déjame explicártelo. Tengo dinero, puedo pagarte más.

—Sube —repitió mientras lo empujaba.

Bruno se agarró a las rejas de un metro y algo de ojo que circundaban la Torre y se subió al muro. Sevilla aparecía a sus pies como una Feria inmensa, con las luces de las avenidas como farolillos del Real y la Catedral y la Giralda disfrazadas de deslumbrante portada. No moriría sin verle la cara al tipo que él mismo, no el destino, había puesto en su camino. Con un rápido movimiento se dio la vuelta.

XXI

—Esto le hacemos aquí a la escoria que entra a robar —oyó Bruno. Después se hizo un largo silencio roto por el crujir de unos huesos.

El tipo echó mano a la nariz en un intento inútil de contener la hemorragia. El puñetazo le había llegado directo, justo al bajar el arma y aún con la boca semiabierta de la confusión que le produjo darse cuenta de su error: aquel a quien había chuleado como a un vulgar ladronzuelo era socio de una de las firmas ubicadas en el edificio. Bruno, al girarse, había sopesado la posibilidad de que su verdugo fuera vestido de guarda jurado de la empresa encargada de custodiar la torre, pero unas cuantas intermitencias de luz roja más tarde, recordó su rostro de otras muchas ocasiones.

—¡Imbécil! ¿No me reconoces y me has visto cien veces? Soy socio de Alfakhar & Asociados.

Fue entonces cuando el tipo dio un paso hacia atrás, bajó el arma y abrió la boca asombrado, justo antes de que Bruno, dando un salto, se pusiera a su altura y descargara su puño izquierdo en su cara con la saña de quien creyéndose en la frontera del otro mundo se convencía de tener aún visado para este.

Llamó al ascensor desde la última planta y esta vez la cabina sí acudió rápida a su encuentro. Paró en la de la firma, recogió las bolsas y bajó. No era buena idea, se dijo, hacer noche en su casa; no, al menos durante un tiempo. Volvió a telefonar a Ventura, quien, como en las ocasiones anteriores, no respondió a su llamada.

* * *

El informe del laboratorio y las pesquisas de la Administración General de Aduanas confirmaron que, como había certificado Correos de México, el sobre con el dinero hallado en el domicilio del camarero del Mexcún no había llegado por el servicio postal, pese al sellado, sino portado por un pasajero procedente de España al que, según el informe leído por Joaquín Andrades,

trataban de identificar en esos momentos los servicios policiales del aeropuerto.

El nuevo interrogatorio al empleado del Mexcún, ya con las evidencias de que se había efectuado un pago por un servicio, volvió a resultar negativo. Andrades seguía convencido de que el chico decía la verdad. Su cara de no entender nada no tenía origen en su dureza, bien escasa a tenor de sus lamentos, sino incluso en la falta de imaginación para inventar cualquier historia que le garantizara unos minutos sin sufrimiento.

—Si la banda sabía del agujero, pudo esconderlo cualquiera de sus cuates sin que él lo supiera —especuló Andrades.

Wie admitió esa posibilidad; más, cuando, según le comunicó su colega mexicano, el grupo lo componía mucha más gente de la que estaba detenida. No obstante, se debía seguir investigando esa vía: que un dinero procedente de España acabara en manos de los asaltantes de Fernando Argüelles no podía considerarse una simple casualidad.

—Joaquín, ¿cuándo sabremos quién introdujo el dinero en México?

—Tendremos un ramillete de posibles pronto. Entre el primer cateo, en que no se encontró nada, y el segundo transcurrieron seis días, y entre uno y otro la casa estuvo vigilada un par de jornadas. No son tantos los aviones procedentes de la madre patria a checar.

* * *

Bruno había dado un largo rodeo para llegar a la oficina cerciorándose de que nadie le seguía y aparcado fuera de la torre, justo a la altura de una de las entradas de servicio. En un contenedor lejano depositó una de las bolsas con la documentación destruida y encaminó su Porsche hacia una rotonda próxima, a la que dio dos vueltas hasta convencerse de que sendos coches sospechosos tomaban caminos distintos. El suyo lo llevó al hotel La Boticaria, un lujoso establecimiento en Alcalá de Guadaira, regentado por un amigo que le excusaba siempre el trámite de registrarse. Al llegar tendría una plaza de garaje a cubierto de miradas indiscretas y un botones le entregaría la llave de su habitación. Fue a la altura del campo del Betis, después del enésimo salto del buzón de voz de Ventura y que tirara la segunda bolsa, cuando decidió pasarse por el casino. Abordó unos metros más allá la SE-30. Le bastó no ver en la lejanía las luces del establecimiento para intuir el desastre.

—Menuda noche, amigo. Nunca había presenciado una redada; bueno, en las películas yanquis, y la de la Guardia Civil ayer no le tuvo nada que envidiar. Coches, lecheras, incluso una ambulancia y un coche de bomberos,

¿lo quiere creer?, y venga gente saliendo de allí, caminando por un pasillo que le hacían los verdes. Bueno, no todos; cuando la mayoría se fue salieron unos cuantos coches negros de esos buenos, de gente gorda. Hasta algún guardia se cuadró a su paso, fíjese la poca vergüenza. ¿Usted era...?

No terminó la frase. El vecino que, en batín y con una bolsa de basura en la mano, le informaba de lo ocurrido la noche anterior se quedó con las ganas de saber si era cliente habitual del establecimiento. Y él, con la esperanza de localizar a Ventura para avisar a su contacto de que detuviera la operación. Paró el coche en la cuneta y buscó en su móvil el número de un compañero de juergas tiempo atrás.

—Necesito entrar en contacto con Ventura, me corre prisa —le urgió.

* * *

Fue al llegar a La Boticaria cuando recibió la contestación de su contacto, inspector de Policía. La clientela había sido puesta en libertad, pero los responsables del casino y los empleados tardarían al menos 48 horas más en salir de los calabozos. Se había encontrado suficiente droga y dinero como para catapultar a cualquier fiscal en la carrera judicial.

Volvió a sonar el teléfono después, apenas se había metido en la ducha. Aunque salió de ella rápidamente, sin importarle estar aún enjabonado, cuando llegó al móvil este había dejado de sonar. Había pensado que sería de nuevo el comisario, para hacerle llegar una novedad, pero la llamada perdida era David Alfakhar. Volvió al baño, terminó de ducharse, se envolvió en el albornoz y echándose en la cama le devolvió la llamada.

—Dime.

—Voy a dar cuenta del desfalco a la Comisión de Valores y al juzgado —le advirtió Alfakhar.

—No te precipites, David.

—¿Precipitarme?

—Dame cuarenta y ocho horas. Puedo solucionarlo. Piensa en la firma.

—A las diez de la noche pasado mañana en el club de golf. Si no estás y no me garantizas la reposición del dinero, me iré derecho al juzgado de guardia.

—No lo harás.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque acabarías en la cárcel.

XXII

Los abogados hablaban en la mesa de reuniones de la compañía mientras David Alfakhar y Esperanza, la primera mujer de Fernando Argüelles, tomaban café sentados en un sofá en el otro extremo de la estancia. David la había citado a ella y a sus asesores para facilitarles toda la documentación sobre los activos del exsocio en la firma, la mayoría a nombre de sus hijos y de ella misma, bien a través de sociedades interpuestas, bien de testaferros.

—Hay un par de cosas que debes saber, Esperanza.

—No me gustan las conversaciones con ese inicio.

—Te ruego discreción. Ha habido un desfalco en la compañía y será inevitable su divulgación, con el correspondiente escándalo.

—¿Quién lo ha hecho?

—No lo sabemos, estamos investigándolo.

—¿Y la Policía?

—No convenía denunciarlo.

—¿Por qué?

—Fernando no estaba y...

—¿Sospechabais de Fernando? ¿Fue él? ¿Por eso se marchó a México?

—No, no, en absoluto, pero necesitábamos indagar antes de denunciar el asunto. Ya sabes lo que nos jugamos en materia de imagen las firmas financieras cuando se produce un asunto de estos.

—¿Afectará a la herencia de mis hijos?

—No lo sé. Si no encontramos al culpable, o lo hacemos pero no repone el dinero, la compañía debe responder ante sus inversores.

—Entiendo. Dijiste un par de cosas, David, ¿la segunda es peor?

—El compromiso estatutario de los socios nos obliga, en caso de cese de actividades, destitución o fallecimiento de un socio, a poner en manos de los otros sus acciones. No se pueden vender a terceros salvo autorización expresa de los socios o desacuerdo en el precio de las acciones y presentación por escrito de una oferta superior de fuera.

—¿De eso hablan los abogados?

—Sí, entre otras cosas, supongo. Por esa parte no habrá problemas, yo te pagaré el mejor precio, pero te voy a pedir un favor.

—Dime.

—Obstaculiza la venta durante un tiempo con cualquier artimaña legal recomendada por tus abogados.

—¿No quieres que Bruno pueda suscribir su parte?

—No estaría en condiciones de pagar un precio justo y sí de enfollonar la cosa.

—¿Desconfías de él?

—La vida me ha enseñado a confiar en muy poca gente, querida.

* * *

Néstor respiró aliviado cuando Berta se puso al teléfono y no le colgó, como la tarde anterior.

—Oye, Berta, ¿qué pasa? No me cogiste el teléfono ayer. Me pasé por tu casa y no estabas. Solo recibí un mensaje tuyo a las tantas, diciéndome que andabas en el apartamento de Ana. Ahora he llamado a la oficina y me han dicho que no habías ido a trabajar. ¿Te encuentras bien? —preguntó Néstor.

—Sí, sigo en casa de Ana.

—¿Qué le ocurre?

—Es largo de contar. ¿Tú dónde andas?

—Aquí en Jefatura, armando un puzzle. Pero, dime, ¿qué ha pasado?

—Ayer hubo un incidente en la oficina y nos dieron el día libre.

—¿Qué incidente, joder?

—Bruno Silva sufrió un ataque de machismo y se pasó varios pueblos con Ana.

—¿Lo sabe Wie?

—No, y tú no le vas a decir nada de nada; Ana no quiere, ya se lo contará ella. ¿Está ahí contigo el pequinés?

—Estaba, salió. ¿Qué te parece si me acerco luego, os llevo algo de comer y compartimos una botella de vino?

—Mala idea. Ana, pese al valium que se tomó anoche, ha dormido mal, pero al final el cansancio la venció. Cuando despierte, se dará una ducha, desayunará y nos iremos a pasear por cualquier lugar tranquilo.

—Lláname si me necesitas.

—Siempre te necesito; mejor no te llamo, acabaría con el teléfono tatuado en la oreja.

—Bonita oreja, y si...

No lo esperaba, pero Néstor convino en que ser colgado por segunda vez en unas horas no podía ser elevado siquiera a la categoría de afrenta, dadas las circunstancias. Berta le había exigido no contar nada a Wie, pero, al igual que Ana se había convertido en la prioridad de su pareja, él se planteó si no traicionaba a su amigo y compañero ocultándole cosas.

* * *

Wie no le hubiera reprochado nada a Néstor; es más, se habría hecho el nuevo pese a que ya de madrugada Ana le había relatado lo sucedido. La había llamado para desearle un bonito sueño cuando imaginó que podía estar ya venciendo el cansancio y ella había contestado a hurtadillas —«Berta está durmiendo en el sofá y no quiero despertarla, estaba agotada», adujo— y venciendo la emoción que cada cierto tiempo acudía a su garganta. Wie la dejó hablar, sin interrumpirla. El sollozo quedado de ella le invitó a intervenir.

—Está muy nervioso el señor Silva, Ana, y eso dice mucho de él ahora que sabemos lo sucedido en la empresa. Debes tranquilizarte. Ya le ajustaré cuentas a ese cabrón personalmente, pero soy policía y debo actuar con cabeza, ¿lo entiendes?

Ana quiso decir sí, pero le salió un gemido. Se sintió tonta habiendo imaginado horas antes que al conocer los hechos Wie, furioso, habría ido a por Bruno y partido la boca; se preguntó si su temor no era en realidad un deseo.

—Me falta fantasía; no puedo siquiera imaginar qué fue lo enviado a la Universidad de Deusto. Unos documentos muy importantes, me supongo.

—¿No te dijo qué se había llevado él por error?

—No, solo saltó lleno de ira, culpándome de ser una inútil, insultándome y arañándome.

—Pues entonces, *miss Watson*, plantéate una cosa: las mismas posibilidades hay de que se enfureciera por lo enviado a Deusto que por lo que se llevó él. ¿Era seguro su currículum?

—No, no volví a su despacho; me lo imagino. ¿Por qué lo dices?

—Lo mismo no se llevó el currículum, sino otro sobre con documentación comprometida de la empresa. Si se lo entregó a quien no debía...

* * *

A última hora de la mañana llegó desde México una foto de la persona sospechosa de haber introducido el sobre con el dinero que acabó en las manos de los secuestradores de Fernando Argüelles. Según los datos

transmitidos a Wie por su colega Joaquín Andrades, el tipo había pasado el control de pasaportes con el nombre de Justo Sanjuán Vaquero y registrado en un hotel de cuatro estrellas de DF. La Policía Científica había aislado unas cuantas huellas que pudieran pertenecerle, de las muchas sembradas en la habitación.

—¿Te suena de algo? —preguntó Wie a Néstor.

—De nada. Movemos la foto entre los patrulleros para que pregunten, por si las huellas no nos chivan quién coño es.

Wie asintió. Introdujo el nombre de Justo Sanjuán Vaquero en la base de datos de la Jefatura, que le devolvió una imagen parecida al de la foto llegada desde México. Correspondía a un ciudadano español con domicilio en León. Cursó una petición a sus colegas leoneses para interrogarlo y aprovechó la vuelta de Néstor de hacer copias de las fotos del individuo, para advertirle de que había facilitado su teléfono como contacto interno. Él no pensaba aparecer por la tarde.

—Voy a recoger a Ana y me la llevaré a almorzar con mi familia. Hablamos por la noche.

—Está con Berta de paseo y no quieren interrupciones, te aviso.

—Ya hablé con ella hace un rato. Le conté a mi madre lo ocurrido. Quiere que la lleve a casa. Se sentirá amparada y dejará de pensar un rato en lo sucedido. Mi madre fue taxativa para mi extrañeza, porque esto no es nada normal en la sociedad oriental. Veremos cómo se lo toma la occidental. Sé que andan por la ribera del río a la altura de la esclusa; vente y te llevas a Berta por ahí.

Néstor hizo un gesto de qué hacer con las fotografías y Wie, arrebatándoselas de las manos, las puso en la mesa de al lado, donde un colega hablaba por teléfono. No necesitó decirle nada. Tan solo hizo un círculo con el índice en el aire que llevó al otro a devolverle un enorme dedo gordo enhiesto mientras el puño permanecía cerrado. Se haría llegar a las patrullas.

* * *

Bruno Silva había pedido que le sirvieran el desayuno en la habitación. Si lo habitual en él era devorar cuanto le pusieran, solo apuró el café, parte de un cruasán y el zumo de naranja, y no pasó de la ojeada a las portadas de los dos periódicos sumados a la bandeja. Miró a través del ventanal y comprobó cómo el sol bendecía la campiña. Hacía un día hermoso. Pese al riesgo que entrañaba, merecía ser vivido fuera de aquellas cuatro paredes. Se vistió de

sport, accedió al garaje privado y tomó su coche. Le apetecía reencontrarse con el mar y Cádiz quedaba apenas a hora y media.

Llegó sobre las doce del mediodía a la Tacita y aparcó en el hotel Atlántico, desde donde accedió directamente a la playa. Durante un par de horas, paseando por la arena con las zapatillas deportivas en la mano, se sintió en paz con el universo. Se le echó encima la hora de almorzar y la idea de hacerlo viendo la desembocadura del Guadalquivir, en Sanlúcar de Barrameda, le resultó irrenunciable. A diferencia de la ida, en que accedió a Cádiz por el puente viejo, quiso gozar en la vuelta del de la Constitución, una gigantesca y hermosa obra de ingeniería que se extiende tres kilómetros sobre el mar.

Apenas recorridos quinientos metros del puente, mientras veía en la lejanía las siluetas de El Puerto de Santa María y de Rota, observó que el Lexus con el que había coincidido en la glorieta de entrada al puente, permanecía detrás de él. Aceleró para ver su reacción y no tardó de nuevo en acercarse para, doscientos metros más adelante, cuando apenas habían recorrido kilómetro y medio, situarse primero a su altura y, más tarde, aproximarse de costado y despegarse. Por más que reducía la velocidad o la incrementaba, el Lexus no cedía y sus acercamientos eran cada vez más bruscos y temerarios. Bruno divisó el final del puente al tiempo que el Lexus le sobrepasó unos metros, frenando y derrapando ya fuera de él. Bruno frenó en seco y aunque al instante metió la marcha atrás, tuvo que desistir al haberse cruzado dos coches detrás. Lívido, observó abrirse la puerta del conductor del Lexus.

* * *

Ana echó a correr y se abrazó a él nada más que lo vio aparecer. Berta le hizo una seña a Néstor, quien reaccionó dirigiéndose a ella como una desvencijada avioneta mecida por las ráfagas de viento. Si Berta lo saludó con un «payaso», Ana prescindió de las palabras cuando se fundió con Wie.

La misma calidez en su abrazo sintió cuando la madre del inspector, con una sonrisa y un sonoro «huanying» en los labios, la saludó al llegar a su hogar. Lo había hecho justo en el umbral, sin pisar siquiera el *hall* y antes de percibir las figuras de las personas con las que compartiría el almuerzo, alineadas a la derecha como si fueran tropas listas para pasar revista.

Wie le había advertido de que, contrariamente a lo supuesto por ella, no iba a ser un almuerzo con su madre sino en compañía de todos los miembros de su familia y se ofreció a aplazar la cita —«pese a que mamá hizo una gran

compra, propia de una festividad»— dadas las circunstancias. Comprendía que ella no tuviera ánimo después del incidente en la oficina.

—No, iré —respondió Ana, que enjugaba las lágrimas furtivas con el pico de un pañuelo.

—¿Te apetece seguro?

—Nada ni nadie va a condicionar mi vida.

Wie le había informado de que su madre le daría la mano y le haría una pequeña reverencia; ella se quedó en el primer tiempo de devolvérsela. También, advirtió, los mayores la saludarían igual, aunque preguntándole, a modo de bienvenida, «ni chufan le ma» o «ni qu nar», a lo que bastaba con que respondiera «sí». Los jóvenes lo harían al modo español.

—¿Qué son el «chufan» o el «nar» ese, Wie?

—«Ni chufan le ma» lo podemos traducir por ¿has comido? y «ni qu nar» por ¿adónde vas?

—¿Pero cómo voy a decirles entonces que sí, si voy allí a comer y no he probado aún bocado, o contestar con una afirmación si me preguntan adónde voy cuando estoy aquí porque me habéis invitado vosotros? —preguntó Ana sin salir de su asombro.

Wie rio con ganas ante el rostro desconcertado, y algo demacrado, de Ana y la tranquilizó. Era una forma de saludar que se remontaba a siglos atrás; la tradición los había mantenido pero, en realidad, ni suponía una invitación a comer ni interés alguno en saber adónde se dirigían las personas.

Por eso, cuando los fue presentando, Ana, a la que Berta había maquillado para disimularle unas profundas ojeras, les hacía una pequeña reverencia con la cabeza, les daba mano y decía «sí» con una sonrisa. A Wang Hui, el abuelo; a Chen Ming, el marido de su tía, y a Wang Fo, el hermano de su madre; a Wang Mei Lin, su tía, y a Yuán Akame, la esposa de su tío; a López Shu, su hermana, que le dio también un beso, y a su prima Chen Hai, la hija de Ming y Ling, con su pequeño Bai en brazos y la pequeña Mulán enroscada a sus piernas; a Wang Pepe, su primo adolescente.

—Recuerda, primero el apellido y luego el nombre —le había insistido Wie para aumentar su confusión y borrar unas horas de su mente el día anterior.

—Somos trece —le susurró al oído Ana, apenas sentados a la mesa.

—¡Buen número! Por eso no está Chao. Comerá en su trabajo.

—¿Quién es Chao y por qué no está aquí?

—Chao es el marido de Hai y no está aquí porque seríamos 14 a la mesa.

—¿Y qué pasa?

—Ni se te ocurra decir catorce en voz alta.

—«Sap sei», ¡toca madera! —añadió, riéndose, Shu, junto a su hermano.

—¡Calla, Shu! —le reconvino en serio Wie, quien susurró al oído de Ana: «“Sap sei”, catorce en chino, se parece en su pronunciación a “sat sei”, en cantonés “muerte segura” y en esta casa, menos Shu y yo y los niños, todos son cantoneses. Por eso, Ming le ha dicho a su yerno que no aparezca por aquí hasta haberte ido».

* * *

A David Alfakhar, la amenaza con que Bruno cortó de manera abrupta su conversación la noche anterior le sonó a añagaza para ganar tiempo y no le impidió reunirse con Esperanza, la mujer de Fernando; ni despedirse de los informáticos americanos, que volvían a su país tras sanear el sistema; ni tratar con los jefes de área la suspensión de los productos piramidales puestos en el mercado por Bruno y que él, para tapar el agujero económico de la compañía, había autorizado. No se harían más operaciones. Como la letra pequeña de los contratos así lo permitía, se pagarían los intereses prometidos del semestre y luego se devolvería el capital a los inversores, gente ingenua, sin preparación alguna, embaucada por la promesa del pago de altos intereses, muy por encima de los abonados por la competencia.

El plan de ruta de Alfakhar no contemplaba más que dos caminos y un mismo destino final. La devolución por parte de Bruno Silva de lo robado o la puesta en conocimiento del desfalco en el juzgado y en las autoridades monetarias. En ambos casos tenía previsto dimitir, poner la firma en manos ajenas, bien con su venta o con su fusión, y perderse en algún lugar, donde ella quisiese, con Denise. Supo que así sería el día de su accidente. «Me tengo que marchar», le había dicho ella.

—No trabajes hoy.

—¿Por qué no lo iba a hacer, David?

—No quiero que otras manos te toquen.

—*Eh voilà, une bonne!* Nunca me gustaron los clientes *jaloux*.

—¿Celosos?

—Sí, celosos.

—Si soy un cliente, pago tu noche completa. Llama a María y dile que estás comprometida.

—No trabajo fuera del establecimiento, lo prohíben las normas.

—El cliente siempre tiene la razón. Dile a María quién es y no pondrá impedimentos.

—*Je ne veux pas*, David.

—¿Por qué?

—Porque soy una mujer libre y nadie me dicta lo que puedo hacer o no.

—¿Te vendrás conmigo, verdad, Denise?

David la besó en los labios y ella se marchó. Él tuvo la convicción de que sí compartiría su vida. Lo había visto en sus ojos. También sabía que no acudiría al chalet para poner en venta su cuerpo. Inventaría cualquier excusa. «Nunca más lo harás», murmuró aquel día Alfakhar.

XXIII

Bruno no tardó en convencerse de que su única escapatoria era por el asiento del copiloto y, semiagachado, correr hacia atrás parapetándose en los coches atascados. El habitáculo del Porsche solo era lugar para un buen contorsionista. Fue rápido en los movimientos, y pasó en segundos al asiento derecho y de ahí, tras abrir la puerta y tropezar, al pavimento. No necesitó levantarse. La risa de Lidia Salmerón, apoyada en el capó de su coche, le quitó toda la urgencia a la huida.

—¡Estás loca!

—Te creía mejor piloto, Bruno.

Las carcajadas de Lidia habían enfurecido aún más a los conductores que les seguían, algunos de los cuales comenzaban a salir de sus coches con intenciones tan aviesas como las que Bruno había imaginado del ocupante del Lexus de alquiler.

—¿Adónde ibas? —preguntó ella.

—A Bajo Guía —respondió Bruno abochornado.

—Sígueme —ordenó tajante la mujer.

La botella de manzanilla E, junto a una bien servida bandeja de langostinos, presidía la mesa para dos que Paco y Fernando Hermoso, dueños de Casa Bigote, les habían preparado junto a un ventanal de la primera planta del restaurante. La desembocadura del Guadalquivir se ofrecía a ellos radiante. Los pesqueros regresaban a puerto tras faenar toda la madrugada, las pequeñas barcas fondeadas frente a los establecimientos de restauración se mecían al paso de las olas provocadas por ellos y un ferry transportaba a un 4×4 de la Guardia Civil hasta la orilla del Coto de Doñana, donde el dorado de la arena, el verde de la reserva y el azul del cielo hacían ondear la bandera de la Naturaleza.

—En un todoterreno de esos iba yo el año pasado a esta hora para almorzar con el presidente —evocó Lidia mientras absorbía el interior de la cabeza de un langostino.

—Una mafia de lo más ecológica.

—¿Conoces Doñana?

—No soy muy de bichos.

—Te basta con mirarte al espejo.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada.

—¿No me vayas a decir que este emocionante encuentro ha sido casual?

—Del todo. Esta mañana asistí a un acto en la Zona Franca por un compromiso personal con un empresario amigo. Regresé al hotel y cuando iba camino de mi habitación te vi subiendo de la playa. Te seguí, vi que cogías el coche y me apeteció hacerte compañía.

—¿Has hablado con David?

—Lo llamé desde Madrid y quedamos en vernos mañana.

—¿Qué va a pasar con Alfakhar & Asociados?

—Va a depender un poco de los jueces y un mucho de vosotros; nosotros solo haremos algo de ruido.

—¿Esa generosidad se debe a que llegaste a un acuerdo con David?

—¡Oh, no! El catálogo de Vuitton de esta temporada está fuera de vuestras posibilidades.

—¿Entonces?

—¿Por qué robaste ese dinero, Bruno? —le preguntó ella de improviso.

* * *

Néstor Dueñas recibió la llamada de sus colegas leoneses mientras paseaba con Berta por el barrio de Santa Cruz, camino del centro de Sevilla. El individuo llamado Justo Sanjuán Vaquero era un ingeniero de minas regresado hacía un mes de Guinea Ecuatorial, sin que desde entonces hubiera vuelto a salir de España, según habían podido corroborar los agentes. Se le pidió entregar el pasaporte y por más que lo buscó no lo encontró. La Policía leonesa deducía que le había sido robado en el aeropuerto a su llegada; al no usarlo no había reparado en su desaparición. Su coartada no solo era impecable sino que, a diferencia de la foto remitida desde México por correo electrónico, él lucía barba, lo suficientemente frondosa para certificar su existencia desde hacía semanas.

Mejor suerte tuvo a su vuelta a Jefatura, tras tomar un café con Berta y dejarla en la confluencia de Sierpes con la plaza de San Francisco. Un patrullero de la zona de la Alameda había reconocido al «mexicano», un matoncillo con una larga lista de antecedentes de poca monta. Los policías se habían acercado a los lugares del centro por los que paraba de manera habitual, sin éxito. El establecimiento en el que trabajaba su novia,

permanecía cerrado a esas horas. Néstor tomó nota del nombre y de la dirección y le pidió a sus colegas no alargar su servicio. Él se ocuparía.

* * *

Correspondía a Hui, el abuelo, que presidía la mesa, pronunciar unas palabras de salutación a la invitada. Así lo habían convenido el día anterior. No era tradición china, mas Wie lo consideró un gesto de hospitalidad para con Ana. El policía aprovechó un momento de silencio para hacerle un gesto al abuelo y este, dirigiéndose a Ana, quien se irguió para enfatizar su atención, habló: «Chi», pronunció y con los palillos se apresuró a coger un trozo de carne, lo mojó en una salsa y con ello dio la señal de salida para que en la mesa todo el mundo empezara a comer.

—Bueno, esperaba unas palabras más —aclaró Wie con una sonrisa, pero el abuelo, como habrás apreciado, es parco en palabras.

—¿Qué ha dicho?

—Que está muy contento de tenerte aquí y que es un honor para la familia haberte dignado a comer con nosotros; espera que no sea tu última visita.

—¡Pero si ha dicho una sola palabra, «Chi»!

—Lo ha resumido diciendo «Comamos», pero en realidad ha querido expresarte todo lo que te he dicho.

Wie le contó a la mesa lo que hablaba con Ana y todos rieron, menos el abuelo. Él a lo suyo. A Ana, aún con lo ocurrido en la oficina revoloteándole en la mente, la asaeteaban a preguntas, todas en chino. Wie las traducía, al igual que las respuestas, dando lugar a encendidos debates. Ella asistía a ellos como quien ve un partido de ping-pong.

—¿Es normal esto, Wie? —preguntó.

—¿El qué?

—Que todo el mundo hable en chino.

—¡Oh, sí! En casa solo se habla chino.

—¿Y la invitada?

—Yo te traduzco.

—Pero si todo el mundo domina el español, lo lógico es que en la mesa se tenga ese detalle con la invitada —insistió Ana, enfurruñada.

—Unos más, otros menos, el abuelo nada. ¿Te gusta el hot pot?

Había dos hornillos con hot pot en la mesa y los comensales iban metiendo en el caldo finas láminas de carne de carnero y de ternera o tiras de vegetales. También había costillas asadas, pescado al horno, unas albóndigas gigantes llamadas «cabezas de león», arroz blanco, tallarines fríos con bambú y setas.

—Han hecho un menú especial en tu honor, Ana.

Ana agradeció a la madre de Wie tal agasajo culinario y sus palabras fueron bien recibidas en el grupo. Durante un rato todos la reverenciaban con la cabeza cada vez que cruzaban la mirada con ella. Había comido mucho, más de lo habitual, y estaba saciada. En un plato en el que Wie le había apartado, aún quedaba una costilla y algo de guarnición por apurar.

—¡No puedo más! —reconoció Ana, llevándose la mano al estómago.

—Come.

—No, gracias, voy a explotar y me duele el labio.

—Verás, no se debe dejar nada; se considera una falta de educación.

Ana vio cómo en la mesa no quedaba más que lo suyo por terminar y cómo todos los ojos se fijaban en ella. Sorbió del vino servido por Wie, el único que la acompañó con el Rioja mientras los demás tomaban agua, y dejó el plato como una patena. La cara de aprobación de los comensales, incluida la del abuelo, la convenció de haber superado la prueba. Se preguntó si lo ocurrido en la oficina también lo sería y podría superarla.

* * *

La llegada del camarero con las almejas a la marinera, la ración de cocochas y de urta a la roteña le excusó de contestar a la pregunta de Lidia. Aunque ella insistió de nuevo, Bruno ya había tomado la decisión de considerar inadecuado el lugar y el momento.

—Luego —respondió sin mirarla.

«Luego» fue hora y pico más tarde cuando tras tomar postre y café, Lidia le preguntó si le apetecía una copa, y si no le gustaría tomarla en un lugar tranquilo. Al salir del restaurante, ella marchó en dirección al pantalán donde atoaban los ferrys y Bruno le siguió los pasos. Mar y río se fundían en un abrazo rabioso, a tenor de las crestas de espuma surgidas de su encuentro, y el sol añadía placidez a la modorra que se adueñaba de ellos tras el copioso almuerzo. Solo el fuerte viento de Levante les incomodaba.

Lidia miraba hacia Doñana mientras veía pasar a la gente unos metros más allá, a través de un inmenso ventanal ahumado que impedía las miradas indiscretas desde el exterior. Bruno, tras cerciorarse de que la terraza, barrida por el aire, no era un lugar amable, había preguntado por un reservado situado en el ático. El encargado le había respondido que en esa época solo se abrían los fines de semana. Un billete de cincuenta euros le convenció de hacer una excepción a la regla. Convertir un miércoles en sábado era perfectamente razonable.

—¿Te parece suficientemente tranquilo, Lidia? —preguntó Bruno. La camarera dejó sobre la mesa una botella de güisqui.

—La vista es preciosa.

—¿Y la compañía?

—Está bien.

—¿Solo eso?

—¿Sabes?, antes, nada más decirte que si no te apetecía una copa en un lugar tranquilo, me arrepentí. Lo podías interpretar como una invitación más personal.

—¿A follar? David ya me advirtió en su día de tu fama. En el sexo eres de las que mandan; cuando dijiste «tranquilo», solo oí eso. De haber querido algo más me lo hubieras ordenado de manera directa.

—No descarto ponerte firme algún día —sonrió Lidia con picardía.

—¿Te gusto?

—Pues sí, lo admito. Estás muy bien, eres guapo, simpático y un poco canalla, casi lo tienes todo.

—¿Casi?

—No tienes dinero.

—Y a ti solo te mueve el dinero.

—Salvo para darme a un hombre. No soy como tus putitas.

Lidia le señaló un pesquero que regresaba a puerto escoltado por una multitud de gaviotas y Bruno aprovechó para apurar la copa y servirse una nueva. Se sentó al filo del sillón orejero acercado al ventanal.

—¿Por qué lo hiciste? —le preguntó entonces Lidia.

—Ya sabes cómo son estas cosas: empiezas jugando pequeñas cantidades propias en operaciones arriesgadas, te va bien, te abandonas al lujo y cada vez necesitas más y más, arriesgas mucho más, yerras, redoblas con dinero ajeno para recuperar, pierdes. Dejas de ser un profesional valiente y te conviertes en un jugador desesperado a la búsqueda del gran pelotazo, aprovechando que el dinero pasa ante ti como el caudal de un río a punto de desbordarse.

Lidia alargó su vaso a Bruno y encendió un cigarrillo. La tarde se iba marchitando y las sombras se hacían más duras. Bruno, una vez servida Lidia, extendió sobre el cristal de la mesa dos generosas rayas de coca que ella con firmeza descartó compartir.

—David va a denunciarme.

A ella le sorprendió más el cómo lo dijo que el contenido. Días atrás se había preguntado cómo reaccionaría David si, tal como intuía Fernando, quien le confesó sus temores en Cancún, era el más joven de la compañía el

responsable del entonces hipotético desfalco. Habría apostado porque Alfakhar solo llevaría el caso al juzgado de agotar sin éxito todas las posibilidades.

—No eres el único en jugar sucio —respondió Lidia, rompiendo el silencio—. David, en cierta ocasión, poco antes de entrar tú en la compañía, ya lo hizo con fuego. Fernando también estaba involucrado. Casi cuatro millones se hurtaron al erario.

—¿Eso está documentado?

—Sí, por entonces me veía de manera frecuente con Fernando y me confesó que habían actuado de manera inadecuada, aunque sin darme detalles. Poco después tuve la oportunidad de revisar el dossier completo. Se habían metido en un buen lío, pero al final no se quemaron.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Nunca se sabe lo que a una le deparará el futuro.

David y Fernando habían urdido un sofisticado sistema de evasión de capitales que un escrupuloso inspector de Hacienda, a punto de jubilarse, había descubierto. Cedieron a garantizarle una jubilación dorada y a pagar una multa que calmaría la conciencia del funcionario, quien añadiría un galardón más a su intachable hoja de servicios. Años después, se revisó el caso, descubriéndose que la multa había sido una miseria en comparación con lo defraudado. El funcionario había ya fallecido y desde las alturas se decidió echar tierra sobre el asunto. Lidia no sabía por qué aquel incidente no constaba en el expediente de la firma. Simplemente se había archivado aparte y solo el polvo tenía la oportunidad de contemplarlo.

—No ha prescrito aún —enfaticó Lidia, preocupándose de que deslizándose mucho la consonante final llegara nítida a Bruno.

—Interesante —respondió este.

* * *

Néstor iba por la cuarta copa cuando logró arrancarle una sonrisa a Mónica con un viejo chiste feminista. No faltó el comentario jocoso de ella sobre la torpeza de su novio a la hora de los regalos.

—¿Qué ha sido lo último que te regaló?

—Pues, fíjate, yo tengo alergia a todo menos a los metales nobles. Me salen sarpullidos con los otros. Pues el muy tonto, aún sabiéndolo, me trajo un collar, una filigrana preciosa, pero de cobre.

—¡Vaya! Pues ya te pudo comprar algo de oro, con lo barato que está en México.

Tardó en darse cuenta del error y maldijo mil veces su torpeza cuando, a continuación, la observó desviando la vista hacia la entrada y haciendo un gesto casi imperceptible para cualquiera que no fuera él. Giró la cabeza con brusquedad y tuvo tiempo de ver a Sebas detenerse, mirarlo y salir corriendo calle abajo. No ayudó el ron a mejorar su carrera, pronto advertida como desigual. Sebas avanzó primero por el terrizo de la Alameda hasta cruzarla y empezar a poner distancia, mientras giraba una y otra vez por el dédalo de calles de la collación. Néstor lo supo perdido antes de que la vista le ofreciera una prueba de ello: su respiración llegaba al límite y le ordenaba a detenerse. Wie se iba a cabrear.

* * *

David Alfakhar leía en la cama el libro que Denise le había llevado el día anterior. No resultaba habitual encontrarlo entre las sábanas antes de la medianoche, pero el día en la oficina había sido feo y necesitaba pasar rápido la hoja del calendario. Se dijo que un baño relajante, una copa de su mejor vodka y el recuerdo de su amante a través de las páginas de la novela le harían conciliar pronto el sueño.

Antes de salir de la oficina, Irene le había confirmado la reserva de una sala en el club de golf para el día siguiente. Siguiendo sus instrucciones tendrían preparada una cena ligera para dos en el reservado más alejado del salón principal, justo el que daba al *green* del hoyo 18. No tenía demasiadas esperanzas puestas en la conversación a mantener con Bruno y tampoco estaba dispuesto a dilatar más el asunto.

Una escena en la tercera página del libro le recordó que no había llamado ese día a la secretaria de su socio para interesarse por su estado. Miró el reloj y no le pareció oportuno sobresaltarla a aquellas horas. Tomó el móvil, abrió su agenda del día siguiente y fijó para después de la reunión con Lidia Salmerón una llamada a Ana Bernal. Le preguntaba el teléfono si quería recordatorio de la anotación cuando una vibración le alertó de la llegada de un mensaje. Era de Denise. Pasó un tiempo sin abrirlo, como si el no saber su contenido le aliviara. Pulsó sobre su avatar y se abrió.

—Sí quiero —decía.

XXIV

Irene recibió la llamada de Berta, recién llegado David Alfakhar al despacho, y no consideró oportuno molestarlo para resolver su petición: podía acompañar a Ana al médico y ambas reincorporarse por la tarde al trabajo. Pidió que las llamadas a sus dos compañeras se las desviasen a su teléfono.

A media mañana, desde la recepción intentaron hablar con Ana. Fue Irene la que contestó. Acababa de llegar un sobre procedente de la Universidad de Deusto y tenían instrucciones de contactar de inmediato con ella nada más se recibiese. Ordenó que se lo enviaran. Allí, en un rincón de su mesa, estuvo toda la mañana hasta un poco antes de la una, cuando Alfakhar salió de su despacho para recibir a Lidia Salmerón. Irene le había hecho un gesto y David, tras franquear el paso a Lidia y rogarle que se pusiera cómoda, se acercó hasta la esquina de la mesa hacia donde se dirigía la mirada de su secretaria.

—¿Y?

—Ahí está lo enviado por Ana a Deusto.

—Ábrelo y me dices luego.

De regreso al despacho, Alfakhar se detuvo y, volviendo sobre sus pasos, se acercó de nuevo a la mesa de Irene que, abrecartas en mano y sin poder disimular su impaciencia, se disponía a abrir el sobre.

—Dame, lo haré yo —reconsideró David para decepción de su secretaria. «Y bien, querida Lidia, ¿qué me cuentas?», oyó preguntar a Alfakhar antes de cerrar la puerta de su despacho.

* * *

Néstor le confesó a Wie que un desliz suyo había permitido escapar a Sebas, quien se había cuidado de regresar a su domicilio la anterior madrugada. Había conseguido, esposándola, que Mónica, su novia, desvelase su dirección, obligándola luego a acompañarlo en su coche y a vigilar hasta el amanecer la entrada del edificio. La chica, amenazada de ser cómplice de un crimen, se había avenido a llamar a su pareja y a engañarlo procurando un

encuentro, pero el tipo, pese a su juventud, tenía ya caparazón y ni aceptó ninguna de las llamadas ni las devolvió.

Wie no le reprochó nada. Había sido tanto culpa de él como suya desde el momento en que prefirió acompañar a Ana entre las sábanas a unirse en las pesquisas a su compañero.

—¿Qué hacemos ahora, Wie?

—Seguir buscándolo.

—¿Informamos a Abascal?

—¿Para no ofrecerle una solución sino crearnos un problema? Ese Sebastián Ruiz puede ser el único en poder señalarnos al culpable de la muerte de Fernando Argüelles. ¿Los dos socios están localizables?

—Alfakhar sigue yendo con normalidad al despacho, me dijo Berta, pero que Bruno no aparece, no al menos en las horas de oficina. En la firma se asegura que hace un par de noches tuvo un altercado con un guarda de seguridad.

—¿Qué pasó?

—No lo sé, me lo comentó de pasada Berta.

—Pues vamos allí y nos aseguramos de tener una versión fiable. ¿Trabaja el tipo hoy?

—Le rompieron la nariz, así que no creo, pero lo compruebo.

* * *

Lidia Salmerón se entretenía viendo las fotos que festoneaban las repisas de la biblioteca de David Alfakhar cuando este avanzó hacia su mesa, abrió un cajón y depositó el sobre; luego, se dirigió a su encuentro.

—Nada menos que con Alan Greenspan, ¡qué nivel! —exclamó Lidia señalando un marco de plata y exhibiendo su mejor sonrisa.

—Se equivocó como todos.

—¿Y quién no? Bruno, por ejemplo.

—¿Has hablado con él?

Haber conversado con el socio más joven de la firma era de las pocas cosas que estaba dispuesta a admitir ante Alfakhar, pero no la que más sorpresa debía despertar en su interlocutor. David permanecía sentado en un sillón a la espera de que la presidenta de la CNMV dejase de revolotear por el despacho.

—Le conté a Bruno vuestra evasión de capitales.

—¿Era necesario?

—Me había confesado su desfalco y lo vi ahí tan arrepentido, tan acomplexado por su culpabilidad, tan huérfano de cariño...

—¡Para, Lidia! No es necesario apuntalar tu hipocresía con una apelación al instinto maternal.

—Ahora estáis en una situación parecida.

—Y tú en disposición de cobrar de los dos.

—No necesariamente, siempre que uno pague el doble.

—¿Por qué no querías antes y ahora sí?

—Mi honradez no es apreciada en el mundo político y no me queda mucho tiempo al frente de la Comisión, ¿sabes? Lo he sabido hace poco. Tengo que ir proyectando mi futuro.

—Lo mismo yo puedo ayudarte en eso. Bruno se irá, Fernando dejó un sillón libre y debo buscar un nuevo socio. Podemos socorrernos mutuamente.

—Tengo hambre, ¿dónde me vas a llevar, David?

* * *

El médico había escuchado atentamente las explicaciones de Berta. Para no ser la paciente había estado excelente en la exposición del objeto de la visita. Cada pregunta del galeno tenía en ella la respuesta adecuada, aunque fuera Ana la destinataria.

—Le voy a recetar un somnífero por si le costase conciliar el sueño. El ansiolítico solo vuelve a tomarlo si se repite una situación estresante sin poderla controlar.

—Sí, doctor —asintió Berta.

—Pero sería mejor que se lo tomase ella y no usted; posiblemente, le hará efecto antes —ironizó el médico sonriendo a Berta.

—¡Qué cachondo! —murmuró ella.

—Querrá la baja médica, ¿no? —preguntó a Ana.

—¡Pues claro! Porque... —se adelantó Berta sin poder acabar la frase.

—No, doctor; nada de baja. Necesito ir a trabajar. Me volvería loca en casa —afirmó Ana con rotundidad.

De nada sirvió la protesta de Berta. Ella instaba al médico a extender la baja y Ana se negaba. El galeno apeló al civismo de ambas: otros pacientes esperaban. Abrió la puerta y las invitó a irse. Ana fue la primera en salir. Después lo hizo Berta, quien despotricó en la sala de espera.

—¡Pues no me ha dicho el muy cretino que me mejore...!

* * *

Irene sorbía un café del vaso de plástico cuando vio llegar a Berta y a Ana. Se levantó para abrazar a Ana.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó.

—Bien, bien, más tranquila.

—Me alegro, Ana, no conviene tomarse las cosas por la tremenda.

—Quiero a ver al señor Alfakhar, Irene.

—Y él desea hablar contigo, lo tiene apuntado en su agenda y me pidió que se lo recordara. No está aquí, salió a almorzar con una visita. ¿Te quedas en la Casa?

—Sí.

—En cuanto llegue se lo digo, estará encantado de recibirte.

—Gracias.

—¡Ah!, esta mañana se recibió el sobre de la Universidad de Deusto.

—Coñete, a qué esperabas para decírnoslo... ¿No lo habrás abierto, no? —terció Berta.

—No seas ordinaria, hija. El señor Alfakhar lo tiene en su despacho.

—¿Te ha dicho lo que contenía?, inquirió Ana.

—No, salió casi de inmediato a almorzar; no sé siquiera si lo ha abierto.

—Pues no sé si tiene derecho a hacerlo, la verdad —rezongó Berta.

—Si el socio principal de la firma no lo tiene, ya me dirás, lista —respondió Irene.

Ana se despidió primero de la secretaria de Alfakhar y luego de Berta para dirigirse a su mesa. Pidió que recepción le volviese a pasar las llamadas directamente, comprobó no tener tareas pendientes para ese día y la revisión del correo electrónico, lleno de mensajes de ánimo de compañeros, no deparó nada importante. Tomó las llaves del despacho de Bruno y entró en él. Todo parecía en orden. Si acaso, se convenció, el montículo de papeles que solía adornar una de las esquinas de la mesa había adelgazado de forma notable con relación a la última vez.

Ya avanzada la tarde, David apareció por su despacho. Le hubiera apetecido, tras almorzar con Lidia Salmerón y antes de dirigirse al encuentro con Bruno, haberse visto con Denise, pero Irene le había informado de que Ana Bernal se había incorporado al trabajo y se sentía en la obligación de recibirla de manera inmediata.

—Ana, el señor Alfakhar te atenderá ahora.

Era absolutamente excepcional que los jefes se acercaran a la puerta de sus despachos para recibir a los empleados, incluso en los casos en que estos eran homenajeados por ellos tras alguna operación exitosa o un ejercicio en especial beneficioso para la firma. Y sin embargo, allí estaba David Alfakhar, en la puerta del suyo, con la mejor sonrisa, esperando su llegada.

—Permíteme darte un beso de bienvenida.

Tampoco era normal eso. Ana agradeció el afecto sincero que se desprendía de aquel gesto y correspondió a su abrazo.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un café, un refresco?

—¡Oh, no!, señor Alfakhar. Muchas gracias.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, mucho mejor, gracias.

—El otro día no tuve oportunidad de ofrecerte las disculpas de la firma por lo sucedido, algo por completo inaceptable. Lo siento muy de veras, Ana.

—Lo sé, señor.

—Me ha dicho Irene que has ido al médico. Si necesitas un periodo de descanso puedes tomarte cuantos días precises.

—Lo agradezco, pero estoy bien.

—He ordenado que te cambien por Berta en el despacho del señor Silva mientras la situación se normaliza.

—¡Por favor, no!, señor Alfakhar, se le ruego. Lo sucedido fue desagradable, pero también fruto de las tensiones que se viven aquí. Además, no quiero poner en ese compromiso a Berta. Me gustaría aclarar las cosas con el señor Silva cara a cara.

—¿Sabes?, esta noche tengo previsto reunirme con él y le voy a exigir que se disculpe contigo. Por lo que veo no ha tenido la cortesía, qué digo, la hombría, de hacerlo.

—Bien, gracias, don David, pero... en fin... no lo veo tampoco necesario, lo mismo hablando con él...

—No volverá a pisar su despacho sin haberse disculpado previamente contigo, la decisión no solo está tomada sino que se ha avisado a seguridad. No se le franqueará la entrada sin mi permiso. Es más...

El interfono sonó con insistencia y David, tras disculparse, lo atendió. Su secretaria le comunicaba que el inspector Wie estaba en la antesala de su despacho e insistía en ser recibido.

—Perdona, Ana, pero la Policía desea verme y parece urgente.

David acompañó a Ana a la puerta, abrió y le cedió el paso. Ella saludó a Wie con un movimiento de cabeza y pasó a su lado al tiempo que Alfakhar, con un gesto, invitaba al policía a acceder a su despacho. Wie alcanzó a coger del brazo a Ana, obligándola a detenerse.

—Quédate.

* * *

José Rodríguez Gómez, «natural de Medellín, señor», no trabajaba ese día. Aprovechó la llamada de Néstor Dueñas para convencer a su mujer de acercarse al bróker y entregarle a un compañero la baja médica que debía llevar a su central. El tipo, treinta y pocos años, le contó a Néstor lo sucedido un par de noche antes aunque se cuidó de ofrecerle todos los detalles, salpicando su relato de toda clase de justificaciones para con su agresor.

—¿Interpreto que no ha presentado denuncia?

—¡Oh, no!, señor. Todo fue un malentendido: ni yo quise molestarle ni él tuvo seguro maldad en su reacción.

El guarda de seguridad silenció que Bruno se escondiera, que él lo sacara pistola en mano de su escondite y lo obligara a asomarse al balcón más alto de la Torre Sevilla.

—¿Sabes por qué subió a la azotea el señor Silva?

—No, supongo que para disfrutar de las vistas o tomar el aire o fumarse un cigarrillo. Mucha gente lo hace; es más, siempre estamos pidiendo que avisen porque suelen dejar la puerta abierta y, aunque aquí sería un milagro encontrar «asaltaazoteas», un indeseable sí podría acceder a los aparatos de aire acondicionado del edificio, por poner un ejemplo. En nuestras rondas siempre comprobamos que la puerta de acceso está cerrada.

—¿Eso le llevó a usted a subir?

—No. Hubo algo que me extrañó. En el vestíbulo de los ascensores de la planta donde trabaja ese señor había un par de grandes bolsas negras y sentí pasos en las escaleras. Algo no cuadraba.

—¿Estaban las bolsas cuando bajó?

—No me paré a comprobarlo, descendí hasta el vestíbulo directamente a pedir ayuda, sangraba como un cerdo degollado.

—Si le sirve de consuelo, yo hubiera actuado casi igual que usted esa noche.

—¿Casi?

—La nariz rota no sería la mía, amigo.

* * *

El almuerzo con Anselmo Llanes, un rico armador al que asesoraba en sus inversiones familiares, no estaba entre las prioridades de Bruno para ese día. Sin embargo, el recuerdo de su último encuentro, cuando acudió a una fiesta en su mansión a las afueras de Madrid, le impelió a llamarlo. Aquella vez, justo antes de entrar en el salón, en un aparte, un grupo de tipos con espaldas anchas y quijadas de caballo, bromeaban. Eran los guardaespaldas de su cliente y de algunos de sus poderosos invitados.

Había bastado una llamada del armador, al que puso al corriente de las amenazas de un supuesto inversor airado, para que al segundo palo cortado le presentara a un tipo con trazas de quebrantahuesos, experto, según Llanes, en hacerse sombra de la persona a proteger.

—Encantado, señor Silva. Necesito un plan detallado de sus actividades. Antes de dar un paso necesito saber en qué dirección irá —le advirtió el tipo.

El escolta fue el primero en entrar en su apartamento. Fisgoneó por las habitaciones y, con un ademán, indicó a Bruno que todo estaba en orden. El plan para el día contemplaba una rápida visita a su domicilio donde recogería ropa y una única salida nocturna al club de golf para entrevistarse con David Alfakhar. Luego, ya decidiría si pasaba unos días en algún lugar cercano, pero secreto, o buscaba poner tierra y mar de por medio.

* * *

Wie no supo decirse qué le había sorprendido más, si el rubor que subió a las mejillas de Ana al pedirle su permanencia en el despacho o la cara de estupefacción de Alfakhar, quien reaccionó con un «claro, claro» y les franqueaba la entrada. El policía no se anduvo con rodeos.

—Es una amiga especial, señor Alfakhar.

—Entiendo.

—Y a los amigos, especiales o no, no les gusta que agredan a sus íntimos.

—Lo comparto. Antes de llegar usted ya le había pedido disculpas a Ana en nombre de la empresa.

—No es suficiente.

—Lo sé, inspector, por eso le he dado mi palabra de que esta noche le exigiré a Bruno Silva una excusa formal y pública. Ahora con más razón, dado que los vínculos de la firma con Jefatura van a ser muy estrechos, permítame la broma.

—¿Se reunirá con él hoy?

—Sí, en unas horas.

—Ana no desea interponer denuncia alguna, pese a que así se lo he aconsejado. Pero si no la resarce, no hará falta; lo haré yo encantado.

—Entiendo, se lo trasladaré.

Wie se apresuró a coger el móvil de su bolsillo. Rogó que lo disculparan, se levantó y separó unos metros de ellos. Cuando volvió no se sentó de nuevo.

—Me requieren, señor Alfakhar. Confío en usted.

—Haré todo lo que esté mi mano para satisfacer a la señorita Bernal, descuide.

Wie alargó la mano hacia Ana, quien se la acarició, Acompañado de David se dirigió a la puerta y se marchó. A su vuelta, Alfakhar cambió de rumbo y en lugar de reunirse con Ana se acercó a su mesa.

—Por cierto, llegó el sobre de la Universidad de Deusto —confesó.

—Lo sé y me ha dado la impresión de que ha esperado la marcha de Wie para acordarse. Muy oportuno —afirmó Ana con media sonrisa.

—Si lo sabía, ¿por qué no lo sacó a colación?

—¿Sin asegurarme de lo que contiene? Siempre he sido leal a la empresa, incluso con amigos especiales de por medio. Ya tendré ocasión de comentárselo.

David sonrió satisfecho, abrió el cajón superior de su mesa y extrajo de él el sobre.

—Valoro tu gesto, Ana, mucho. Veamos —dijo mientras rasgaba el papel.

* * *

Néstor Dueñas se acercó a ver a Berta tras hablar con el guarda jurado. De su conversación con él, por más que la actitud de Bruno Silva le causase extrañeza, no podía sacar nada en claro que le ayudase con el caso. Un tipo sorprendido por un vigilante, un vigilante torpe al no reconocer a la persona, una reacción de esta desproporcionada pero compatible con lo sucedido. Solo las bolsas negras en el vestíbulo de la planta añadían alguna extrañeza al suceso.

—Wie iba a hablar con Alfakhar.

—Yo no lo he visto —le aseguró Berta.

—¿Y Ana?

—Se fue a su despacho y luego se pasó por aquí. El sumo sacerdote la iba a recibir. Que yo sepa, aún está; si no, me hubiera llamado. Y el guarda jurado, ¿qué?

—Respirando por el ano. Tiene la nariz como una berenjena.

—¿Por qué le pegó?

—Por la misma razón que se puso furioso y violento con Ana. Está nervioso. Por cierto, ¿es normal que haya bolsas de basura en el vestíbulo de los ascensores de noche?

—Supongo, es cuando trabajan las contratas de limpieza.

—Ya.

—Néstor, Deusto devolvió el sobre, nos lo confirmó la tonta de Irene.

—¿Y?

—Ni idea, lo tiene Alfakhar.

—¿Lo sabe Wie?

—Ana se lo habrá dicho.

—Pregúntale, porque si no, entro yo en el despacho de Alfakhar y alerto al López.

Berta llamó a Ana y al no obtener respuesta, hizo lo mismo con Irene.

—Néstor, están los dos dentro.

—A ver si salen casados —bromeó él.

XXV

Alfakhar dejó el abrecartas sobre el cartapacio de su mesa e introduciendo su mano en el sobre sacó un par de folios y una foto. Se cercioró luego de que no había nada más dentro de él y posó la mirada en los papeles. Enarcó las cejas, miró a Ana y antes de deslizar los folios hacia ella, espetó: «No entiendo bien qué está pasando».

Ana mostró su sorpresa al comprobar el contenido.

—¿Me lo descifras, Ana? —preguntó David.

—Es su currículum, señor Alfakhar.

—Exacto.

—La copia que me sirvió Irene. El señor Silva me la pidió para compararlo con el suyo.

—¿Enviaste el mío en lugar del suyo a Deusto?

—Eso parece, señor. Pero que don Bruno se enfureciera por eso no es creíble.

—Su vanidad es enorme, pero no creo que la posibilidad de quedarse fuera del libro le enojara tanto.

—Wie va a tener razón: le enfadó no lo remitido a Deusto, sino llevarse un sobre equivocado —comentó Ana.

—¿Lo que se llevó? ¿De qué estás hablando? —inquirió Alfakhar.

* * *

—Pitando —le urgió.

Néstor se había dejado arrastrar hasta el coche por Wie, quien salió del despacho de Alfakhar como una exhalación, sin detenerse siquiera a saludar a Berta, de la que se despidió con un movimiento de cabeza. Urgió a su compañero a reunirse con él. Wie pasó unos minutos hablando en chino a través del teléfono y señalaba con la mano a Néstor por dónde debía circular.

—¿Dónde vamos?

—Al bazar.

—¿Problemas?

—No, pero más vale prevenir.
—Me quedo contigo.
—Asia no necesita de Occidente para resolver sus problemas. Vete a buscar al Sebastián ese —ordenó Wie.
—¿Qué ha pasado en el despacho de Alfakhar?
—Se disculpó con Ana.
—¿Qué tenía el sobre?
—¿Qué sobre?
—El que enviaron a Deusto.
—Y yo qué sé, coño.
—Me dijo Berta que lo habían devuelto. Lo guardaba Alfakhar en su despacho. ¿No te comentó nada Ana?
—No.
—Raro.
—La llamaré.

* * *

Sebastián Ruiz hubiese pasado por un okupa más en la comuna que habitaba una vieja fábrica de aceite, no lejos del centro de la ciudad, si no llega a ser porque sus resplandecientes zapatillas Nike desentonaban entre tantas botas y zapatos desgastados como lucía la peña. Eso fue lo que alertó a un joven policía infiltrado en el colectivo, quien lo reconoció como el tipo de la fotografía distribuida en la Jefatura días antes.

Néstor, recién llegado a la Central, informó a su jefe, Abascal, y no tardó en reunirse con su colega okupa. Apenas llevaban un cuarto de hora montando guardia en las inmediaciones de la finca cuando Sebas, encapuchado, trató de acceder a ella portando dos bolsas de comida. No traspasó siquiera la puerta de la calle.

Se acercaba la hora de la cena, pero en el calabozo donde ingresó nada más llegar a la Jefatura solo pudo tomar una chocolatina que había logrado extraer de las bolsas un momento antes de ser esposado.

—¿Quién te encargó el viaje a México, amigo? —le preguntó Néstor en el patrullero.

No logró contestación. Ni entonces ni en una breve visita al calabozo apenas una hora después de apresararlo. Fue estando allí cuando recibió la llamada de Berta.

—¿Qué haces? —quiso saber su pareja.

—Aquí estoy en la jaula con un pájaro nada cantarín. Trato de localizar a Wie pero no me coge el teléfono. ¿Sabes si Ana habla con él?

—Ana está aquí conmigo y tampoco ha podido localizarlo en toda la tarde.

—Estaba agobiado con lo del acoso al bazar de su madre.

—¿Y a ti qué te agobia, cielo?

—Estar aquí como un capullo hambriento mientras otros se comen un solomillo de buey Wagu.

—Pues lo mismo eso han pedido Alfakhar y Silva.

—¿Están los dos en la oficina?

—En la oficina, no; se iban a reunir fuera y el señor Alfakhar le iba a pedir a

...

—¿Se están viendo ahora?

—Se habían citado, sí.

—¿Dónde?

—Y yo qué sé. Bueno, acostumbran a quedar en el club de golf.

—¿Qué club?

—El que está en Montequinto, el Real Club de Golf.

—¿Lo sabía Wie?

—Supongo, porque a mí me lo ha dicho Ana y estaba con ella en el despacho.

—Ponme con Ana.

—Ha ido al servicio.

—Me voy...

—Pero...

* * *

El guardaespaldas entró en el reservado, corrió las cortinas, husmeó entre las botellas y los platos de fiambre dispuestos sobre una mesa auxiliar, y con un gesto que Bruno Silva interpretó como «conforme», lo invitó a entrar. Faltaba aún un cuarto de hora para la cita.

—Yo estaré fuera. No descorra las cortinas. ¿Suele tener arranques violentos la persona que va a ver?

—No, no los tiene, es un tipo tranquilo.

—Mejor, de cualquier forma lo cachearé.

—Puede prescindir de eso. No lleva armas encima; las aborrece.

Lorenzo, el metre, recibió a Alfakhar con una leve reverencia y lo acompañó hacia el reservado. Al caminar hacia él, fijó la vista en un tipo que parecía haber hecho del dintel de la puerta su garita.

—¿Y ese, Lorenzo?

—Vino con el señor Silva, don David.

Al llegar al reservado, el guardaespaldas detuvo con la mano a Alfakhar. Este, apartándolo, abrió la puerta y ambos accedieron a la sala. David se le quedó mirando.

—Debo cachearlo, señor.

—¿Cómo? Pero ¿qué es esto, Bruno? —preguntó dirigiéndose a su socio.

—Nada, David, puro formulismo. Estoy amenazado.

—¿Y yo soy el que te amenaza?

—Él hace su trabajo.

—No me va a poner la mano encima este tipo.

Bruno le hizo una seña al guardaespaldas, quien se retiró con el encargo de avisar al metre: los socios se servirían ellos mismos.

David avanzó hacia la mesa mientras Bruno descorchaba la botella y servía las copas. Si alguien hubiese medido la densidad del silencio en la estancia, la hubiera comparado con el que reina en el firmamento.

—¿Quién te amenaza?

—Dejémoslo, no es de eso de lo que íbamos a hablar, David.

* * *

El 4 × 4 que seguía al Volvo nuevo de Alfakhar desde su salida del parking de la Torre Sevilla pasó de largo la entrada del club y, poco más allá, torció a la derecha para tomar un camino de tierra franqueado por frondosos sauces llorones. Recorrió unas decenas de metros y aprovechó un claro para girar y detener el vehículo.

El conductor, con pasamontañas negro a juego con su vestimenta, abrió el maletero, sacó de una bolsa de lona el fusil con culata retráctil y, tras engarzarle una mira telescópica, lo ocultó bajo su anorak, cerrando la cremallera hasta el cuello. Con una corta carrera alcanzó la valla del club de golf. Lo hizo a tiempo para ver cómo en una esquina de la casa club, aneja al restaurante profusamente iluminado, dos sombras se reflejaban en las cortinas. Tras comprobar que no había vigilancia alguna, se perdió en la oscuridad de la noche.

* * *

«Demasiado tarde te arrepientes», pensó para sí Alfakhar cuando terminó de oír la confesión de Bruno. Unas operaciones bursátiles suicidas con bonos basura, deudas de juego que se iban cuadruplicando, despilfarros en coches,

cocaína, viajes lujosos y regalos espléndidos a mujeres, Bruno parecía haber recopilado todas las miserias de quien, partiendo de la nada, no se conforma con lo mucho que consigue.

—*Game over*, Bruno. Mañana comunicaré el desfalco a la Comisión de Valores y lo pondré en manos de la Justicia. No me importa la firma, absolutamente nada. He decidido emprender una nueva vida y tengo suficiente para ello.

—Estoy dispuesto a devolver el dinero, no comuniques nada.

—¿Lo harás a plazos? Eres un chorizo, Bruno.

—Tú también lo fuiste, recuerda.

—No, yo utilicé artes ilegales para hacer ganar dinero a mis clientes.

—Y de paso para ganarlo tú. No eres mejor que yo, David.

—Me da igual serlo o no.

Alfakhar se levantó de la mesa, se quitó la chaqueta y acudió al ventanal para descorrer la cortina y abrir una hoja. Un aire gélido recorrió la estancia.

—Al menos, del asesinato de Fernando no me podrán acusar. Tú deberás demostrar que no estuviste implicado.

—No digas tonterías, Bruno.

—No lo son, tarde o temprano lo averiguarán. De una de tus cuentas salieron miles de dólares que, casualmente, aparecieron en el registro de una de las casas de los matones.

—¡Malnacido! ¿Qué has hecho?

Alfakhar sintió cómo el aire que entraba por el ventanal dejaba de ser frío para convertirse en el aliento de un volcán y a su corazón inyectar sangre a toda presión a sus venas. La acometida cogió de improviso a Bruno, quien cayó de espaldas al suelo, pero la lentitud de movimientos de su agresor, limitado por sus costillas contusionadas, le permitió incorporarse antes de tenerlo de nuevo encima. Alfakhar lo asió por el cuello y él trató de que aflojara la presión con un puñetazo en el costado que hizo al otro recular, tirando a su paso las sillas y la mesa auxiliar donde se alineaban copas y platos.

El ruido de los golpes alertó al guardaespaldas, que entró en el salón. Al fondo del mismo, pegados al ventanal, los dos hombres forcejeaban con los rostros congestionados. Corrió hacia ellos en el mismo momento en que Bruno lograba darse la vuelta.

* * *

La bandera blanca del hoyo 18 brillaba a la luz de la luna. Desde el seto que circundaba el *antegreen* podía observar el restaurante y, a su derecha, el reservado de David y Bruno. Permanecía con las rodillas hincadas en el césped húmedo, con el fusil apoyado sobre una pequeña rama despoblada de hojas y con la mirada fija en aquellas sombras que se movían nerviosas.

Aguantó la respiración y deslizó el dedo hacia el gatillo cuando observó cómo las luces agigantaban una figura que se acercaba al ventanal, descorría la cortina y abría la ventana. Aprovechó para ajustar el punto de mira y enfocar con precisión la telescópica. Siempre había opinado que el buen tirador era como el buen fotógrafo. Debía tener paciencia para darle confianza al modelo, capacidad de mimetizarse con el ambiente para no distraerle y precisión para pulsar el obturador justo cuando surgía el gesto idóneo. Ahora solo necesitaba que se pusiera a tiro el modelo y apretar el gatillo en el momento oportuno.

Acababa de ajustar el arma cuando observó que una sombra se abalanzaba sobre la otra. Situó la cruz de la mira en el centro del ventanal. Bruno Silva y David Alfakhar forcejeaban, y el más joven, atropellado por la fuerza y el peso de su contrario, vino a estrellar su cabeza contra la ventana.

La bala atravesó el cristal, y desde el seto vio cómo el cuerpo se desplomaba, mientras una tercera persona entraba en la estancia y corría hacia el ventanal.

XXVI

El policía sintió todas las miradas de la sala posarse en él cuando con paso lento cruzó el pasillo. Había declarado otras veces ante un tribunal, pero el hormigueo que recorría sus venas mientras se sentaba en la silla y ajustaba a su altura el micrófono nunca le había incomodado como en ese momento.

El fiscal carraspeó, dejó las gafas bifocales sobre los folios que un instante antes había ojeado, y se dirigió a él.

—Usted llevaba una investigación relacionada con el tema que nos ocupa.

—Sí, señor. Junto a mi compañero investigábamos en España la muerte de Fernando Argüelles, socio de la firma Alfakhar & Asociados, durante un viaje de placer a México.

—¿Con qué se encontraron?

—Descubrimos que en la empresa del señor Argüelles había tenido lugar un desfalco.

—¿Había relación entre el desfalco y la muerte del señor Argüelles?

—Ahora lo sabemos, pero al principio las investigaciones de la Policía mexicana nos hicieron pensar en un homicidio de unos delincuentes comunes; unos puntos oscuros exigían no cerrar el caso.

—¿Qué puntos oscuros?

—En el domicilio de uno de los detenidos en México se encontraron cincuenta mil dólares que un ciudadano español trasladó allí.

—¿Un crimen por encargo?

—¿Qué otra cosa podía ser?

—¿Averiguaron el origen del dinero?

—Sí, señor. Provenía presuntamente de una cuenta opaca de uno de los socios de la compañía, David Alfakhar.

—Según consta en las diligencias policiales, les había confesado el desfalco, ¿no es así?

—Sí, nos confirmó la desaparición del dinero, pero negó ser el culpable.

—¿Qué ocurrió la noche de autos?

—Los señores Alfakhar y Silva iban a verse esa noche, según averigüé. El señor Silva llevaba ilocalizable un tiempo, así que era una buena oportunidad

de poder hablar con los dos juntos. Solían reunirse en el club de golf. Me trasladé allí.

—¿Le animaba a ello su investigación sobre la muerte del señor Argüelles?

—Sí, aparte de sentir curiosidad por un arrebató de ira del señor Silva con su secretaria, a raíz de unos documentos enviados por error a la Universidad de Deusto. No sabía si tendría alguna relación con el caso, pero merecía la pena preguntárselo personalmente.

—¿Qué documentos eran esos?

—Un *currículum vitae* del señor Alfakhar en lugar del solicitado al señor Silva. Imaginamos que su enfado provenía no de ese envío erróneo, sino de otros documentos equivocadamente entregados por él a terceros.

—Se dirigió al club de golf, decía...

—Sí, entré en él justo cuando se desencadenaban los acontecimientos. Al acceder al *hall*, oí una detonación y el estruendo característico de unos cristales al romperse e inmediatamente unos gritos provenientes del fondo. Al entrar en la estancia observé un cuerpo en un charco de sangre, al otro socio ileso y al mirar hacia fuera, a lo lejos, unos destellos provenientes de algo en movimiento. Corrí hacia allí mientras daba el alto.

—Perdone que haga un inciso, ¿era noche cerrada?

—No, había luna llena y buena visibilidad.

—Siga, por favor.

—Al llegar a las lindes del campo, vi a un individuo cruzar la carretera y adentrarse rápidamente en una pista de tierra. Me dirigí corriendo hacia allí y, a falta de unos cien metros, oí arrancar un vehículo y al instante apareció un 4 × 4. Vino hacia mí, deslumbrándome. Disparé al aire para que se detuviera y, al no obedecer, hice uso de mi arma reglamentaria. Tuve que echarme a un lado para evitar el atropello. El coche recorrió aún unos metros recto, pero terminó desviándose y chocando contra un árbol.

—¿Qué hizo usted?

—Me dirigí al vehículo con cautela, ya sabe, abrí la puerta del conductor y allí estaba su cuerpo, volcado sobre el volante. Uno de mis disparos le había dado en la cabeza. Lo comprobé al quitarle el pasamontañas.

—¿Quién era?

—«Coño, chino, qué mierda es esta», dije, señor; eso grité. No me lo podía creer: era mi compañero Wie López.

—Puede contarle a la sala lo que encontraron en el vehículo.

—En la parte trasera estaba el fusil con el que se había disparado, según demostraron después las pruebas de balística. También en el asiento del

copiloto había una foto de su objetivo, con una diana pintada en su frente.

—¿Una foto de quién?

—Del señor Bruno Silva.

* * *

El testimonio de Néstor Dueñas dejó el juicio visto para sentencia. A la puerta del juzgado, mientras se despedía de los abogados de la acusación particular y del fiscal, se le recrudeció el mismo pellizco en el estómago que sintió en el club de golf al ver el cuerpo ensangrentado.

—Quisiera darle las gracias.

Néstor no necesitó darse la vuelta para reconocer a quien, poniéndole la mano en el hombro, le saludaba.

—Hice mi trabajo, solo eso, aunque me temo que no lo hice bien; en este juicio no se ha dicho toda la verdad.

—No se torture, todo ha quedado meridianamente claro. La declaración del jefe de informática, Germán, corroborando cómo interrumpió la investigación interna y les engañó con su supuesta torpeza; el testimonio de Lidia Salmerón, confirmando las actividades ilegales de la firma y la sospecha fundada de Fernando en quién había hecho el desfalco; las manifestaciones de Esperanza, la mujer de Argüelles, admitiendo que me quería orillar del futuro de la compañía; el matón que llevó el dinero a México, confesando el encargo; ese tal Ventura, declarando que el chino era un asesino a sueldo de la mafia asiática. David Alfakhar me quería muerto y solo la fortuna de haberme girado cuando su amigo disparó hizo que fracasara. ¿Porque era su puto amigo, verdad? ¡Malditos sean los dos!

XXVII

Todos los empleados de la firma, desde los jefes de área hasta los de mantenimiento y de limpieza, que habían alargado su jornada laboral para sumarse al espectáculo, se dieron cita en la planta 34, donde se ubicaba la Dirección de la compañía. Nadie quería perderse la entrada de Bruno Silva tras conocerse la sentencia del tribunal. Este había considerado probado que David Alfakhar cometió un desfalco en la compañía. Al verse sorprendido por sus socios encargó la muerte de ellos, algo frustrado en el caso de Bruno Silva al errar el objetivo el sicario contratado, un ciudadano español, chino de segunda generación, con una doble vida: policía de Homicidios y asesino en nómina de la mafia china.

Bruno Silva atravesó la planta estrechando manos, recibiendo besos y parabienes, sintiendo el afecto de unos empleados que se habían sentido aliviados al saber sus puestos de trabajo fuera de peligro. Así se lo hizo saber a todos tiempo atrás, cuando comenzó a instruirse la causa contra David Alfakhar. Él garantizaba la viabilidad de la firma sin necesidad de realizar más despidos que los obligados para restablecer el clima de confianza en el entorno de la Alta Dirección, en la que Lidia Salmerón, dimitida como presidenta de la Comisión Nacional del Mercado de Valores, figuraba como nueva socia. Ana, Berta e Irene, apenas quince días después de los sucesos en el club de golf, habían recibido la carta de despido y una jugosa oferta de indemnización, vinculada a un estricto acuerdo de confidencialidad, que todas ellas habían aceptado.

Dejó atrás los aplausos, hizo un gesto a Lidia Salmerón que, sonriente, permanecía recostada y con los brazos cruzados en el quicio de la puerta de su despacho, el que antes pertenecía a él, y penetró en el nuevo suyo, los ochenta metros cuadrados conquistados a David Alfakhar, completamente remodelados en su decoración.

Desde la puerta, su secretaria, empezó a recitarle todas las felicitaciones habidas, las llamadas pendientes, las entrevistas a confirmar. La mandó callar llevándose el dedo índice izquierdo a la boca. A través de la puerta ya se veía la planta diáfana después de que cada cual se hubiese reintegrado a su puesto

de trabajo. Bruno se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la mesa, tomó una cerveza del refrigerador, para a continuación, tras remangarse las mangas de la camisa, salir de su despacho, atravesar el *hall* y encaminarse hacia las escaleras que llevaban a la cumbre de Sevilla, donde él se merecía estar.

Como el día en que lo sorprendió el guardia jurado, Bruno se dirigió hacia el sureste, donde la Giralda lucía con todo su esplendor. Al igual que entonces, se puso en pie sobre el muro, abrió piernas y brazos y dejó que primero su «sííííí» y luego su brindis hacia el icono de Sevilla lo convirtieran en el hombre más feliz sobre la Tierra. Luego, se sentó dejando caer sus piernas al vacío y dio un largo trago de la botella. El contacto, apenas un roce, le llegó mientras reía a carcajadas. Miró por encima de su hombro y aquellos ojos inquietantes, en un rostro muy dulce, no le resultaron familiares.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Denise, Denise Blanchard.



FRANCISCO PÉREZ GANDUL (Sevilla, 1956). Ejerció de periodista antes de fraile escritor en las páginas del diario ABC de Sevilla, del que fue redactor jefe y donde aún continúa como articulista. Su primera novela, *Celda 211* (Premio Silverio Cañada a la mejor obra novel de la Semana Negra de Gijón de 2004), constituyó un gran éxito y su adaptación cinematográfica dio lugar a una de las mejores películas españolas de todos los tiempos, ganadora de ocho Goyas y entre las más taquilleras de la historia del cine nacional. Amante de la literatura negra y policial, del golf como practicante y del fútbol como espectador, ha recobrado el gusto por el jazz tras quince años y un día sin oírlo; una dura condena. Está casado y tiene dos hijos.